

PLUMMER
1830
1831
1832
1833
1834
1835
1836
1837
1838
1839
1840

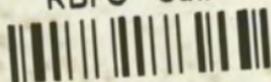
Gregorio Sanchez Gomez

La Bruja
de las Minas

Gregorio
Sánchez
Rómez

Secretaría de Cultura y Turismo

RBPC - Cali



106710

La Bruja
de las
Minas

CENTENARIO
DE CALI



50

NOVELA

Sánchez Gómez tiene el arte del novelista, no sólo en la concepción de sus obras, sino en la manera de introducir sus personajes y de presentar sus episodios. Y en el estilo sencillo, vigoroso y pintoresco, poético cuando se ofrece, pero estilo de narrador, no de poeta en prosa.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO
Crítico colombiano



Colombia, que otrora produjo un Isaacs, narrador consustantivo con su espíritu vernáculo como pocos, y que recientemente contó en el malogrado José Eustacio Rivera otro gran plasmador del alma de las selvas inmensas, tiene hoy en Sánchez Gómez el gran narrador sincrético, cuya labor denota rotundamente el medio en que se ha producido y la alta ley intelectual de su autor.

ANGEL DOTOR Y MUNICIO,
Crítico español

Para

la
Biblioteca
Municipal
de Cali, atentamente

Envío de los Editores:

Sanchez Gómez Hnos.
Cali, febrero 1.º de 1947.

Si llegare usted a hacer algún comentario sobre este libro, le rogamos el favor de enviarnos un ejemplar de la publicación en que aparezca.

Gracias Anticipadas — Los Editores

SANCHEZ GOMEZ HERMANOS

Versalles, Avenida 5ª N° 16-34

CALI, Valle, Colombia - Sur América



MUNICIPIO
SANTIAGO DE CALI

CODIGO 2-16-53082 NIT.

8250

OBRAS DE SANCHEZ GOMEZ

PUBLICADAS:

LA TIERRA DESNUDA.....	Novela
LA DERROTA	"
ROSARIO BENAVIDES - Laureada por la Academia	"
LA CASA DE LOS DEL PINO.....	"
LA VIRGEN POBRE.....	"
EL GAVILAN	"
CASADA... Y SIN MARIDO.....	"
VIDA DE UN MUERTO.....	"
EL BURGO DE DON SEBASTIAN.....	"
LA BRUJA DE LAS MINAS.....	"
EL HOMBRE EN LA HAMACA.....	Filosofías
SOCIOLOGIA POLITICA COLOMBIANA.....	Ensayo
LOS IMPUESTOS EN COLOMBIA.....	Folleto
EL AHORRO	"
PROBLEMAS SOCIALES DE COLOMBIA.....	"

PARA PUBLICAR:

MAGOLA - Historia de una maestra.....	Novela
LA AMAZONA DE CAÑAS.....	"
NOVELAS CORTAS	"
FEMINA - Reflexiones sobre la mujer.....	Ensayo
LA JOVEN ENDEMONIADA.....	Cuentos
CAMPOS CON SED.....	"
OBRAS ESCENICAS	Teatro
VISTAS DE COLOR.....	Poemas

CUENTOS DE SANCHEZ GOMEZ

LA JOVEN ENDEMONIADA.

LA DIVINA PROVIDENCIA.
EL VIAJERO Y LA NIÑA.
EL ULTIMO VIAJE DE NOEL.
EL HOMBRE QUE ESTABA PARADO EN LA ESQUINA.
EL HOMBRE QUE GOLPEO A SU MADRE.
LA CONJURACION DE LOS PALURDOS.
LA MALETA.
VAGABUNDOS.
GUTIERRITOS.
ULTIMA INSTANCIA.
GRATIFICACION.
EUTANASIA.
DESTINO.
NOCHE DE ANGUSTIA.

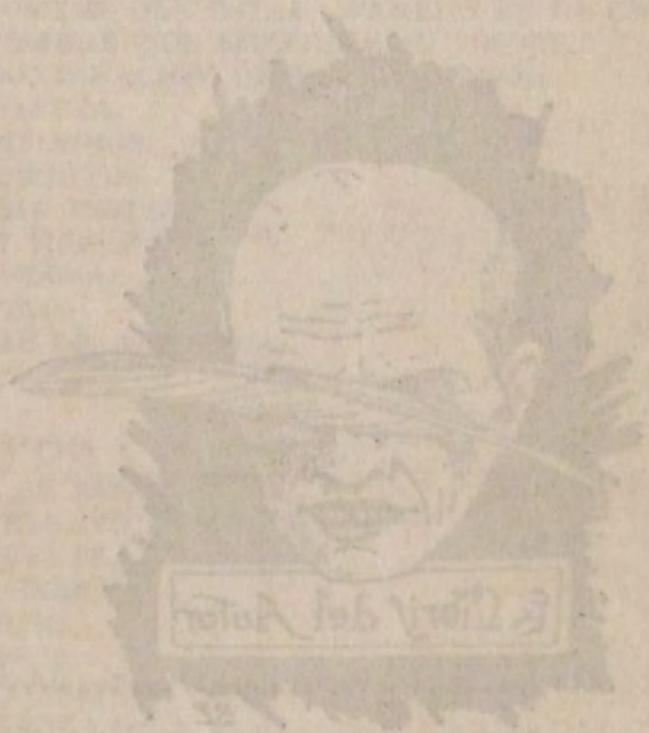
CAMPOS CON SED.

HIJO DE BEBEDOR.
EL RETRATO DE LA OTRA.
EL PUENTE.
EL GENERAL.
INTRUSO.
GUAPEZA.
CLEPTOMANIA.
VENGANZA.
CANDIDO VEGA, EL HERRADOR.
MEDIO - POLLITO.
EL NEGRO PORRONGO.
EL INSPECTOR ORDUZ.
HISTORIA DE GATOS.
CUENTO ABSURDO.



Ex Libris del Autor

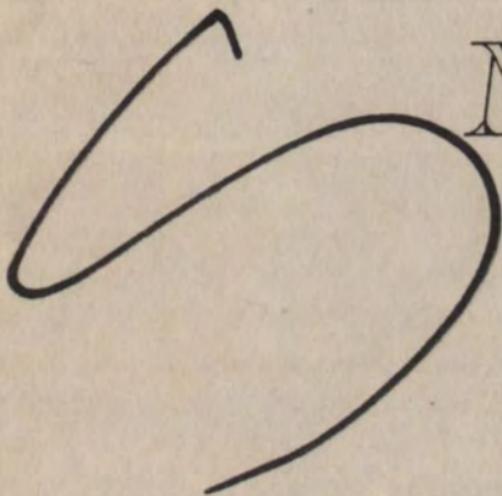
RP





10

La Bruja
de las
Minas



NOVELA

Propiedad de
Sánchez Gómez Hnos.

Derechos Reservados
Conforme a la Ley

Editores: SANCHEZ GOMEZ HNOS.
Versalles - Avenida 5ª N° 16-34.
CALI - Valle - Colombia — Sur América



LA BRUJA DE LAS MINAS

I

Terminado el almuerzo, Florencio Botero encendió un cigarro puro, de esos que le venían periódicamente, fabricados y empacados como especialidad para él, y se dispuso, según costumbre, a charlar un rato de sobremesa con su mujer. La estancia que hacía de comedor era espaciosa, decorada con sencillez y buen gusto, y hasta con cierta sobria elegancia, como que allí se reunían de cuándo en cuándo invitados de la localidad, ó forasteros amigos que llegaban al lugar, de paso, ó a permanecer cortas temporadas. Dos grandes ventanas daban sobre un corredor ancho, con balaustrada, y por ellas podía verse el accidentado paisaje exterior, limitado en su vasta extensión por masas de montañas que semejabán encrespado mar.

Los cuarenta y cinco años de Florencio pa-

recían menos si se consideraba la frescura de sus facciones, la integridad de sus cabellos oscuros, y el brillo juvenil de sus ojos vivos y penetrantes. Tenía la frente amplia, la nariz ligeramente aguileña, el mentón algo pronunciado. Hablaba con calma, con el acento peculiar de la tierra, y con el tono grave de los hombres que toman en serio la vida y sus responsabilidades.

Talvez se sentó a la mesa de regreso de alguna de sus habituales correrías, pues se le notaba aún cierto soflama en el semblante y llevaba todavía puestos los zamarros de piel y el gran pañuelo de color en torno del cuello. Esto y cierta preocupación que demostraba llamaron la atención de su mujer, quien no quiso por el momento hacerle preguntas, no obstante la inquietud que sintió.

Florencio Botero se anticipó a sus interrogaciones.

—El correo de ayer trajo más noticias sobre la concesión de las minas—dijo con extraña tranquilidad—. Mis agentes me informan que la cosa es un hecho, y que el Gobierno les acaba de conferir amplios poderes y autorizaciones a los interesados para que puedan entrar en inmediata posesión.

—Pero, ¿es posible?—observó Cecilia Barbosa, su mujer—. Nadie podría desconocer sus

derechos, Floro, y los de otros propietarios de la región. Me parece que hay leyes...

—Sí, hay leyes; y algo más todavía: títulos incontrovertibles. En justicia, nada habría qué temer; pero me causa no poca zozobra pensar que no sea el derecho sino la argucia y la violencia lo que haya de decidir este conflicto. Corren tantos rumores.

—Por lo menos los indemnizarán. Ninguno de ustedes ha entrado aquí por asalto ni fraude, sino por medios legítimos.

—Así es, y así quiero esperarlo. Lo mejor es, en todo caso, no hacer conjeturas. Cualesquiera que sean las intenciones que traigan los concesionarios, tendrán qué oírnos y respetar nuestros derechos.

Se levantó en seguida, dejando ver en toda su magnitud las arrogantes proporciones de su figura. La vigorosa cabeza remataba bien el cuerpo gallardo y de alta estatura. Dio algunos pasos, y luego salió al corredor, seguido por su mujer, quien fue a tenderse sobre una perezosa de lona que estaba allí invitando al descanso.

Enfrente se abría, como soberbia decoración, el abrupto panorama del pueblo minero, enclavado en inmensa cañada que circundan ásperos cerros amontonados. Visto en conjunto, el caserío ofrece la curiosa apariencia de un enor-

me pesebre de Navidad. Escalonadas, dando la impresión de estar agarradas al terreno, las dispersas edificaciones cubren la falda rugosa y desigual de una cuesta de tierra ocre y rojiza. La sensación que se recibe viéndolas es que se hallan sobrepuestas unas a otras. Pero lo más llamativo es la arbitrariedad de las calles, si es que tal nombre puede dárseles a unas vías estrechas y en zig-zag, que van desde la cima hasta el pie del cerro, limitadas a un lado por el abismo, y al otro por cortes hechos en la roca o en el mismo terreno a golpes de pica o con dinamita.

Tan raro caserío resulta pintoresco sin duda alguna. Y no menos pintoresco el abigarrado vecindario que allí se alberga, en las pintadas casonas, los ranchos de tierra, los tabucos sórdidos, los cobertizos, y hasta en los mismos socavones de bocas oscuras, parecidos a cubiles o madrigueras.

La falda se extiende largamente hacia abajo, hasta la profunda y estrecha garganta del río que pasa gimiendo sordamente; hacia los lados, atravesando la agria pendiente, hasta el próximo caserío de San Juan, otro nido de águilas, y en sentido opuesto hasta donde comienza un declive que lleva también hacia la hoya, camino de una de las Antioquias, la grande. Después,

hacia todos los puntos, montes, selvas, montañas, naturaleza rústica y caótica.

Cecilia Barbosa fijó un momento la mirada en la lejanía, sobre la propia línea azulena de la cordillera, donde el cielo se aborregaba obscureciendo el sol. Sobre las remotas cuchillas albeaban aquí y allá las ciudades blancas: Salamina, Aguadas, Pácora . . . ¡Cuán cercanas se veían y qué distantes estaban! Bajó después los ojos para contemplar, soñolienta ya, el espectáculo de las gentes moviéndose como extraños insectos por aquellas calles inverosímiles. Unas encima de otras, por las vías sobrepuestas, empujadas por el afán del trabajo, o del viaje, o de los negocios.

Peones provistos de picos o de almocafres, ó que llevaban por delante carretillas cargadas de material; mujeres con bateas colocadas sobre cabeciles de limpieza dudosa; muchachos que arreaban bestias de labor, asida la cuerda de la jáquima, o trepados sobre ellas a horcajadas en la estropeada enjalma. Todos sucios y embadurnados, con máscaras de grasa y de mugre, los mandiles pintados de caparrosa, las manos y los pies percutidos por la acción de los ácidos, curtidos por el mineral, el paludismo y la temperie.

Gran parte de la población era de color. Pero como todo centro minero del trópico, aquél

era también crisol de razas, horno donde se mezclaban y fundían diversos tipos humanos. El blanco y el negro puros se barajaban allí, en el azar de la vida, con el mulato, el mestizo y el zambo, y con el cuarterón vigoroso. También había ejemplares indios, sin cruzamiento. Malos trabajadores, por cierto, para las minas, porque enferman con frecuencia; en cambio, sirven bien en los oficios domésticos; son los yanaconas.

—¡Qué! ¿Se va otra vez?—exclamó de pronto Cecilia, como despabilándose, viendo que su marido se disponía a marcharse de nuevo.

Le hablaba siempre de “usted”, con cierto respeto a que no podía sustraerse; y su voz adquiriría al hacerlo, y cuando se trataba de asuntos íntimos o muy personales, cierto dejó lánguido y acariciador. No requería demasiada sagacidad comprender que la mujer sentía la superioridad del marido, y que sentimientos de veneración se confundían con el amor entrañable e imperturbable.

Veinticinco años tenía entonces Cecilia Barbosa. Era alta, un poco menos que Florencio; bajo su aparente delgadez se ocultaba la gracia incitante de formas macizas y armoniosas. Muy blanca, de ojos y cabellos endrinos, de pequeña boca sensual donde florecía con frecuencia la sonrisa seductora, podía pasar por clásico ejem-

plar de belleza criolla si hubiese tenido más fuego y más personalidad. No era una apasionada. En cambio, sus sentimientos tenían la tranquila profundidad de los hondos remansos, de los lagos quietos y transparentes.

Su matrimonio fue algo dramático. Pertenecía a honorable familia, pero de posición modesta y limitados recursos económicos. Y este fue el punto de choque, la causa de conflicto y desavenencia entre su marido y los parientes de éste: una tía solterona y rica, y un hermano casado, con gran posición social y profesional, quienes se opusieron implacablemente al enlace. Pero Florencio era hombre de recia voluntad y criterio propio. Enamorado, y bien convencido de que tal mujer era la que le convenía, se casó contra la opinión de la familia, apartándose de ésta por completo. Tal conducta debió de influir acaso en la veneración que Cecilia le guardaba.

Por su parte, Florencio no tuvo ocasión de arrepentirse. Asegurada la felicidad, se entregó por entero a redondear su fortuna. En la juventud hizo muchos viajes, y los estudios y la experiencia le dieron sólida y cuantiosa cultura. Todos sus haberes estaban invertidos allí, en esas minas que, como premio a sus constantes esfuerzos, le producían rendimientos suficientes para vivir con holgura y prosperar. Llevaba existen-

cia agradable, cómoda, de acuerdo con la época. La mayor parte del año permanecían allí, en Marmato, pero pasaban también temporadas en la ciudad; en Medellín casi siempre, donde vivían los parientes de Florencio; o en el pueblecito natal de Cecilia, donde la conoció en un verano. Es superfluo anotar que con los parientes de él no se trataban.

Cecilia Barbosa se asimiló de tal suerte a su marido, que era como la sombra de éste. Pensaba y sentía como él, y para él vivía exclusivamente. Poseía educación bastante completa, inteligencia y discreción; pero fue con Florencio que se formó su espíritu y se definió su verdadero carácter. Por eso estaba tan identificada con él.

—He de ir a ver unos socavones donde me informan que hubo anoche derrumbes. Fortuna que no había trabajadores allí. Como no vaya a ser cosa de aguada... También he de llegar hasta el molino Santa Mónica, donde se ha dañado un bocarte, y encargar maderas para entibar la galería de la mina nueva.

Saliendo al patinejo lateral, Florencio, la cabeza cubierta con el salamineño de alas anchísimas y el ligero poncho de hilo sobre los hombros, se disponía a cabalgar, cuando primorosa chiquilla, que llegaba corriendo, se arrojó a sus

brazos llamándolo con cariñosos epítetos. Cinco abriles tendría aquella florecilla temprana, blanca como la madre, y sobre cuya faz angélica parecía resplandecer un sol mañanero, lleno de risueños presagios.

—Llévame contigo a las minas, papito lindo, papito puro, papito querido del alma.

Era criatura precoz, de inteligencia y de gracia. Florencio, que se quedara inmóvil, con una mano sobre la silla, y la otra empuñando las trenzadas riendas, se volvió hacia ella para decir con fingida gravedad:

—¿No sabe, pues, señorita Tila, que hay peligro en meterse por entre esos corredores oscuros?

—¿Y cómo, pues, los mineros entran, papito?

—Ah, esa es gente que no les tiene miedo a los chimbilacos, ni al bamburé, ni a las arañas peludas.

—Pero si yo no les tengo miedo, papito.

—Bueno, bueno—aparentó asentir Florencio, usando ahora el trato familiar—; ya lo sé, Tilita, pero hoy no te llevaré porque he de regresar muy tarde. Mañana, otro día.

La niña se volvió suplicante hacia Cecilia.

—Mamita: dile tú que me lleve.

—Hoy no puede ser, Tilita—respondió la

madre con reprimida ternura—; Floro te llevará después; te lo ha prometido.

De un salto, tras de hacerle breve caricia a su hija, el minero cabalgó alejándose al trote de la mula por el camino pedregoso, mientras lo seguían amorosamente las miradas de la mujer y de la niña. Perdido de vista, Donatila se aproximó a la madre para acomodarse a su lado en la perezosa. Incorporándose a medias, Cecilia la sentó en las rodillas, apoyó uno de los brazos sobre sus hombros, y con voz apagada y dulce se puso a contarle una historia de su invención, divertida y absurda. A poco, la una y la otra se quedaron dormidas plácidamente.



II

Entre tanto, jinete en la mula de gran alzada, Florencio Botero, vuelto a la realidad del trajín cotidiano, avanzaba por las accidentadas calles en zig-zag, rumbo a los distintos sitios que reclamaban su presencia. En el corazón del caserío las viviendas tenían cierta apariencia antigua, sugestiva y evocadora, que despertaba el interés del espectador desacostumbrado. Varias casas se apiñaban en torno de una plazuela empedrada, con fuente en una de las esquinas. Construcciones de calicanto, de madera, hasta de la propia roca lugareña. Aquí pegadas a la pared granítica, allá sostenidas por prodigioso equilibrio y sorprendente arquitectura sobre la orilla misma del abismo; de esos despeñaderos o taludes naturales formados por los deslizamientos de tierra y los intencionados cortes del terreno.

A lado y lado de las angostas calles abrían-

se en ciertos trayectos tenduchos de comercio; sórdidos establecimientos, mitad abacería, mitad expendio de drogas; pequeños talleres; sucias barracas de carniceros. Tal cual fondita en algunos puntos, como para peones y arrieros. En los expendios de mayor categoría ventas de pólvora y explosivos, artículos de cacería y pesca. Dando lustre y prestigio a la administración, las oficinas públicas del Distrito ocupaban ruines tugurios.

Lo cierto es que allí no había propiamente autoridades. Municipio nominal y con rentas irrisorias, no podía en verdad sostener digno tren burocrático. Así los pocos ciudadanos que se prestaban para desempeñar funciones de gobierno en tan precaria localidad, lo hacían más bien por espíritu cívico y por el honor de la investidura, ya que no tenían retribución apreciable y prácticamente eran no más que archipámpanos decorativos y de burlas.

En las concentraciones mineras la existencia suele ser diferente de la que se lleva en otros lugares; en ellas el vecindario se compone generalmente de gentes sin arraigo y no pocos aventureros. Esto ocurre de preferencia allí donde el clima es adusto, ó insalubre, y los medios de comunicación difíciles y costosos por estar alejados los centros de población importantes. En

Marmato la vida era entonces muy activa, no tanto como lo fue después, y sus habitantes, aunque de condición heterogénea, tenían costumbres bastante libres y curiosas. Hijas de las circunstancias, por otra parte. Los nativos del lugar eran contados; en su mayoría, los pobladores procedían de todas partes del país, y permanecían como de paso. Cualquier día se marchaban.

—Adiós, don Floro—oyó que le decían de pronto desde una tienda.

Detúvose, frenando la montura, y aproximándose vio en el interior penumbroso a un hombrecito gordo, ufano, vestido con negligencia.

—Desmonte y prosiga—tornó éste a decir, adelantándose a la puerta para saludarlo con efusión.

—Dispéñseme, López, pero no voy a aparearme ahora porque tengo muchos quehaceres.

—Se bogará al menos un lamparazo. No me diga que no.

—Pero si no bien almorcé, cabalmente.

—¿Qué importa ello? Para estimular el gaznate cualquier tiempo es propicio. Claro. Pues vea, y guarde el secreto: aquí venden uno...

—Que venga, entonces, ya que tanto se empeña.

El tendero les pasó sendos vasos con aguardiente que cabrilleaba. Bebieron, y chasquearon expertos. Por la cara jovial de López asomaron arreboles de sangre.

—Y los negocios ¿qué tal?—inquirió Florencio por agradecer la atención.

—No sé qué decirle. Hay días buenos y malos. Pues sí, que esto es tan azaroso. Minería, claro. El hombre se vuelve viejo aquí, y nunca sabe nada. Está ciego. A lo mejor, cualquier aprendiz de peón ve más que un guaquero.

—Así es—convino con calma Florencio.

—Pues cómo no; hoy se encuentra un cochizo, y mañana, cuando menos se espera, ¡humo! ¿Le parece vida? Pero esto es así. Juego de ruleta, cubilete movido, adivinanza. Y hay que tomarlo como vengá.

Florencio Botero se despidió, espoleando la bestia para recuperar tiempo perdido. Por el estrecho camino iba cruzándose con tipos de todo pelaje: mineros, peones, forasteros, negociantes, bagasas. Casi toda gente que lo conocía, y lo saludaba con respeto. Arrimó al taller del herrero, para hacerle un encargo, y como encontrase allí al albéitar le pidió que fuese a la pesebrera a ver un caballo enfermo.

Más adelante topó con otro amigote. Sujeto largo, cenceño, de seriedad impresionante; ji-

nete también, como él, en corpulenta mula. Hablaba poco, y no sonreía; así fue como, después del saludo parco y sintético, caminaron juntos, apareados los animales, largo trayecto silenciosos. Por fin, el amigote exclamó:

—¿Y bien?

Florencio respondió, conciso:

—Pues... nada. Lo de siempre.

Avanzaron, mudos, otra porción de vía. Aquél volvió a hablar, con visible preocupación.

—Ha de saber, creo, lo de la concesión.

—En ello vengo pensando, Orrego, todo este tiempo.

—¿Y pues?

—Que no hay duda ya de las intenciones de esa gente. El Gobierno manda, y los intereses se imponen. Aciagos días veo que se acercan para nosotros, los que lo metimos todo en este negocio. ¡Quién sabe qué será lo menos que nos espera!

—¡Hum!—exclamó Orrego con voz cavernosa.

Florencio lo miró con curiosidad e interés. Su semblante duro, flaco y curtido, tenía expresión de severidad acentuada. Bajo la ceñida frente, que grises mechones sombreaban, los ojos ardían con lumbre insólita y pertinaz. Livor pasajero le había teñido los labios al decir:

—¡Qué cosas! Pero, habrá qué verlo. Y usted, ¿qué ha pensado, Botero?

—Esperar.

—¿Eh?

—Sí, esperar los acontecimientos. ¿No es lo mejor? Las circunstancias dirán qué es lo que conviene.

—¿A dónde va ahora?

—Ajá. ¡Hum!... Bueno, aquí lo dejo.

—Por allí no más. Cerca. El capataz me avisa que en la mina Serena encontraron un nido.

—Pues buena suerte, entonces, Orrego.

Este cogió un atajo de travesía, mientras Florencio continuaba solo su marcha. La tarde clara y calorosa parecía adormecerse en la quietud austera del aire. La mula, socarфона y prudente, descendía con cautela el abajadero sesgado que conducía al Molino "Santa Mónica"; pendiente oblicua, arbitraria, de tierra amarilla y bermellón, blanca de greda a tramos, y con renegridas piedras diseminadas por el azar. La vegetación era pobre, raquítica: espinosas zarzas, arbustos escuálidos, desmedradas hierbas sin color. En algunos puntos, donde se agolpaban los desechos de mineral, como basura de las minas, semejando derrumbes o cascadas petrificadas súbitamente, se veía brillar con fulgores de

falsa pedrería detritos metálicos, escorias, materias informes y calcinadas que parecían lavas enfriadas.

En "Santa Mónica" encontró al molinero con dos peones y el mecánico. Bajo el cobertizo reinaba extraño silencio; se echaba de menos el ruido habitual de la molienda. Oscuro montón de mineral, caído de la gran pala alimentadora, yacía sobre la cernedera inmóvil. Debajo de ésta, entre los ejes y travesaños, el mecánico, metido en un "overol" sucio de grasa, bregaba por reparar el daño.

—¿Qué pasó?—inquirió Botero con breve tono.

—Un percance, don Floro, —informó el molinero—. A la madrugada paró la máquina, ella sola, y allí está. Como muerta, ni más ni menos.

—¿Y el bocarte?

—Eso es lo peor. No tritura nada. Se atranca, y si algo pasa es enterito, como alimento en boca sin dientes.

—Ayer funcionaba bien. ¿Lo ha visto el mecánico?

—Lo vio, y dice que es cuestión seria. Ahora está allí metido, arreglando el engranaje.

El individuo del "overol" fue saliendo despacio, cual precavido reptil de las obscuridades

de su escondrijo. Traía en las manos negras y sucias unos alicates y un pequeño martillo.

—Ya está—dijo, soltando sonoro resoplido—. Ah, don Floro, buen día. Llega a tiempo para ordenar.

La cernedera comenzó a funcionar en ese momento, con rumor isócrono y sordo de ruido subterráneo. Se movía, vibrante, con leve sacudimiento horizontal, cual si fuera mujer tendida agitando rítmicamente las caderas. Un caño intermitente humedecía el tamiz y aflojaba la capa de mineral.

—¿Va a arreglar ahora el bocarte, Sergio?

—En seguida mismo, don Floro; pero es trabajo largo: no estará antes de anoecer.

—Pues a la obra. La trituración no puede paralizarse.

Picó la mula, para continuar el descenso de la cuesta. Como a mitad del enorme cerro quedaba la mina nueva, llamada "Don Telmo" en honor del viejo peón que la descubrió. Desde la boca pudo observar que dos entibadores se ocupaban activamente en apuntalar con gruesas estacas y fuertes vigas la galería exterior semejante a herida recién abierta. No quiso demorarse allí, porque tenía prisa por ver los daños causados por los derrumbes.

Se trataba, en efecto, de pura aguada, como

lo había supuesto. Capataz y peones informaron, y así lo comprobó al punto, que un deslizamiento de escorias había obstruido en parte la agojía, dando lugar a que las aguas inundaran algunos socavones. Los trabajadores iban y venían con el agua hasta la rodilla, arremangados los calzones de dril, algunos con delantales burdos de arpillera. Cuatro achichinques, provistos de cubos de metal, desalojaban el agua con actividad febril; pero esto no era suficiente, pues el nivel iba subiendo, con amenaza manifiesta de las armazones sustentadoras.

—Pronto—ordenó Florencio—; hay que descongestionar la agojía. Todo el mundo a la faena. ¡Arriba, muchachos!

Y dando el ejemplo, él mismo inició con una palendra la remoción de la espesa capa de escorias. La peonada parecía luego ágil brigada de demonios, por lo acometedora y rabiosa, en cuyas manos ásperas los zapapicos, las azadas, los almocafres y las palas, semejaban armas y no herramientas de labor. Mientras unos escarbaban y removían, otros iban llenando las carretillas con el desecho para transportarlas más lejos, a las volquetas que habían de llevarlas al basurero.

No se fue de allí hasta que los socavones quedaron libres por completo. Y cuando, al ano-

checer, regresó a casa, cansado y hambriento, sabía bien que ningún pequeño problema le quedaba pendiente para mañana. En cambio, allá en lo hondo del ánimo, en los laberintos de la mente, una preocupación se agitaba, como idea fija, o cual gusanillo invisible que roe sin destruir, eternizando así su angustia cruel. ¿Para quién había trabajado?—pensaba—. ¿Para quién luchó y estaba luchando tantos años, con aquella tierra bravía a cuyo diario contacto se aquilataba como diamante su propio corazón de varón?

Durante la merienda fue mayor el mutismo que la conversación. Habló poco, con cierta fatiga, de cosas del negocio, de las rudas tareas de la tarde. Pero sus pupilas ardían, mirando a su mujer y a su hija, con expresión recóndita de reprimida ternura y de emoción mal disimulada.



III

Ocho días después la población minera se agolpaba en la plazoleta y los callejones centrales, pasada la hora del meridiano. La noticia de que venían a tomar posesión de las minas, despojando a dueños y arrendatarios, cundió por toda la región, como viento malo. De los contornos, de las cuchillas, de la hoya, de los apartados breñales, llegaban gentes atraídas por aquel acontecimiento inaudito, sin precedentes en la historia comarcana, que amenazaba perturbar la paz de tantas gentes laboriosas y desorientar muchas vidas. Mineros de Echendía y Marmato, apacibles puebleños de San Juan, moradores de la vega supiana, vecinos de Riosucio, la sede de la provincia; y toda la foránea gente traficante, interesada y curiosa, que allí plantaba su tienda de negocio.

Coincidía con esto la circunstancia de ser aquél animado día de mercado. Desde temprana-

no los senderos, auténticos caminos de cabras, pasadizos de acróbatas, trochas abiertas en las paredes de los cerros, atajos de travesía, vibraban bajo el hormiguero humano, rumoroso y cromático, enderezado hacia la feria semanal. En la plazoleta, en los altozanos, donde quiera que el espacio fuese mayor, se alzaban los toldos del comercio ambulante, los comederos al aire libre, donde se expenden fritangas de achura y guisos cargados de condimento, las botillerías improvisadas, los juegos. Sobre los angostos andenes de piedra antigua o de calicanto, al pie de los pretilos de defensa, se alineaban las gentes del agro con sus canastos y bateas colmados de frutos terrígenos.

Insólito silencio reinaba en los socavones y molinos. Las peonadas en masa habían abandonado el trabajo, por propia decisión y con la aquiescencia tácita de los dueños. Algo extraño y obscuro pesaba sobre la multitud expectante, que no sabía bien qué era lo que iba a pasar. Sabían nada más que venían a tomar las minas, pero esto era suficiente para que en los ánimos todos revolotease, con giros de ave de mal agüero, el sentimiento de la tragedia. ¿Quiénes vendrían? ¿Cómo iba a acontecer aquello?

Los mineros interesados suponían que era asunto de jueces, cuestión de simples funciona-

rios de policía, como se estila en tales casos; o pura acción de comisionados civiles enviados a pactar los términos de la entrega. En el fondo, había algo grave, sin embargo, no siendo pocos los arrendatarios y dueños que, inconformes con las medidas oficiales, manifestaban su resolución de oponerse al despojo.

Cerca de las dos, un mensajero llegó apresuradamente con la noticia de que lo que venía era gente armada. El hombre se apeó ante la casa de Florencio Botero, para informarle lo que ocurría.

—¿Que son militares los que vienen, dice?

—Sí, don Floro; soldados. Un batallón entero bien equipado.

El minero se quedó pensativo, fruncido el entrecejo de improviso.

—¿Y quién los comanda?

—No lo sé con seguridad, pero oí decir en Riosucio que el General Mandíbulas en persona.

Pálida, pero serena, Cecilia Barbosa escuchaba este diálogo desde el corredor, sorprendida por la dramática calma de su marido.

—¿Qué piensa hacer, Floro?

—Dentro de poco lo sabremos.

Vasto rumor atrajo en ese momento su atención hacia el lado de la plazuela. Estaban a apreciable distancia, pero distinguió claramente

te notas vibrantes de corneta. Tomando entonces el catalejo, pudo ver que por la calzada que conduce a San Juan, y precedida por un jinete de vistoso uniforme, avanzaba hacia el caserío apretada columna de hombres armados.

La entrada de la tropa fue presenciada por la población entre hostil silencio. El General Mandíbulas, gordo y autoritario, se apeó con dificultad frente a la alcaldía, y llamando al burgo maestro cambió con él breves y enérgicas palabras.

Una hora después, todos los dueños y arrendatarios de minas en el distrito, eran notificados formalmente de que quedaban desposeídos, debiendo proceder en consecuencia a entregar las tierras en el término de un día natural. Los principales propietarios estaban allí, reunidos por el común destino: Florencio Botero, Sebastián Orrego, Antonio López, los hermanos Echeverri, un extranjero de apellido Tricot, Benjumea el pastuso; y muchos otros. Buen número de ellos eran modestos empresarios que explotaban minas pequeñas, algunas por el sistema primitivo, en las que invirtieron sus haberes.

—Esto es un atentado incalificable—protestó Sebastián Orrego.

—Un verdadero abuso—corroboró el mayor de los Echeverri.

El ufano López, quien en medio de aquel drama de intereses mantenía con envidiable frescura su jovialidad, expresó también sus sentimientos en esta forma:

—Claro. Si es que es un negocio tan azaroso el nuestro. Minería, piensen ustedes. Hoy se encuentra un cochizo, y mañana ¡humo! A lo mejor se queda uno lo mismo que escoria de mineral. Ya ven lo que nos está pasando ahora.

Tricot, el extranjero, se paseaba por el despacho, manoteando y congestionado.

—*Oh, les cochón, les cochón!*

El pastuso Benjumea, cetrino y peludo porque de días atrás lo tomaron por su cuenta exclusiva unas tercianas cumplidísimas, inquirió con voz cantarina:

—Dirasme tú, alcalde: si todo quítanlo de raíz, ¿quién pagará al menos el viaje de vuelta a la tierruca y los necesarios bastimentos?

Pero el pobre burgomaestre, mera figura decorativa, no estaba para resolver problemas de la laya.

Sebastián Orrego habló brevemente.

—Amigos, esto ya está hecho. Yo espero en mi casa a que me desalojen. Bueno, hasta mañana.

Se alejó al trote de la mula. Los otros se fueron dispersando, en dirección de sus viviendas.

Esa noche Marmato parecía en estado de sitio. Comprendiendo la situación, el General Mandíbulas estableció desde temprano algunos retenes de vigilancia, temeroso de cualquier posible desorden. Pero tales medidas eran innecesarias. Los caminos se veían desiertos. Y un impresionante silencio se extendía sobre el caserío, como si por allí hubiese pasado de improviso la muerte.

Florencio Botero y su mujer, sentados en el corredor de la casa, miraban sin hablar el panorama sombrío que se abría ante ellos. La densa oscuridad nocturna confundía en inmensa masa montañas y hondonadas, dando la impresión del vacío. Pero no todo era tinieblas, pues arriba, sobre el terciopelo negro del cielo, diamantinos haces de estrellas regaban su luz misteriosa y fría. También abajo, prendidas a los cerros, diseminadas y parpadeantes, algunas candelas denunciaban las moradas del hombre.

—¡Qué triste silencio hay esta noche!—exclamó Cecilia.

—No es para menos—respondió Florencio, siguiendo talvez el hilo de sus pensamientos.

Se le venía a la memoria el pasado: los años de lucha, la iniciación con sus proyectos y sus optimistas augurios, los primeros fracasos, las sorpresas, las ilusiones; y luégo, al fin, la mar-

cha tranquila y ordenada de los negocios, colocados ya sobre base segura y definitiva. ¿Qué seguiría ahora?

No se daban cuenta, abstraídos como se hallaban, de que las horas transcurrían veloces, y de que un viento fresco empezaba a soplar de las cercanas cordilleras. La atmósfera se enfriaba paulatinamente. Cecilia se estremeció de pronto, y volviéndose hacia su marido advirtió:

—Debe ser tarde ya. El aire se ha puesto demasiado vivo. ¿Entramos?

Florencio no tuvo tiempo de responder. Violenta explosión, que hizo temblar la casa, iluminó la noche con fulgor efímero y deslumbrador. Fue un fogonazo lívido, desmesurado y brutal, como el estallido de gigantesca bomba. Después se oyeron gritos, clamores, y rumor confuso de gentes, en la sombra, no se sabía bien dónde.

Sin comprender por el momento, miró a su mujer, viendo en el rostro de ella la expresión del asombro. Luégo, escrutando en la obscuridad, observó extrañado:

—No acierto a explicarme lo que sucede; pero es evidente que la cosa ha tenido lugar por los lados de la mina Serena.

—¿La de Sebastián Orrego?

—La misma.

Otra gran explosión hizo saltar en añicos el silencio y la sombra; un poco más lejana y sorda. Y en seguida otra, y otra. Como si el enorme cerro, lleno de tumores, se reventara de improviso.

—Están volando los socavones—dijo Florencio atónito—. Ahora no me cabe ya duda de que son las minas de Orrego las que destruyen... Ah, sí, tenía que ser él; lo conozco.

Corroborando tales palabras, nuevo y bárbaro fogonazo, del lado de abajo, brilló cual súbito relampagueo.

—Esta vez es el molino Las Vueltas. Por lo que veo, Orrego no va a dejar piedra sobre piedra de lo suyo. ¿Si estará loco?

Las explosiones cesaron por fin, quedando en la atmósfera extraño e inexplicable vacío.

—¡Míre!—exclamó Cecilia de pronto, señalando en dirección opuesta a donde Florencio dirigía los ojos.

Y vieron con cierto espanto que una gran llamarada se levantaba de la vivienda de Sebastián Orrego.

—¡Su casa, también su casa!

El incendio iluminaba buena parte del caserío. Como lenguas ansiosas, ávidas de lamer el cielo, sacudidas por la brisa de media noche, las llamas se alargaban hacia lo alto, contorsionán-

dose. Su forma proteica se alteraba caprichosamente por momentos, pareciendo entonces que fuesen ígneas serpientes, que se retorcían con estiramientos y contracciones desesperadas. Las maderas de la casa ardían, chisporroteando; veíase fulgir como ascuas las piedras entre la incandescente furia del fuego, saltar las astillas, desplomarse los techos y los tabiques, volar los objetos por el aire cual si los impulsara la mano invisible de algún prestidigitador.

Ondas de calor llegaban hasta el corredor penumbroso, donde marido y mujer presenciaban emocionados el terrible espectáculo. A mucha altura, por sobre la casa crepitante, se había formado una especie de halo celeste, blanquecino en el fondo, y de coloración rojiza y oscura en los bordes.

Lo más sorprendente era que nadie se movía a contener aquella destrucción. Tal vez todos la veían con gusto, como fatalidad necesaria, subrayando con indiferencia y silencio la honda protesta que anidaba en los pechos.

El día se anunció con alba pálida y melancólica; amanecer de angustia y de duelo, porque esa jornada iba a ser como corolario de la noche. En lo que fue vivienda de Orrego humeaban aún los escombros. El molino "Las Vueltas" era completa ruina; un enorme raigón, o la monstruosa

herida que queda donde descuajaron a fondo el tronco de un árbol. Por el lado de las minas los destrozos tomaron grandes proporciones: socavones enteros obstruidos, galerías deshechas, hoyos, derrumbes, amontonamientos caprichosos de tierra. Como miembros dispersos, trozos de vigas, pedazos de carretillas, rieles, fragmentos de herramientas, todo aventado por el azar de la violencia, y con el aspecto lamentable de lo que resta después de las catástrofes.

Pasadas las ocho, Florencio Botero iba y venía a largos pasos por el salón, sin lograr sobreponerse por entero a su nerviosidad creciente. Intuía que no estaba lejos el momento en que se definiría su destino. Afuera, en el patinejo, la mula ensillada se impacientaba, extrañando acaso la demora de su dueño en salir.

El reloj de cuco de la pared daba las nueve cuando ruido fuerte de pisadas anunció la proximidad de muchas personas. Andar sonoro, acompasado, de esos que dan la impresión de ir derecho e irrevocablemente al objetivo. A poco, golpes enérgicos dados con algo metálico hicieron temblar la puerta de entrada.

Un oficial joven, a la cabeza de un pelotón, interpelló con arrogancia.

—¿Es esta la vivienda del señor Florencio Botero?

—Esta es la vivienda, y yo soy Florencio Botero—respondió éste con calma, mirando a su interlocutor.

El oficial se desconcertó al principio; pero reaccionando en seguida, añadió:

—Vengo en cumplimiento de órdenes superiores. El General Mandíbulas me envía a ocupar esta casa.

—El General supone, sin duda, que está deshabitada—replicó Florencio con la voz un poco alterada.

—No sé, lo ignoro. Me limito a cumplir la orden. Deshabitada o nó, debo tomar posesión de ella en el acto.

—¿Y cómo piensa usted obrar? Le advierto que hay aquí una señora y una niña. Tal vez lo mejor sería aplazar esta diligencia, mientras hablo con el General. La ocupación inmediata es materialmente imposible.

—Es inútil. El General Mandíbulas no admite reclamos. Sobre esto tengo instrucciones precisas y terminantes. Así se está efectuando con todos los demás propietarios. Además, los interesados fueron debidamente notificados ayer por la autoridad.

—Entiendo que disponemos de veinticuatro horas...

—Son las nueve, y a las tres se vencerá el

plazo; pero el General Mandíbulas ha resuelto proceder inmediatamente, en vista de los acontecimientos de anoche.

—Sin embargo...

—Supongo que no va usted a oponerse— dijo el oficial—. Cualquiera resistencia agravaría las cosas sin necesidad.

Entonces Florencio, irguiendo con altivez su imponente figura, adelantó dos pasos mientras decía:

—No será mientras haya aquí un hombre con vida que se viole impunemente este hogar respetable. Si tiene qué cumplir su deber, señor oficial, cúmplalo no más, pero elimine primero el obstáculo, porque hay qué pasar por sobre mi cuerpo.

Tan resuelta actitud hizo vacilar al militar, que retrocedió instintivamente. En ese momento Cecilia, que estaba detrás de su marido, teniendo a Donatila casi pegada a ella, avanzó hasta colocarse al costado de aquél, por el lado izquierdo.

—Señora—exclamó el militar—, le ruego que se retire. Y usted, señor Botero, por última vez...

Como permanecieran inmóviles, cual vivo muro alzado entre el interior y la puerta, se volvió con ira hacia los soldados diciendo:

—Pueden seguir. ¡Adelante! Hay qué ocupar todas las habitaciones.

El pelotón avanzó, imperturbable y arrollador como ciega fuerza. Florencio vio a su mujer retroceder, empujada bruscamente por un soldado; la vio vacilar y caer sobre el pavimento. Vio también cómo Donatila, separada con violencia de ella, iba a dar de bruces, llorando, al centro de la habitación.

—¡Ah, canallas!

Con movimiento rápido su diestra se crispó sobre el cinturón. Un disparo, y el soldado que atropelló a Cecilia caía fulminado.

Pero no tuvo tiempo para más, porque el oficial, encarándose con él en seguida, lo acribió en el pecho con toda la carga de su pistola.

Mientras el pelotón invadía la casa, Cecilia, levantándose con dificultad, y sin atender al llanto de su hija, se acercó al cuerpo caído de su marido. El pecho le sangraba por varios puntos empapando la recia tela de la camisa. Sobre el contraído rostro se extendía mortal palidez. En la mano agarrotada el revólver parecía hallarse incrustado, como formando parte de ella.

Comprendió que quería hablar, sin conseguirlo. Lo miró en los ojos que se apagaban. Vio salir de improviso, cual de diminuto surtidor, una bocanada de sangre por sus labios.

—Floro, Floro—gimió apretándose a él, a ese cuerpo que ya no podía dar calor, que no se levantaría nunca más.

Luégo sintió que estaba muerto. Incorporándose a medias, permaneció largo rato ensimismada, absorta. Veía como entre sueños y nieblas la estancia en que estaba; y a Donatila que la miraba, sentada en el suelo, atónita, sin comprender lo que ocurría. A veces se volvía hacia el cadáver, a contemplarlo, ahora con expresión tranquila, apacible, llenas las pupilas de una placidez al mismo tiempo horrible y patética.

Dando un agudo grito, se desplomó sin sentido. En sus pupilas se había dormido, como postrera visión, la imagen de su hija, de su Tila. Se habían dormido, quién sabe para despertar cuándo, todos los recuerdos.



IV

Han transcurrido varios años. Marmato, el renombrado centro minero, se agita como viva colmena, entre el abejeo sordo de sus molinos que trabajan día y noche, sin descansar jamás. Las gentes se han acostumbrado al ruido constante, permanente, que parece surgir de la tierra misma, que está en todas partes, y que se percibe a larga distancia, cuando el viajero aún no ha divisado las primeras casas de la localidad. Si, lo que ocurre excepcionalmente, los molinos se paran, por daños serios en la planta, o en la maquinaria, la sensación que se recibe es extraña y curiosa: parece entonces que algo falta, que la propia vida del lugar se fugó, que todo ha muerto de repente. Y suele acontecer que en la noche, alguna que otra vez, al interrumpir momentáneamente la labor, los que duermen despiertan súbito, sorprendidos, entre un silencio impresionante, echando de menos ese rumor sordo y ás-

pero que los arrulla lo mismo que monótona can-
turía.

Quienes vivían entonces, o moraban en el distrito, cuando la industria minera era de libre ejercicio en la región, no reconocerían hoy fácilmente el antiguo burgo formado por viviendas diseminadas y con bastante menos población. Tampoco queda nada de los viejos establecimientos, pintorescos y empíricos; y sólo se ve en algunos puntos, dando fe de las empresas de antaño, socavones abandonados en cuyas oscuras bocas cubiertas de maleza medran las alimañas, talleres en ruinas, y uno que otro rancho aplastado.

Ahora, en la época que ocurren los sucesos de este relato, una compañía extranjera explota las minas, por contrato celebrado con el concesionario. El capital ha hecho milagros: cómodas y modernas residencias para los altos empleados y sus familias, plantas generadoras de energía, oficinas, laboratorios, establos, depósitos; grandes y numerosos molinos trituran las enormes masas de mineral; y a todo lo largo y ancho de los cerros, multitud de bocas abiertas, por donde entran y salen las brigadas obreras.

A la sombra de tal prosperidad, la población ha crecido visiblemente. Junto a la antigua plazoleta se aprietan nuevas viviendas, acomodo-

dadas, eso sí, a lo precario del terreno. Porque Marmato no pierde, ni puede perder su geografía; es algo tan topográficamente único, que sólo un cataclismo, o un explosivo de fantástico poder, serían capaces de modificar su aspecto, o alterar su fisonomía. La riqueza metalúrgica, y la consiguiente abundancia de dinero, atraen a los negociantes, y como en otro tiempo, también a los hombres de azar y de aventura; no tanto como ayer estos últimos, puesto que el monopolio, o el privilegio, no da campo para empresas independientes, de hombres de acción. En cambio, la romería trabajadora es cuantiosa: gente jornalera, hombres y mujeres de toda edad, que llegan allí llamados por el señuelo de los buenos salarios y la vida libre y bizarra.

Esa mañana, como de costumbre, Marmato se agita con el hervor de populosa colmena. Son apenas las diez, pero ya el sol, bien arriba sobre las filudas cuchillas, vuelca en cañadas y montes toda su lumbre veraniega. Sol de agosto, inclemente y duro, que acribilla con sus saetas de fuego los recios flancos de los cerros, que tuesta los caminos, que arranca muecas de luz a los hacinamientos de escorias, que enflaquece el follaje de los arbustos y retuerce como virutas la hierba, que hace jadear con su bochorno a las sedientas bestias y a los hombres cansados.

Cabalgando una en pos de otra, dos personas ascienden fatigosamente uno de los caminos del cerro. Piedra, laja espejeante, zarza rastrera y ruin. Pequeños barrancos donde la tierra adquiere tonos fuertes y agresivos de cinabrio, de óxidos negros, de yodo puesto sobre la piel. Las monturas parecen adormecerse al són metálico y acompasado de los cascos. Suben con trabajo, lentas, taimadas, rumiando su marcha socarrona que se aprovecha de la indiferencia del jinete.

El que precede se vuelve despacio hacia el otro para decirle:

—¿Y hasta dónde va ahora, *míster Stanley*? Yo voy a desviar por aquí, cogiendo este atajo, porque necesito atender a un minero enfermo.

—¿Ah, *yes*? ¿Y qué tiene, *dóctor*, ese pobre *wark-man*?

El llamado *míster Stanley*, en cuyos labios sin color se incrusta enorme pipa de cuerno, puede tener lo mismo medio siglo que un siglo. Mejillas hundidas, cabellos ralos de un tono rubio desvahído, ojos azulencos y fríos. Va rigurosamente afeitado. En el semblante inexpresivo la nariz parece algo intruso: amoratada, barrosa. De creer la crónica lugareña, hace muchos años que está allí, como jefe de mecánicos de la empresa. El clima le pegó duro al principio, logrando por fin acostumbrarse a él. Parece encantarle

esa vida de minería. Pero no pudo asimilar el idioma vernáculo; lo habla mal, mezclando arbitrariamente el español con el inglés. Las gentes dicen con mucha gracia que no habla ya ni el uno ni el otro, pues olvidó el habla propia sin lograr adquirir el conocimiento de la indígena.

—Creo que son fiebres; tabardillo, como las llaman ellos.

Stanley, que sin duda va a media caña, a juzgar por las cabezadas que da, exclama como si dictaminara:

—Esta gente *very* dispuesta para coger la cama. *There is much* malaria aquí. Mal clima, pero bueno ¿eh? Yo piensa que el remedio es en la mano: whisky o aguardienta. *¡All right!*

Zacarías Eusse, su interlocutor, suelta enorme carcajada. Es el médico de la empresa. Cuarenta y cinco años; musculoso; vientre desarrollado y piernas cortas. Goza fama de no ser un genio profesional, pero cobra gran sueldo y vive satisfecho. Por lo demás, los directores de la compañía lo aprecian bastante, pues atiende religiosamente al servicio, come y bebe con ellos, y no elude acompañarlos en alguna que otra francachela.

William Stanley continúa su lenta ascensión, mientras Zacarías Eusse se mete por el caminito de travesía, a cuyo final, trecientos me-

tros más allá, ubica el rancho del enfermo. Vivienda sórdida, con paredes y piso de tierra, y techo de astillas. El testero está sin revocar. Son dos cuartos estrechos, alcoba y cocina, negros de humo ambos y llenos de repulsivo olor de bodrio trasnochado. En el hueco de comunicación hay una antepuerta sucia, de trapo.

Se apea con cuidado, exponiendo fugazmente en el aire las carnosas nalgas aprisionadas por la amarilla tela de los *breeches*. Un fieltro alón le cubre la testa, asegurado con barboquejo bajo la papada. Lleva polainas lustrosas, poncho finísimo, cinturón de badana para sostener el revólver.

Al sentirlo llegar, una mujer asoma a la puerta. Saluda sonriendo. Hace contraste singular con su piel de ébano, la blancura de los ojos y de los dientes.

—¿Cómo va Timoteo?

—Mal, dotó; la calentura ai memo. Ni pátrá ni palante. Ahora acabo de dale el bebedizo, y se ha largao a sudá.

—Eso está bueno.

Consultando el reloj, Eusse penetra en el rancho. En un rincón, sobre mísera barbacoa de estacas, el negro Timoteo se arrebujá tiritando bajo la manta. Entre la penumbra del cuarto los ojos le brillan como tizones. Todo él brilla, con

cabrilleo pegajoso, cual si lo acabaran de barnizar con aceite.

Al fondo, en la pieza contigua, se columbra, puesta sobre las piedras del fogón, la olleta de barro con agua que hierva.

Examina rápidamente, con fastidio de estar allí, y saliendo de nuevo, extiende la fórmula que entrega a la mujer mientras dice:

—Lleve esto en seguida a la botica. Y no olvide mis instrucciones.

—Tá bien, dotó.

La negra se queda en el umbral, viéndolo alejarse. Su blanca sonrisa es ahora enigmática, casi burlona. Por curiosidad, mira la fórmula, sin entender lo que dice; la dobla después con lentitud, murmurando entre dientes:

—Eto pa qué. Blanco no recetan sinó menjugue, pendejá. Le llenan la tripa al doliente de puro potingue sin virtú. Y hablan, y hablan. Ahora, esa tal botica pa lo que sirve: cuando no falta un inguerdiente, é otro; o la droga tá vieja. Pura pólvora mojá, no má.

Mira a lo lejos, tratando de escudriñar los montes, las hondonadas, las accidentadas laderas cubiertas de bosque allí donde no ha llegado la ocupación laboriosa. Sus pupilas zahorís parecen interrogar con cierta angustia el áspero y cerrado paisaje. Con cierta angustia, sí,

como si de allí, de las misteriosas oquedades y arrugas del terreno, de los matorrales espesos, fuese a surgir algo milagroso capaz de satisfacer su anhelo.

—Si viniera Apasia, ¡caray! Esa sí sabe lo que tiene.

Va a meterse al rancho otra vez cuando alcanza a divisar, moviéndose cautelosamente por entre profunda hendidura, la silueta reducida de una mujer. La distancia la disminuye, pero la distingue perfectamente. Es una sombra, mejor dicho; mancha oscura, liviana y ágil, que se mueve por entre la enorme grieta, abierta cual cuchillada atroz en la piel rugosa del cerro. Poco a poco, la figura va cobrando tamaño; creciendo, creciendo, a medida que se aproxima, hasta adquirir las proporciones ordinarias de la persona adulta. Algo más, porque es alta, espi-gada, casi esquelética.

¿Qué edad puede tener tan extraña criatura? Cuarenta, sesenta, cien años; acaso dos siglos. Ni sus facciones ni su cuerpo ofrecen indicio cierto de ello. Es mujer sin edad, en quien parece haberse estacionado el tiempo, o hallarse dormido; en quien sólo hay presente, y nó pasado ni porvenir. Viste negros andrajos, y los cabellos canosos le caen sobre las espaldas sucios y revueltos. El rostro arrugado se agrava por la

expresión austera, impassible; toda su vida está en la movilidad de los ojos, hundidos entre las cuencas, fulgurantes como ascuas, agudos como puñales.

—Buen día, Apasia—saluda la negra con cierto respeto supersticioso—. La taba deseando.

La vieja mira hacia todos lados, recelosa, prudente. Después habla con aspereza, ronca la voz.

—No ha pasado por aquí ningún perro gendarme, ¿ah?

—Tenga tranquilidad, Apasia. Como no hay qué robá, por aquí no asoman. Y como no hay mocita culitierna...

—Esos malditos me persiguen.

—Ya lo sé; pero reportéese, aquí no hay cuidao... Ah, y éntre pué pa que le eche una ojeá a Timoteo. El infelí tá con el cuerpo que hastai; hecho puro blandengue.

Aspasia se acerca a la barbacoa.

—Traiga lumbre, hija.

La negra va a la cocina, regresando con un embil de brea crepitante. La roja llama proyecta sobre las paredes emboñigadas las estrafalarías sombras de las dos mujeres. El calor es violento. Encogido bajo la cobija de lana burda, el enfermo suda y tiritita. Entonces la vieja comienza la curación.

De las profundidades del seno flácido extrae cosas raras: un paquete con hierbas secas; un muñecos tosco, diminuto, con estrambótica figura humana, construído de negra pasta; una cajita con polvos. También una delgada cuerda con nudos, y un peine al que le faltan varias púas.

—Traiga la cuyabra, hija.

Vierte agua en roja totuma, a la que añade cierta dosis de polvos. Después, pone a hervir en la olleta un puñado de hierbas. Cuando todo está listo, se acerca al paciente para administrárselo unciosamente, entre rezos y masculleos. Deglute el enfermo, con visajes y muecas, el espesobrebaje; soporta sobre la piel, primero la untura oleaginosa, luégo el cáustico sinapismo; y por último, resignado y lleno de fe, escucha la corta letanía, mientras siente en los labios calenturientos el leve contacto frío del pequeño muñeco. Transcurridos pocos minutos, Timoteo cae en completo marasmo.

—Bueno, ya está; déjelo quieto... Ahora me marchó. Atisbe a ver si hay por ahí perros gendarmes. Esos malditos me persiguen.

Reanuda la vieja su marcha desconfiada. A ratos, mientras camina, monologa. Dice cosas absurdas, pronuncia nombres que ella sola conoce. Y hace paradas súbitas, cual si hubiese olvi-

dado algo que no acierta a saber qué es. Añasquera y curiosa, va recogiendo del piso pedruzuelas brillantes, clavos herrumbrosos, pequeños objetos tirados por inservibles o inútiles; los junta para guardarlos en el enfaldo de la saya, lo que permite ver sus piernas largas, flacas y renegridas. Pero luégo, de pronto, arroja todo con desprecio.

Adelante, al volver un recodo, tropieza de improviso con *míster* Stanley. El jefe de mecánicos resolvió, sin duda, quedarse ahí a tomar descanso. Se ha sentado sobre un barranco, con las manos en las rodillas y la pipa apagada ya, en tanto que a su lado la montura ramonea feliz las escasas hierbas reseca. William Stanley parece dormir, o soñar. Al ver a la vieja, se pasa la diestra por los ojos, como frente a una aparición.

—Ah, yes; moch aguardienta hoy, sin duda. Yo siento las ojas bastante con nubecillas. Carraja, esta tierra con tánta calor, *son of a bitch*.

Inmóvil ante él, Aspasia lo contempla con expresión torva y sombría. Comprende vagamente que está ebrio, que es hombre inofensivo, pero en sus ojos hay negras llamas de odio. También fulgor desdeñoso. No sabe bien por qué odia y desprecia; no podría explicar esa repulsión que siente, tan honda e invencible. Sus sentimientos son imperiosos, dominadores, pro-

fundos; son un instinto casi; están en su carne y en su sangre. Obscura androfobia parece penetrarla y alimentarla. Mas su aversión a los hombres tiene aspectos curiosos; es rencor concentrado contra los varones de raza blanca, los de su propia raza.

De improviso, resuelve insultarlo. Un turbión de palabras ásperas, sin coordinación, ininteligibles algunas, salta de su boca, como violento surtidor. Durante largo rato lo apostrofa colérica, elocuente, sin moverse de donde está. Se podría pensar que se convirtió en estatua. Iracundia paralizada, que no agita más que los labios y los ojos, ni tiene otra manifestación de vida que la mirada incandescente y el lenguaje inconexo.

—¡Ladrón! ¡Asesino! ¡Maldito!

William Stanley no comprende, pero se da cuenta cabal de que es criatura humana lo que tiene ante él. La mira, tratando de recordar; sacude varias veces la entorpecida cabeza.

—Ah, yes; es la viejona loca de siempre— murmura por fin—. No hace nada. Dice discursas y cura negros. Va y viene.

Intenta levantarse, sin conseguirlo. Se tiende de costado. Del lado de arriba del camino viene ruido de voces; palabrotas, interjecciones,

risas. Rápida, sospechando de qué se trata, Aspasia se acurruca de un salto tras de tupido matorral.

Pero se ha equivocado: no son polizontes los que llegan. Es una cuadrilla de mineros, precedida del capataz. Hombres y mujeres. Sobre las precarias ropas de todos se extienden manchas oscuras y cromáticas; caparrosas azules del cobre, verdes del hierro, blancas y pálidas del zinc.

Viendo la bestia que ramonea, se detienen. Una moza recién venida al minerío descubre el cuerpo caído del jefe de mecánicos. Aproximándose, va a removerlo con el pie cuando el capataz le advierte:

—Cuidao, Petra, que es *míster* Guillermo.

—Ah, ¿sí? Pues está bueno el *míster*. ¿Dónde apañaría esta curda el indino? Bien podía ir a que se la amansen en su casa.

—¿Su casa?—vuelve el capataz a hablar—. Pero si vive en todas partes. Duerme donde le coge la noche.

—O donde la Pascuala—afirma un minero.

La llamada Petra, moza trigüeña y de rijoso aspecto, pregunta intrigada:

—¿La Pascuala? ¿Y quién es ésa?

—¿No la conoce, pues, ni la ha oído men-

tar? Es una zamba de la Costa que hastai culebras bravas. Negra como el carbón y fullera como un paisa bien avispao. Le tiene sorbió el seso a *míster* Guillermo, y hasta se dice que le hizo maleficio.

—¡Cho! ¡El gringo cochino!

—Eso del maleficio—dice otro minero, cuya cara de blancor palúdico puntean huellas de viruela—debe ser cosa de la bruja.

—¡La bruja!—repiten las mujeres con cierto temor—; ¡la bruja Aspasia!

—Bueno—recuerda de pronto el capataz: ¿qué nos estamos haciendo aquí, carajo? Hace rato garla que garla, y el tiempo corriendo.

Se inclina sobre *míster* Stanley, y lo ayuda a que se incorpore. Casi en vilo, con la ayuda de otro hombre, logran acomodarlo en la silla. Lo sacuden, para despabilarlo.

—Aló, *míster* Guillermo, aló—grítanle casi al oído—; tenerse bien, que la yegua es retrechera.

—¿Cómo dicen? ¿Qué? ¿El yegua retrechona? Ah, yes, yo comprende bien la cosa que explica. Yo puede andar ya mi camino. Mochísimas gracias.

El animal echa a andar despacio, trepando la cuesta pedregosa. La brigada sigue su marcha.

Cuando el lugar ha quedado solo, Aspasia surge del matorral. Se espanta la tierra de los harapos. Y murmura, como confiándose ella misma un secreto:

—Hiciste muy bien en no traer hoy a Tigre. No siempre se sabe estar callado. Y con estos encuentros...



V

John Morris, conocido por todo el minerío con el familiar apodo de “Bebé”, es hombre joven y simpático; goza de excelente salud, habla correctamente el idioma terrígeno, y su aventajada estatura casi que alcanza a los dos metros. Asombra que en clima tan ardiente pueda conservar la rosada frescura de la tez, y que el viento y el sol no lo hayan curtido como a todos. En sus facciones finas de sajón, y acaso por la mocedad extremada, se advierte un aire infantil, de candor o de ingenuidad, que explica el remoquete. Habla casi siempre sonriendo, con alegre chispear de las pupilas de aciano; agitando con lentitud las manos blancas y cuidadas; llevándose de vez en cuando una de ellas, como para componerlos con ademán mecánico, a los cabellos bien peinados.

A esa hora, son cerca de las tres, se encuentra en su despacho, pequeña habitación situada

a la derecha de la sala. Recostado a horeajadas en el canapé de lona, de esos que estiran y encogen, y mientras el resplandor de la solana penetra por la abierta ventana, repasa con manifiesta displicencia la abultada correspondencia. A su lado, sobre pequeña mesa de bambú, hay copas, sifón con soda helada, una botella de whisky casi vacía y un cenicero donde se consume un cigarro.

Mortificado por el calor, se endereza un poco, para aflojar la blanca camisa de seda, de cuello abierto; vierte en la copa más próxima el resto de la botella, que ingiere de un sorbo; después, tomando el cigarro en los labios, y acomodándose de nuevo, reanuda con cierto gesto de resignación el examen de los papeles. Sus piernas estiradas ahora lo hacen más largo. Entre los gruesos zapatos y las bocas del pantalón de lino asoman los calcetines caídos.

John Morris no puede evitar su propio fastidio, el aburrimiento que le causa tener qué enterarse de aquellos informes del abogado. Cosas de leyes, pleitos, noticias confidenciales. A pesar de todo, lee, porque no hay más remedio.

“Mi querido señor Gerente: Cumplo hoy con el deber de rendirle el acostumbrado informe semanal sobre la situación de los asuntos legales de la Compañía. . .

Saltando buen número de líneas, continúa la lectura.

“Demanda de los Atuestas.—Estos señores siguen obstinadamente empeñados en hacer efectivos los perjuicios que cobran. No se avienen a la razón, ni a un arreglo lógico. El litigio avanza despacio, deliberadamente, para fatigar a la contraparte y ver si con el tiempo cambia de modo de pensar. La tradicional morosidad de los jueces nos ayuda por otra parte, en este caso...”

“Mina La Buitrera.—El juicio de reivindicación que adelanto, de esta valiosa propiedad, entró ya en término de pruebas. Ayer presenté mis primeras solicitudes. Todo va bien, de acuerdo con el plan acordado. Y a propósito, hay que situar fondos aquí para los gastos que requiere la inspección ocular que va a practicarse. Se necesita pagar bien los peritos, y atender dignamente a los funcionarios durante la diligencia...”

“Denuncio por daños en el molino Truenogordo.—Ya la Prefectura conoce del recurso interpuesto por los autores de este hecho. Confío en que será confirmada la resolución condenatoria proferida por la Alcaldía de este Distrito. Los responsables son unos pobres diablos, que no cuentan con qué defenderse. Entiendo, además, que tienen ya pagada con creces la pena que les corresponde. Sea lo que fuere, lo que im-

porta es el escarmiento, y que la Compañía tenga siempre razón. . . .”

Morris sonrío plácidamente. De los varios abogados que ha tenido la empresa, éste es sin duda uno de los más optimistas. Y de mayor vocación también. De tiempo en tiempo viene a Marmato, desde la cabecera del Circuito, a resumir verbalmente sus minuciosas informaciones. Es muy divertido, por su locuacidad, su sentido diplomático, y su habilidad consumada para obtener honorarios extraordinarios y fondos para gastos imprevistos.

Entornando los párpados, se dispone a dormir corta siesta cuando, desde la puerta, el sirviente le avisa:

—El remesero acaba de llegar, *míster* Yon. Está esperando afuera.

—Que éntre en seguida, Toño.

Mocetón de recia estampa labriega, convertido en arriero por azares de la fortuna. Terciado guarniel y rayado poncho en el hombro. El desvaído sombrero de palmas y las alpargatas percutidas delatan los estropeos del camino. Se descubre con evidente respeto, saludando.

—Aquí está el correo, *míster* Yon. ¿Dónde descargo las cajas?

—¿Qué ha traído?

—El whisky, y unas latas que no sé qué contienen.

Morris se asoma a la ventana. Quieta, con los ijares húmedos, la acémila jadea, cubiertos los ojos con una manta. Vuelve a sentarse, disponiendo:

—Toño le recibirá todo eso. Ahora, vamos a ver...

El correo es grande. Cartas, periódicos y revistas. Tres o cuatro paquetes. Cajitas cuadrangulares.

—Y eso, ¿son los fondos? Entréguelos a *míster Lawrence*.

El remesero sale. Morris abre parsimoniosamente una de las cajitas. Son cigarrros. Aspira con cierta fruición el delicado aroma. Es uno de sus pequeños y grandes vicios. Diariamente consume tres de esas brevas exquisitas: rubias como el oro, confeccionadas con la pura flor del tabaco, hechas con tiernas hojas sobrepuestas. Una fina envoltura y un sello de garantía las resguardan.

Hay correspondencia bancaria, cartas de Londres, revistas extranjeras, periódicos del país. Examina.

—Bueno: extractos de cuentas, memorándums... Informe de la Casa de Moneda... Oferta de un agente de maquinaria y productos quí-

micos... Ah, también una carta de *míster* Simon: ya está de regreso, y trae la familia.

Se queda un rato pensativo, como si el pensamiento de que Peter Simon regresa de la lejana Europa le removiera los recuerdos de su país.

Henry Lawrence, el contador, entra en ese momento. Viene de las oficinas, la cabeza cubierta con ancho pañuelo, oloroso a bay-rum, ceñido el cuerpo por claro y flamante traje de *palm-beach*. Su piel morena, y el déjico característico con que pronuncia las palabras inglesas, denuncian al jamaicano fatuto.

—¿Buenas noticias, *míster* Morris?

—De todo un poco. Aquí hay dos cartas para usted—agrega, alargándoselas—. El remesero, ¿entregó los fondos conforme?

Lo pregunta por hábito, por reglamento. En la empresa no se tiene recuerdo, durante muchos años, sino de un remesero que desapareció con el dinero; pero quedó la duda de que hubiera sido asesinado para robarlo.

—Eso venía a informarle, cabalmente. Y también a decirle que la cuenta bancaria arroja saldo en rojo. Estamos más que sobregirados.

—Habrá qué hacer entonces traspaso de fondos, de mi cuenta particular; y avisar a Londres para que allá cubran el déficit.

—Así se efectuará, *míster* Morris.

—Y la producción, ¿cómo sigue?

—Me parece que bastante mal. Se ha estacionado. Llevamos ya cuatro meses con pérdidas continuas.

La inquietud de Lawrence es ostensible, su preocupación manifiesta. No está en la intimidad ni en los secretos de los grandes negocios de la Casa Morris. Ignora por ello que a su prosperidad no la afectan, ni pueden afectarla, descabros mucho mayores que los que lo atemorizan. Los hermanos Morris son millonarios; controlan vastos negocios en el mundo entero, y usufructúan enormes concesiones mineras. Transvaal, Rusia, Oriente. . . ¿Qué importan menoscabos aquí si las grandes utilidades de allá compensan de sobra los aislados fracasos? Las ingentes ganancias dan para todo, hasta para sufrir pérdidas parciales en algunas explotaciones.

La flemática indiferencia de Morris obliga al Contador a inquirir:

—¿Y qué piensan hacer? ¿Van a continuar así los trabajos?

—Oh, seguiremos perdiendo, *míster* Lawrence. No es posible pararlos, ni abandonar la explotación. Piense en el capital que hay aquí invertido.

Media hora más tarde, penetra al despacho el Administrador.

Luis Cataño parece auténtico producto de las minas: tostado, duro, alquitarado. Su cuerpo, huesos y nervios, atezado por la temperie, se atiesa como riel. Lleva el pelo al rape, canoso; viste siempre de kaki, con permanente desaliño; es parco para hablar, por lo cual las gentes lo llaman con el intencionado apodo de "Facundia". Antes del alba ya está levantado, a despertar al día; se acuesta pasada la media noche. Su sola presencia inspira involuntario respeto.

—¡Hola, don Luis!

—¿Qué tal?

—Iba a enviar a buscarlo. *Míster* Simon estará aquí dentro de tres días con su esposa y su niña. Hay que mandarle peón con bestias a "La Pintada".

—Perfectamente, *míster* Morris.

—¿Fuma?

—Fumo.

—Acaban de llegar estas brevas.

—Yo fumo calillas—dice Cataño, extrayendo del bolsillo un cigarrito negro y delgado que prende con yesca.

John Morris ríe, apacible.

—*Míster* Lawrence está alarmadísimo por la improductividad de las minas. Acaba de salir de aquí. Nuestro querido Contador confunde, sin duda, esto con California.

—Tiene razón *míster* Lawrence — afirma Cataño gravemente.

—¿Cómo dice, don Luis?

—Que aquí estamos muchos devengando los sueldos sin merecerlo.

—No pienso lo mismo.

—¡Cinco meses ya con la producción estacionada! ¡Sacando el mismo pite de oro! Esto, *míster* Morris, maldita la gracia que me hace. Pero no me vengan con el cuento de que la región es pobre. Si apenas está arañada la superficie. Lo que pasa es que no se descubren minas; ninguno quiere descubrirlas, y el que las descubre, las tapa.

—Sí, ya lo sé; el monopolio, la prohibición...

—Exactamente.

—Pero nadie ignora tampoco que la Compañía paga bien los descubrimientos; que subarrienda en halagadoras condiciones; que da buenas maquilas.

—Las gentes son ambiciosas, y no se conforman. Quieren todo, o nada. Usted sabe, por otra parte, que el oro no está choto a la vista. El filón no se da así no más, como las rameras. Hay que buscar la vena, y tener suerte. Ahora, encontrar un nido...

Al salir de allí, el Administrador tropieza,

a dos cuadras de las oficinas de la empresa, con el alcalde Gutiérrez.

—¿Qué tal, Pioquinto?

—Vengo de la Contaduría, de cobrar el sobresueldo. Quería que me hicieran un préstamo, además, para gastos de urgencia; pero el marraño de Lawrence se hizo el que no entendía. ¿Qué opina? Uno se jode aquí, luchando con esta guacherna de mineros, exponiendo el pellejo, defendiéndoles sus intereses a los gringos, y luégo resultan con semejantes levas.

—*Míster* Lawrence nada puede hacer al respecto. ¿Por qué no le habla a *míster* Morris?

—Claro que le hablaré; ya mismo; hacia allá me encamino.

El revólver de tamaño heróico le cuelga del cinto lleno de cápsulas; a la izquierda, sobre el costado, largo machete. Son las insignias del cargo, las ostentosas razones de autoridad. Su pesada figura se aleja despacio, por la calle en declive, que conduce a la casa del gerente.

Cuando arrima, John Morris está para salir. No lleva más que el sombrero; sin zamarros, sin polainas, sin poncho; en el calzado, espolines de plata. Un gran caballo blanco patea en la entrada, impaciente.

—¿Venía para acá, Pioquinto?

—Pero usted se marcha...

—No importa; iremos hablando.

Caminan largo rato juntos, jinete y peatón, siguiendo el callejón oblicuo que lleva a un pequeño alpende cerrado. La ramada es de tablas, con tejado de zinc; al frente hay una puertecita asegurada con enorme candado.

—Anoche robaron toda la herramienta que estaba aquí guardada. Muy temprano hubo qué reforzar la cerradura. *Al watch-man* lo encontraron dormido.

—Ya está detenido el ladrón, *míster Morris*; lo tengo en el brete.

—¿Algún minero acaso?

—Nó; los mineros no roban. Se emborrachan, y matan, pero respetan la propiedad. Los cacos suelen ser gente forastera.

—¿Y le encontraron la herramienta?

—Ahí está lo malo. Esos perros esconden el cuerpo del delito, y no confiesan nada aunque les trituren los huesos.

—¿Cómo pudo saber entonces...?

—Ah, nada más fácil. A Marmato llegan todos los días gentes muy sospechosas. Vagos. Muertosdehambre. Por mí fuera, los mantendría a todos en la cárcel.

La tarde avanza; sobre la cimera de los montes se extienden, como grumos de sangre, cárdenos arreboles. El viento trae con más fuer-

za el ruido tableteante de los molinos, los rumores sordos que arrojan las bocas tenebrosas de los socavones. Recostado contra la casilla, el Alcalde; John Morris desde lo alto de la silla, contemplan durante largo rato la salida de los mineros. Flujo lento, prolongado, cansino. Mujeres en grupos, sucias, embarradas las desnudas piernas, apenas cubiertos los cuerpos con parumas de bayeta, o delantales de arpillera; hombres curtidos, ásperos, aparentemente agobiados bajo el peso de los instrumentos de labor; muchachos escuálidos. Toda la peonada oscura, enfangada y maltrecha, que puebla las cañas, que pasa las horas entre la sombra mal espantada por las anémicas luces de las linternas, que se encorva, como doblada por invisible racha subterránea, sobre los pisos húmedos y cenagosos, y contra las paredes erizadas de guijarros y cuarzos.

—¿Dice que lo tiene en el brete, Pioquinto? Vamos allá.

La pequeña ergástula, situada en la parte de atrás de la vieja casa de calicanto donde funcionan las oficinas públicas, es propiamente el sótano. Hueco labrado en piedra viva, bajo el nivel de la calle, a donde se descende por escalerilla de gastados peldaños. Angosto tragaluz lo ilumina precariamente. En un rincón, con los

pies metidos en estrecho cepo, yace el bulto de un hombre al parecer aletargado. Ofuscado por la luz exterior, John Morris no lo distingue bien.

—Suéltelo, mejor; quiero interrogarlo acá arriba.

Tras de corta vacilación, Gutiérrez ordena que lo suban. La facha del preso no puede ser más lamentable; todo él es puro harapo; los ojos febriles parecen alumbrar con fúnebre luz el semblante demacrado, descolorido. Casi no puede moverse. Morris, creyéndolo enfermo, interroga.

—¿Qué tiene?

—Hambre.

—¿Por qué robó?

—No he robado.

—Pero hay sospechas contra usted. ¿A dónde trasladó la herramienta?

—Hace tres días estoy aquí, buscando qué hacer. No me dan trabajo. Me creen limosnero, o vago; pero yo no pido sino ocupación.

—¿Dónde lo detuvieron a usted?

—Por los lados de la caseta. Pero yo no sé nada. Pasaba por allí casualmente, y ví a un hombre acostado. Dormido, o borracho talvez. Yo nada sé. Seguí mi camino. Tengo hambre.

Morris se vuelve de pronto hacia el Alcalde.

—Deje libre a este hombre, Pioquinto. Que

le den algún alimento; y mándelo mañana a las minas.

—Bien, *míster* Morris. Ah, tenía qué decirle...

—Cuestión de dinero, ¿eh?

—Sí, un pequeño préstamo. Asunto de urgencia. Le digo a usted porque... ese *míster* Lawrence...

—¿No quiere abrir la bolsa? ¡Ah, gringo tacaño! Pero quede tranquilo, Pioquinto; mañana tendrá lo que desea.

El caballo arranca súbito, de brusco espolazo. Es casi de noche, y sobre el vasto cerro brillan ya las primeras luces. El tableteo tenaz parece crecer con la sombra invasora. Resuenan gritos a lo lejos: llamadas; cantos de minería, apasionados y fieros.

Pioquinto Gutiérrez se pasa por el mentón la siniestra gruesa y velluda, mientras sonrío taimadamente.

—¡Carajo, —murmura satisfecho—, este *míster* Morris es un macho que vale!



VI

La casa del ingeniero Peter Simon, con las paredes exteriores pintadas de blanco, y las barandas del corredor de pálido añil, se alza sobre una planadita, arriba de la de la gerencia. Desde la balaustrada de madera se puede ver el tejado rojo de ésta, y su jardinillo; más allá, dispersas a distintas alturas, viviendas de altos empleados de la Compañía, algunos de los cuales tienen allí sus familias. No existe propiamente núcleo social, no puede haberlo en centro minero y localidad tan accidentada; por eso, los pocos hogares que hay ven discurrir la vida en cierto aislamiento, como grupitos feudales. Las visitas son raras; mujeres y niños permanecen en relativa clausura; y sólo los hombres pueden moverse libremente. En cambio, el vivir de la población minera no reconoce ni admite limitaciones; es la existencia natural, sin prejuicios, sin reglas, casi sin

leyes, en la que todos se entienden como por tácito convenio.

Sabina Pérez, la cocinera de John Morris, se consideró en el sagrado deber de visitar a su nueva vecina, la criada de *m ster* Simon; de Lucy Simon, mejor dicho, la esposa del ingeniero. *Mistress* Simon la trajo con ella de Medellín, más que como sirvienta, con categoría de "nurse" encargada del cuidado de su hija Mary.

 No es obligante, pues, darle cumplimiento, así sea en despeñaderos como  ese, a triviales preceptos de urbanidad? Así lo entiende Sabina dignamente. Es negra y añosa, habladora y afable; es además limpia en extremo, y excelente cocinera. Para efectuar la protocolaria visita se echó encima la mejor pollera, la chambre de zaraza bordada, y la cachirula negra, de fiestas. Sus encallecidos pies no conocieron el calzado, ni pueden soportarlo. Lleva siempre en los dedos pesados anillos de plata; en las orejas, arracadas de crisocalco.

Felisa Barco, la nueva vecina, mulata retrechera y maciza, viste a la moda de la ciudad. Bajo el ceñido traje parecen encabritarse las formas poderosas y jóvenes. Con los ojos adormilados, nostálgicos, hacen extraño juego la linda sonrisa y la voz cadenciosa y dulce.

—¿Y dice uté, hermosa, que no soñó que eto fuera como é?

—Ay, misiá Sabina, que si lo sé no vengo por nada. Casi me da por regresar ya mismo. Desde que estoy aquí, viendo día y noche nada más que lomas y lomas, y oyendo tan espantoso ruido, no hago otra cosa que suspirar por Medellín.

—Vaya, niña; no lo tome tan a lo vivo. Verdá que eto no é propiamente el paraíso. Too quien llega aquí, se amilana un poco al principio. Pasao cierto tiempo, ya no quiere marcharse. Epérese un tantico, y verá.

—Nó, nó; cada día ha de ser peor.

—Cuando se lo dice eta vieja... Too é co-gele ley al lugá; y appena suceá, ya me contará entonce un cuento.

El ingeniero Simon ha salido con el gerente; adentro, en el saloncito, Lucy lee, tendida lánguidamente, revistas inglesas. Sabina y Felisa hablan en el comedor, decorado con sencillez. Por la abierta ventana, patio de por medio, se ve la pared de alto barranco cortado a pico; pedregosa, con hierbas parásitas. Al lado salta un caño, cristalino, locuaz, venido talvez del seno telúrico.

—¡Feli, Feli!—canta una vocesita fina y alegre—. ¿Dónde está, ah?

—Aquí estoy, Meri; camine.

Una criatura deliciosa aparece en la puerta. Su cara de muñeca se ilumina como los amaneceres de estío. Tiene seis años aproximadamente. Al ver gente extraña, se detiene sobrecogida.

—No tenga miedo, nena. Es misiá Sabina, una amiga; venga se la presento.

La chiquilla acepta, con vago temor, los ajonjeos de la vieja. Pero se marcha pronto, corriendo.

—¿Son güeno lo patrone, niña? ¿Se amaña?

—Míster Peter es bueno, y serio. Misis Lucy también, aunque a ratos se me hace rara. Yo no los siento casi. Hablan poco, al menos delante de mí y el resto del servicio.

—Eto gringo son güena persona—dice Sabina entrando de lleno en el campo de las confidencias—; son exigente pa el servicio, pero son muy consideraao. Ahora, que llevan su vida así, a la endiablá, eso é otro cantá.

—Sí, son gente especial, todos ellos.

—¿Qué me cuenta a mí, niña? Va pa bastante año que le toy preparando lo guiso a ello, y tuavía no le entiendo. De su jerigonza ni me hablen. Andan como chalao, comen y beben, y tóo le parece muy naturá. Pero tienen uno guto atravesao eto blanco. ¿Cree uté, hermosa, que se enamoran de mujere de su igualdá, é decí de

su mimo tipo? Pue no señó: la que le gutan son la de coló. Cada quién tiene su güena negra.

—¡Qué cosas tan raras, misiá Sabina!

—Raro é lo que no sucé, niña. ¿Pue sabe lo que oí una vé al mimito míter Yon en persona, en conversa con el dotó de la medecina? Taban bebiendo wiqui, y el dotó decía que por qué no bucaba una moza blanca. Míter Yon le repondió, pelando lo diente: vea, dotó Euse, ya toy hata la coronita de comé carne rubia; eso ya me empalaga; déjeme, pué, tranquilo y en pá con mi negrita.

—¿Y todos son así, pues?

—Tóo lo memo. Ai tiene a ese míter Guillermo, rematao por la Pacuala a perpetuidá.

—¿Quién es ese *míster*?

—Uno que lo llaman así, y que anda por toa parte lo memito que ánima en pena. Dicen que lo malefició la Pacuala, con ayuda de Apasia, la bruja.

Felisa escucha a la mujer, con profunda atención; la escucha religiosamente. Tiene ya la impresión de que comienza a sentir extraordinario interés por las cosas de la región. ¿Tendrá razón Sabina? ¿Qué vida extraña y misteriosa se oculta bajo la apariencia rutinaria, material y vulgar del centro minero?

—¡Feli, Feli!

Ahora es Lucy que llama.

Sabina se despide.

—¿Qué desea, misis Lucy?

—¿No ha oído que llaman afuera? Vaya a ver qué es.

—Está bien, señora; pero no había sentido nada.

A la entrada, junto a la pequeña verja, un hombre aguarda. Alto, joven, de aguileño perfil. Su contextura es vigorosa; los ojos grandes, penetrantes. Un "overol" de diablofuerte le cubre la garrida figura. Al ver a la mulata, sonrío.

—¿Qué desea?—pregunta Felisa, turbada de pronto por la mirada y la sonrisa del hombre.

—Busco a *míster* Simon. La perforadora ha sufrido daño gravísimo. Y como a *míster* Guillermo no se le encuentra...

—Míster Péter no está en casa ahora.

—¡Qué lástima! Porque la cosa es urgente.

—Si quiere dejarle algún recado... Tal vez vuelva pronto.

—Bueno, dígame usted lo que le informo.

—Pero... ¿quién es usted? ¿Cómo se llama? Para poder avisarle.

El hombre sonrío otra vez, mirándola con insistencia.

—Roque Montoya, un servidor; el encargado del molino Diamante. ¿Y usted?

La mulata contesta, sin darse cuenta casi.

—Felisa Barco, a su mandar.

La súbita llegada del ingeniero interrumpe el diálogo.

—¿Qué pasa, Roque?

—Un daño grave en la perforadora, míster Simon.

—Pues llamen a Stanley.

—Míster Guillermo no aparece por ninguna parte.

—¡Ah, ah, siempre con el duende de míster Guillermo! Lo acabo de ver en la cantina de ese cachupín Arrendázurri. Sí, A-rren-dá-zu-rri. Ya sabe: el vasco aquel de la subida para Echendía.

Montoya se aleja en busca del jefe de mecánicos. A la puerta de la botillería, la montura espera, paciente. Stanley está imposible. Lo ayuda a cabalgar, y emprenden la marcha.

El "Diamante" no está muy lejos, pero el daño no ocurrió allí precisamente; fue en un socavón próximo, donde la perforadora se hallaba en servicio desde el amanecer. Varios mineros esperan a la entrada, hablando y fumando, mientras se repara el daño. Entre tanto, a corta distancia, el capataz, provisto de pesada almadana, se entretiene en despedazar gruesos pedruzcos.

Stanley no habla; la nariz parece más amoratada y barrosa; entre los labios sin color, la

pipa se mueve con nervioso temblor. El tufo aguardientoso es violento. Al lado de la boca, cuelga de una oxidada escarpia, incrustada en la piedra, el sucio casco de corcho. Este *míster* William Stanley es hombre desconcertante: mientras más ebrio está, mejor trabaja; posee una rara lucidez que no logran obscurecer los vapores alcohólicos; tiene el genio de la mecánica. Para él no existen problemas serios. Su inteligencia parece dormir bajo el transitorio sopor que el licor le produce; pero en realidad está despierta, en vigilia. A otro que no fuese él lo habrían despedido muchas veces, por su permanente beodez, y su condición refractaria a toda disciplina; mas la empresa sabe bien lo que tiene: un estupendo jefe de mecánicos, un servidor irreemplazable. Por eso lo tolera, simulando ignorancia de sus vicios.

Hace muchos años, recién llegado a Marmato, se contaban curiosas historias de él: viajes, aventuras espeluznantes; hasta se hablaba de un amor desgraciado. Cierta vez se fue por un precipicio, lo que dio margen para que se pensara en la posibilidad de un suicidio; pero no sufrió mayor estropeo; talvez la suerte, que, según se asegura, protege a los borrachos, lo libró de una muerte cierta.

Stanley trabaja callado, ayudado por el ca-

pataz y un minero. Media hora después, arreglado el daño, en la oquedad del socavón se escucha de nuevo el taladrante ruido de la máquina horadando la roca.

—¡Carraja!—exclama al fin, empapado en sudor—; ahora vuelvan a descomponerlo otra vuelta. Esta gente ser *very* bruta, *son of a bitch*.

—¿A dónde va ahora?—le pregunta Roque Montoya.

—A las infiernas.

—Entonces, buen viaje, míster Guillermo— replica aquél, riendo.

—*Good by*.

Roque regresa despacio al “Diamante”. Su pensamiento ha vuelto a fijarse en la imagen de la mulata. Recuerda sus ojos aletargados, nostálgicos, que miran acariciando; su sonrisa linda; su cuerpo macizo y armonioso, cuyas formas parecen amotinarse bajo la ropa. Es gran hembra, sin duda—piensa—. Pero de pronto surge también en su mente la imagen de la otra: Dolores Paz, la Lola, la indómita minera de “Mina Rosa”; otra hembra magnífica, conquistada a fuerza de canciones y valentía, y cuya definitiva posesión le costó no pocos encuentros con los rivales, al lívido resplandor de los machetes, y hasta desiguales peleas en celadas traidoras. La tenía muy adentro, bien hondo en el corazón; y

sin embargo, no podía evitar ahora que su ánimo se turbara con el fresco recuerdo de la mulata.

—Felisa Barco, Felisa Barco—murmura.

Nombre, que repetido, acariciado en voz baja, le parece que le resuena en los oídos con són metálico de campanas, acompasándose al fragor del motor y al tableteo de la cernedera.



VII

El atardecer alegre del sábado llama hacia el caserío a muchas gentes del contorno. ¡Sábado de las minas, día jubiloso que presagia la dionisiaca noche llena de orgías, de amores violentos, de misteriosos crímenes! Trabajadores de Echendía; sanjuaneños; labriegos de las apartadas montañas; mineros del cerro y de la boyá; moradores de la vega supiana; mozos de la arriera; y también habitantes de las cuchillas próximas, puebleros, forasteros de paso. Hasta trabajadores de otras explotaciones: de Vendecabezas, de Gavia, del lejano Crucero, en tierras de Anserma. La noche sabatina minera atrae a las peonadas y a los negociantes, y a los simples amigos del holgorio, como las candelas a las falenas. Los convida con la fascinación de sus músicas, con el embrujo de sus sombras perforadas de luminarias, con sus brebajes y el brillo febril de los ojos de las mujeres.

La tarde, dorada y cálida, se va maquillando poco a poco con los rojos colores crepusculares. Una brisilla fresca abaniquea la inmensa cañada. Frente a las oficinas de la empresa la multitud minera se congrega con zumbido de enjambre. Risas, palabrotas obscenas, diálogos animados. Pero ahora, cual si fuese reunión de fiesta, las gentes no van con las ordinarias ropas de labor; se han lavado, buído; los hombres estuvieron en las peluquerías. Imposible reconocer a primera vista, en estas mozas garridas, de todas las razas y regiones, vestidas y acicaladas con esmero, a las mineras sucias de los socavones, a las molineras, a las aventadoras de escorias. Imposible reconocer en los arrogantes varones a los tiznados capataces, a los picapedreros, a los mecánicos.

Los flamantes trajes de dril, las corbatas chillonas, los pañuelos de vivos tonos y las camisas recién estrenadas, se mezclan y confunden en la ancha planada, con las sedas baratas, las pintadas zarazas y las pañoletas y chales. Las mineras más jóvenes lucen balacas de cintas de encendidos colores; y todas, o casi todas, sortijas de similar, manillas de plata, vistosas candongas en las orejas, bajo las aladares. Huelen a perfumes comunes.

Petra, la trigueña rijosa, tiene un tenebroso

fulgor en los oscuros ojos. Ahora, aliñada y limpia, nótase mejor su gracia zandunguera y provocativa. Una gargantilla de triple hilera, de abalorios azules, le rodea el cuello moreno y turgente. Con impaciencia, se vuelve hacia su compañera para decirle:

—¡Gringo indino éste! ¿Hasta cuándo nos tendrá aquí de plantón, Engracia?

—Y con la carpanta que hace, ¡caramba!

—Yo sí que no pruebo bocaos desde esta mañana. Me dio un dolor aquí en las ijadas; pero ya me pasó.

—¿Le duelen con frecuencia, nó?

—Sí, cada nada me dan picadas. El médico me recetó un emplasto muy fuerte, purita candela; y fue para peor.

—¿Por qué no se hace ver, pues, de Aspasia?

—¿La bruja? ¡Yo qué sé! Me da como nervios.

—Dicen que es infalible y sabe dónde tiene el mal el doliente. Buena ha de ser cuando le quitó la parroquia a ñor Cayetano.

—¿El yerbatero ese?

—El que vive abajo, en la hoya.

—Ah, sí... Pero, míre: allí viene Joel, el copelador. ¡Qué cirirí más apayasao! Me revuelve los hígados.

—Ya andan diciendo que usted...

—¿Yo? ¿Petra Cañizo?

—La verdá es que no es mal cliente.

—¡Chó! Pues que lo apañen ótras.

Joel Agudelo, el ensayador, se acerca galleando, cual si pretendiera destacarse él no más entre la varonía. Su cara, empedrada de granos, y llena de desolladuras por la reciente afeitada, cúbrela espesa capa de polvos de arroz. El claro vestido de lanilla, bien aplanchado, no disimula por completo la magrura del cuerpo, a pesar de ser muy holgado. Lleva un diente de oro, una sortija de oro, una cadena de oro que asegura el reloj. Parece hallarse acostumbrado a tratar con mujeres.

—Petra, negra sublime—saluda jactancioso y galante—; ya sabe que esta noche no puede faltar al sancocho de la Jacinta. Usted tampoco, Engracia. Habrá baile, trago bastante, y una charanga para mandar formar.

Las pupilas de las dos mozas relumbran como candiles.

—Tengo convite ya—dice Petra Cañizo, gansosa de que le rueguen, y con estudiados melindres.

Pero Engracia interviene.

—La cosa es mejor donde la Jacinta, Petra.

El ensayador argumenta, persuasivo, meloso:

—Es mejor, y va gente de más avío. Tiene que ir a lucirse. Yo voy por usted. ¿Me dejará con los crespos hechos?

Extrae en seguida de uno de sus bolsillos rugoso fajo de billetes, y alargándole algúnos, agrega con gesto de magnate:

—Guarde esos papeles, Petra, para que compre cualquier cosa.

La moza los recibe, mirando al soslayo la ambulante turba de mercachifles: petaquilleros con sus cajones terciados a modo de abiertos y monstruosos guarnieles; turcos gritones que farfullan en germanía incomprensible y bárbara; pregoneros de milagrosas panaceas; italianos que expenden postales obscenas anunciadas con ademanes equívocos y torpes explicaciones a *sotto-voce*. Un buhonero antioqueño, catarata de “cachos” que hacen desquijarar de risa al heterogéneo auditorio, exhibe su mercancía, colocado el cajón sobre bajo trípode de palo.

—¡Vengan, doncellas, vengan! Arrimen no más, que aquí se cumplen sus anhelos. Hay para todas las hijas de Eva: negras, catiras, cholas, entreveradas y tenteenelaires. ¡Apropincuen, hijas, apropincuen! Cualquiera de estos cachivaches no les cuesta nada sino las gracias.

La petaquilla es tentadora; se confunden en ella fraternalmente grandes peinetas de carey,

espejos de dorado marco, cajas con polvos ordinarios, medias de seda, joyería falsa y coruscante.

Seguro de que la ha convencido, Agudelo se marcha, llevando como bandera su embaidora sonrisa de seductor. Pero antes de irse le hace disimuladamente cómico guiño a Engracia.

—Oiga, marchante...—llama Petra.

De pronto, el tropel las arrastra. En el paredón de piedra de la oficina, se ha abierto una ventanilla. Las luces brillan ya, ahuchando la noche. Puestos en fila, mineros y mineras van pasando ante el pagador, para recibir el salario. Un nombre que suena, alguien que contesta acercándose, y una mano que se alza para apañar con brusco zarpazo el sobre que contiene el dinero. Brevemente puede verse el semblante del hombre, o de la mujer, iluminado por el resplandor que viene de adentro.

El mismo Lawrence, y un ayudante, efectúan el pago. Se oyen reclamos, imprecaciones, insultos. Cualquier minero encolerizado, a quien le hacen efectiva una multa, arroja el dinero a la cara del pagador, y se marcha profiriendo amenazas y maldiciones. En la planada se forma de improviso sordo barullo, porque dos hombres, un mecánico y un capataz, pelean por causa de

una deuda. Los afilados cuchillos salen a relucir, pero los demás logran conciliarlos.

Pasadas las doce, Marmato hierve como marmita en la obscuridad. Las hipnotizadas luces eléctricas forman raro contraste con los parpadeantes candiles de los ranchos. Sobre el enorme cerro, los fuegos innumerables, diseminados, pálidos como flores amarillas, rojos como gotas de sangre, alumbran la noche sin espantarla por completo. Arriba, semejantes a puntos de platino, a partículas de cristal, las empinadas estrellas, los luceros inmóviles que parecen no cerrar los ojos jamás. Abajo, en las zonas no iluminadas, hacen su ronda de serenos, con los farolitos en alto, los intermitentes cocuyos y las candelillas diminutas.

En el rancho de la Jacinta están en plena jarana. Velas y linternas alumbran la sala, colgada de cortinillas de trapo y festones de pape-lillo; el corredor, donde las maceteras pendientes semejan lámparas apagadas; los cuartos interiores, en uno de los cuales pusieron bien surtida cantina y mesa con viandas. La Jacinta es maestra en organizar bailes de negocio. Amiga de todos, fiestera, simpática; sin perjuicio de la necesaria energía para defender sus intereses. Nadie, por lo común, falta voluntariamente a sus afamados jaleos.

Esta noche se encuentra allí el cogollito del minerío. Entre las mujeres Dolores Paz, llamada la Lola, Petra Cañizo, la Pascuala, Engracia Buriticá, Serafina la tolimense, las mellizas Melguizo, apodadas las rolas, y muchas otras más. Entre los varones Roque Montoya, Segundo Becerra, el cachupín Arrendázurri, el turco Assef, Joel Agudelo el ensayador. El Alcalde Pioquinto Gutiérrez, contemporiza, ruidoso y eufórico, con la nocturna francachela. Ahí está, campante, encendiéndole una vela a Dios y otra al diablo. Borracho desde el atardecer, William Stanley parece defender la cantina contra enemigos imaginarios. Vinieron también Henry Lawrence, y dos gringos más, empleados subalternos.

—¡Que viva la parranda, carraja!

—¡Que viva la juerga!

La música es endemoniada. En el corredor, en bancos de palo, la charanga se contorsiona, desesperada talvez porque los instrumentos no responden tal como lo desea el artista a la inspiración que lo consume. Tocaban con rabia. Un músico ciego, flaco y barbudo, estrangula un viejo violín de notas gemebundas. Un muchacho sopla enorme castruera. Liras, requintos, flautas, barrigonas guitarras. Y la vejiga llena de maíz, que plagia el són golpeado de la marimba.

El licor es indígena: ron, aguardiente. To-

dos están de acuerdo, particularmente los gringos, en que es lo mejor. Lo que alimenta, calienta y alegra. La vida se siente de verdad cuando baja por el gazzate, culebreando y ásperamente dulce, el jugo ardiente de la caña; y se mete por entre la sangre, haciéndola galopar bajo su acicate de fuego, cual si fuera desbocado corcel de inflamadas crines; y se asoma después por los postigos de los ojos, a hacer piruetas regocijadas, a mirar hacia el mundo con dichosa confianza, a la vez que pone a golpear el corazón como un parche, con redobles de diana de amanecer.

Joel Agudelo, arreglado como vitrina, parece cosido a las faldas de la Cañizo; se mueve a su vera con la precisión de la sombra y la constancia del perro fiel. Pero la moza se fastidia. Responde con ostensible desgana, mientras sus miradas se van tras del cachupín Arrendázurri. El vasco tiene la estampa fiera; carga facón, y los bigotes se le erizan con aspecto siniestro. Harto de desdenes, el ensayador se va, por fin, hacia la cantina.

—Sírvame un lamparazo, Jacinta.

—Sirva dos, carraja—rectifica *míster Stanley*, ebrio perdido.

Agudelo dice, con grande enojo:

—Ese gurre de Petra me quiere jugar con cartas dobles, ¡qué vaina! Pero a mí no me em-

broma. O con el cachupín o conmigo. Y el que quede, que afronte los gastos.

—¿Qué dice? ¿La Petra no quiere? Oh, no importa tal cosa. Mujeres, mochas. Es mejor la traga.

Roque Montoya se aproxima; parece tener alguna grave preocupación; no está tan contento como lo suele. En las fiestas es de los de más entusiasmo. Detrás viene la Lola, la minera, la paisa. Es hembra estupenda, sin duda; garbosa, sandunguera, bonita; mujer que muchos codician, pero todos respetan, porque saben cómo las gasta Roque Montoya.

La charanga toca un són voluptuoso, lento, con aire de bunde. Música que rastrea, sinuosa y lasciva, y de pronto parece despertar, galvanizada, para volver a su compás cansino y libidinoso. El tamboril la hace más indolente, con su golpear monótono, funeral.

~~—~~ Camine, Roque, bailemos esta pieza.

—Déjeme, Lola, ahora; estoy muy cansao. Más bien, si quiere, cantaré algo.

—Sí, que cante—exclama Serafina la tolimense.

Montoya es trovero de mucha fama; su voz llena y abaritonada tiene especial encanto. A ella le debe, sin discusión, todos sus éxitos afortunados en materia de amor; a ella y también a

su buena figura. Tirando hacia atrás el poncho rayado, y arrebatándole su instrumento al músico más inmediato, canta con acentuado brío. Es la canción de "La Pallanca", tierna y melancólica, tan en boga entonces en las Antioquias. La noche parece estremecerse al conjuro armonioso de aquella voz varonil, sonora y apasionada, que suspende el ánimo, y arranca suspiros a los pechos de las mujeres.

Al terminar, Dolores lo arrastra hacia el corredor, hasta el rincón más solo. Los ojos le relucen sombríos, mientras el seno le palpita. También está bastante ebria.

—Bien ha cantado, Roque, como usted sabe hacerlo—farfulla con cierta torpeza y el acento rijoso—; pero, vea, le quería decir... la verdad es que no me gusta...

—¿Qué cosa, Lola? ¿No le agrada la canción que canté?

—Me han contado que anda rondando a esa negra de Medellín. La de la casa de míster Simón. ¿Ahora va a negarlo?

—Claro que sí, porque son cuentos.

—¡Cuentos! Pero si los han visto en cachecos. A usted y a la Felisa esa. No crea que lo ignoro.

Montoya hace un gesto de impaciencia.

—Andese con cuidado, Roque—vuelve a de-

cir Dolores con la voz concentrada y los ojos prendidos en fuego de mal agüero—; yo no soy mujer para burlas; y si piensa tener otra moza...

Regresan en seguida a la sala. El baile continúa, desenfrenado, loco; la música, ahora precipitada, tiene un compás febril. Como peonzas, al tumultuoso són del pasillo, las parejas voltean pegadas como hiedras, raudas como figuras de tío-vivo, en el estrecho círculo disponible.

—Una cumbia ahora—grítales Joel a los músicos—; la Pascuala la va a bailar.

—Con quién la bailo, ¿eh?

—Pues con míster Guillermo—exclama alguien, zumbón.

—Nó, con Roque Montoya.

Agil y gallarda, la Pascuala salta al centro de la sala, que han despejado ya. La fina piel de ébano, el cuerpo erguido de palmera, denuncian el tipo puro de la raza. Hace muchos meses vino del norte, de la costa caribe. Cartagenera, barranquillera, acaso samaria; nadie lo sabe con certeza. Ataviada como los altares de Corpus, muy ceñidas las ropas, se mueve con contoneos casi pornográficos. Es joven. Bajo la tela del corpiño se encabritan los pechos, agresivos y duros como pitones. Las piernas son ágiles; delgadas abajo, en los tobillos, gruesas y carnosas arriba, en los muslos.

—Sí, que la acompañe Roque—pide la concurrencia, mientras las pupilas de la Lola relampaguean de celos.

La pareja inicia la cumbia. Reminiscencia africana; degeneración grosera, bárbara y lujuriosa, del señorial bambuco, cuya música quejumbrosa exalta la callada tristeza y el fatalismo desolado del alma nativa, esta cumbia tiene, sin embargo, la atracción poderosa de la voluptuosidad y el misterio.

Su fascinante melodía parece despertar dormidos instintos, imprevista y oculta sensibilidad que no sospechábase. Al són violento de sus notas, al demente compás que enciende la sangre, Roque y su compañera se agitan con furia, contorsionados y jadeantes. Doloroso frenesí los sacude como a muñecos vivos; pero los labios sonríen en éxtasis implacable. La Pascuala parece transfigurada: los brazos, las piernas, las caderas, se retuercen como serpientes, le sube y le baja, acezante, el alzado pecho; bajo la luz de las linternas la obscura tez, cubierta de sudor, cabrillea como espejo de la noche. En el enloquecido vaivén, torbellino del movimiento, espasmo del vértigo, grito exasperado del sexo, los ojos blanquean con luces albeantes, pálidas de alborada, mientras la boca entreabierta, de labios de vino, deja ver la terca candidez de los dientes.

Medio sofocada, la Pascuala se desploma en un taburete. Está descompuesta. Con angustiado abaniqueo se da aire ella misma.

—Un trago, habé, hombre; ¡que no puedo ni respirá!

Stanley le alarga un vaso grande, colmado.

—¡Eh! Ete míter qué se ha creído; que yo soy una barrica del etanco. ¡Qué atrocidad!

—*All right!* Hagamos cambia, entonces— propone William Stanley recibéndole el vaso y dándole una copita.

Roque vuelve a cantar, ahora “Los Arrallanes”, acompañado entonces por la menor de las mellizas. Las mozas lo miran, absortas. Pero ya está cerca la alborada. Nadie piensa, sin embargo, en marcharse.

Presintiendo el final, anhelan escurrir hasta las heces la efímera copa de placer.

Dolores ha salido en seguida al patio, con su hombre; no quiere desampararlo. Siente que la fiesta se acaba, y comprende que en breve se separarán, aunque sea transitoriamente. El tranocho la ha puesto pálida, de color de flor mustia. Está inquieta, recelosa, tristonaa; un tedio vago la acobarda. ¡Guayabo, sí! Amargura confusa, melancolía sutil de amanecer, pena recóndita.

En el patio hay un mirto, y un escaramujo

florido. Humedad en el piso, en los barrancos; rocío de relente.

—Esta tarde lo espero, Roque; hoy es domingo, acuérdesese.

—No sé; acaso vaya por allá. Creo que me toca turno en el Diamante. . . Y ya me voy también. Hasta pronto.

Se marcha el primero.

Serafina, la tolimense, que ha estado espíandolos, le sopla a Engracia Buriticá, burlona y maligna:

—Póngale cuidao, no más, a la tusa que se carga la Lola. ¡Cualquiera cree, viendo a esa pendeja, que en el mundo no hay más machos que Roque!

—Está chalaíta, la pobre.

El alba, desde las nubladas cuchillas, vuelca de pronto en las cañadas su canasta de pálidas rosas. Lejanos, oscilantes, confusos por la distancia embaucadora, llegan hasta allí débiles sonos de campanas. Tal vez de San Juan, o de la capillita de Echendía.



VIII

Casi por el filo de la cuchilla, siguiendo sesgada trocha, que antaño debió ser angosto camino, Aspasia avanza cautelosa, en dirección de su albergue mísero. “Tigre”, el pintado mastín, la sigue en silencio. Tiene la obscura piel manchada como los grandes felinos, lo que explica su nombre. Pero, ¿es vivienda humana el hacinaamiento de palos, latas, deshechos de hierro, y otros revueltos materiales, que constituyen la armazón de la choza? En el hueco que hace de puerta cuelga una colcha de retazos, desgarrada y sucia. La cabaña, o el rancho, si es que puede llamarse así semejante escondrijo, confúndese literalmente con la vegetación circundante. El paisaje es algaida pura. Y no se sabe con certeza, a juzgar por la forma, si aquello es caney, ramada, o improvisado cobijo.

—Hoy mismo, no bien oscurezca, he de bajar otra vez, a ver a ese pobre. ¡Infeliz! Lo hi-

rieron malamente los malditos gendarmes, porque trabaja para vivir. ¿No ven, pues, que estas minas son de sus dueños, y no de los bandidos que se las robaron?

Guiñapo ambulante, sombra filuda y negra que se desliza cual si no tocara la tierra, la vieja camina mascullando sus pensamientos. Lleva la obsesión clavada entre ceja y ceja; hundida con dolor constante de espina.

—Sí, esos gendarmes perros. Lo acorralaron, y por poco acaban con él. Yo misma lo recogí, convertido en un trapo rojo, al pie del precipicio. Si no se tira por ahí, no queda ni para los chulos.

Adusta, siempre seguida por el mastín, entra en la vivienda sórdida, absurda, fantástica. El interior es espacioso. Varias guadas tendidas, aseguradas con bejucos, ocultas en parte bajo revueltos trapos, sirven de lecho. Sobre viejos cajones, de enigmática procedencia, se apilan objetos raros y diversos: botellas llenas y vacías, huesos, cachos, misteriosas cajitas, haces de hierbas, un candil con cabo de vela. Sobre torcida horqueta duerme un pajarraco sin plumas; más allá, en la punta de larga vara hundida en la pared, una lora vieja, extrañamente muda, parece un emblema nigromántico. Tres piedras hacen de fogón. Desde el rincón contiguo, el gato

fija con indolencia sus contraídas pupilas en las precarias brasas del rescoldo, que alumbran sin calentar la olla negruzca.

De varias alcayatas oxidadas, penden mochilas llenas, más harapos, cabuyas. Sobre el primer cajón, entre un cuchillo y un guijarro, polvos de diversos colores, amarillas mantecas, espesos jugos vegetales, delatan inconclusa operación de laboratorio.

Aspasia se sienta, cansada, embebecida de nuevo en sus pensamientos. Los ojos se le inmovilizan, el rostro adquiere el aspecto duro de la piedra. ¿En qué piensa tan singular criatura? Los dislocados recuerdos cruzan por su mente como desordenada procesión de fantasmas. Las ideas incoherentes no consiguen darle forma concreta a nada; todo es allí, en la pobre cabeza, sombras, confusión, dispersas imágenes. Hay, a pesar de todo, cierta luz tenaz en el fondo de esa conciencia adormecida; cierta llama obstinada que no logra apagar el tiempo, que sigue brillando en la obscuridad y se le petrifica como diamante en lo hondo del alma.

En su semblante se refleja el esfuerzo doloroso y patético por precisar bien los recuerdos. ¿Cuántos años hace? ¿Cuántos? Fue ayer no más, hace un siglo acaso. Hoy es ayer, mañana, lo mismo. Sabe sólomente que sufre un gran dolor que no comprende.

Pero los recuerdos la acosan, empecinados, mecánicos, hostigantes como jauría famélica. La persiguen todos los días; la acompañan, tercetos; son como duendecillos malos que la maltratan. Cierra los ojos, y ve extrañas escenas: pueblos de rara topografía, caminos con recuas, casitas sobre empinadas lomas. En seguida, tinieblas. Y luego, otra vez, gentes desconocidas que llegan. De repente, la visión se ilumina con resplandores cárdenos. Un hombre... una niña...

Siente un sacudimiento. De su transido corazón suben, como amargas burbujas, sentimientos oscuros. Odio, rencor. Rencor sin nombre, odio sin objeto definido. Tal vez definido sí, en cierta manera, porque la obsesión y el instinto le inspiran aversión a los hombres; aversión terrible contra los blancos, y contra todo lo que tiene algún aspecto de autoridad. Es curiosa, empero, la diferencia que hace, inconscientemente, en favor de los perseguidos, los miserables, los de raza humillada.

Los cerros se van ensombreciendo, entre nieblas crepusculares, cuando camina ya, de nuevo, rumbo al rancho mezquino donde acogieron al herido. La corta familia de mineros lo recibió allí, compasiva. Sobre la barbacoa, aletargado, casi que parece estar muerto.

La hoya está cerca; sustentado por las llu-

vias de la montaña, hinchado y sucio, el aguaje deja oír su fragor colérico.

—¡Jesú, qué creciente! Siquiera vino, pué, Apasia.

—Esperaba la noche para bajar.

—¡Y qué ecuridá se anuncia!

—Quiero ver al herido, hijo.

—Dentre pué, no má. Ahí tá como lo dejó, sin movese. Ñanga lo hemo llamao pa dale el bedizo.

Aspasia permanece un momento inmóvil, clavada la mirada en el hombre que yace sobre el jergón hilachento. La hemorragia lo empalideció. Tiene los labios secos, el aspecto febril. Contéplalo con expresión ambigua, severa y maternal a la vez.

—¡Perros gendarmes! — refunfuña pasito. No dejan vivir a la pobre gente. ¿No tenía este infeliz derecho también a sacar su poquito de oro? Aquí ninguno tiene minas; todas son de ellos, tódas se las llevaron, ¡ladrones!

Su ronca voz crece de repente, excitada.

—Pero algún día las pagarán. Aplastados los he de ver debajo de algún derrumbe. No continuarán persiguiendo a los que necesitan trabajar. Trabajar, sí; cada cual tiene su trabajo. ¿No es así, hijo mío, que está allí dormido, pero que me escucha? No abrigue temor, yo lo curaré, y

pronto podrá otra vez sacar el oro que le pertenece. Nadie dirá nada; los perros gendarmes no lograrán alcanzarlo.

El negro minero, jefe de la familia, se aproxima, inquieto, al oír el singular monólogo.

—¿Y qué fue, pué, la cosa, Apasia?

—¿Cuál cosa?—replica ella, como volviendo en sí.

—Me pareció oír la garlá de saquiya de oro y de lo gendarme... ¿O é que tá devariando?

Aspasia se vuelve por completo, para decir con tono misterioso:

—Yo venía caminando por la falda de la ladera, casi de noche, como ahora, cuando sentí unos gritos. Más bien eran ladridos, hijo. Alzo a mirar, y veo que por el camino alto, junto al precipicio, un hombre corre perseguido por cuatro gendarmes. ¡Los malditos! Aullaban igual que perros sarnosos. El hombre no quiso detenerse, y le dispararon. Sentí que se me venía el cerro encima: piedras; luégo un bulto que paró junto a mí. No sé cómo quedó con vida el pobre.

—Contrabando, pué, Apasia.

—¡Cálle! Los contrabandistas son ellos, los ótros. ¡Asesinos! ¡Ladrones!

—Sí, así é; pero mientras tanto, no dejan sacá el metá, y mucho meno vendelo. Eso guarda andan como perro, verdá. Yo, appena se puea,

me largo pal Chocó, a mazamorriá. Allá é libre la cosa.

El herido se queja. Sangra poco ya, por las descalabraduras, y una herida en la pierna izquierda. Aspasia comienza a curarlo, solícita, grave, cual si su sombría y tranquila locura se trocara de improviso en ciencia profunda. ¿Qué intuición curativa la inspira? ¿Qué oculta experiencia la aconseja? ¿De qué fuente hubo esa infusa sabiduría, y dónde adquirió tan extraño dón de acierto? ¡Milagrosos diagnósticos, terapéuticas maravillosas! Fama que echó por el suelo conjuntamente el prestigio del médico Zacarías Eusse y la reputación del sanalotodo ñor Cayetano.

Todavía va mascullando sus maldiciones cuando apecha la larga cuesta que conduce a las casas del personal directivo de la empresa. Nada tiene qué hacer allí; pero es tarde, y la vía es más corta, siguiendo la travesía, para llegar a su vivienda. "Tigre" va detrás, presente y ausente; protector, silencioso. La noche se tragó los caminos del cerro, el paisaje abrupto, todo. Y Aspasia camina, cautelosa, segura, alumbrando la senda con ojos nictálopes.

Sus oídos son antenas tendidas contra la indiferencia del cielo, contra el letargo de la tierra, contra los engaños del viento. A veces se detiene

para escuchar, o para agazaparse. Poco le agradan los encuentros.

En la solitaria planada donde se hallan las oficinas toma breve descanso. La luz mortecina de la bombilla de un poste deja en torno de éste ancho círculo de sombra. Todo el mundo en las casas, en los ranchos, en los tugurios. Luminarias distantes en la plazuela, arriba, sobre la calle principal. Ruido sordo de los molinos.

Va a coger la calleja que pasa junto a la oficina de ensayos, mas se detiene al punto, viendo avanzar dos hombres por allí. Sin vacilar, se mete entonces por la que conduce a casa de *mister* Simon. Las ventanas están alumbradas, pero en su derredor hay sombras también.

Ante la pequeña verja, se pára un instante, a atender. La puerta que da al corredor se abre de improviso en ese momento. Sorprendida, asustada, va a reanudar su marcha, pero la curiosidad la retiene. En el resplandor que proyecta la luz interior acaba de ver la graciosa figurita de Mary. La niña juega, sin duda, porque ríe y ha salido corriendo hacia el corredor.

—Venga, Feli, venga; vamos hasta el camino—llama con su voz cantarina.

—Nó, Mary, nó; que la noche está muy obscura—responde Felisa desde adentro.

Pero la niña, caprichosa e indócil, atravesando el patinejo, avanza sola hasta la verja.

Aspasia la mira, hipnotizada. Con la inmovilidad de sus pupilas, que la obscuridad y el asombro dilatan, contrasta el temblor convulsivo de los labios que se mueven sin hablar, súbitamente mudos. La ve acercarse, lo mismo que una aparición, y llegar hasta ella, talvez sin darse cuenta de su presencia, confundiéndola acaso con la propia noche, con un accidente cualquiera del terreno, con alguna forma arbitraria de la tiniebla.

La niña se detiene, indecisa. Sobre el contraído rostro de Aspasia la expresión dolorosa de su ternura se convirtió en horrenda mueca; sonríe como las máscaras. La diestra sarmentosa y negruzca se levanta para acariciarla. Mary da un grito.

—¿Qué fue? ¿No le dije que no saliera?

La mulata acude solícita, entre enfadada e inquieta. Pero Aspasia ha desaparecido.

—Está como asustada. ¿Qué le pasó?

—Allí, allí... Cosa fea... fea...

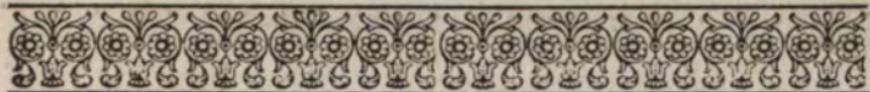
Mary está demudada, trémula; se prende con infantil angustia a los vestidos de Felisa.

—Sería alguna lechuza que vio. ¿No ve, pues, niña mala que no obedece?

Vuelven a entrar. En la sala, tumbado en

la *chaise-long* leyendo, el ingeniero Peter Simon, que ha escuchado el grito, reconviene a la fámula con su tono grave y flemático:

—Hay qué tener más cuidado con Mary, Felisa.



IX

—Ya decía yo, hermosa, que no iban a transcurrir mucha semana sin que topara su embeleco. Y ahí tiene, pué, lo que le tá sucediendo: chalá, y con la sesera perdía por completo.

Sabina Pérez habla con cierto tono convenido y supersticioso, en tanto que, limpión en mano, seca la vajilla. Frente a ella, sentada al otro extremo de la mesa de servicio de la cocina, Felisa Barco la oye con interés y no disimulada complacencia. Bajó a saludar a su vecina, y a ayudarle un rato también, porque está agobiada de oficio con motivo de la comida que *míster Morris* les da esa noche a varios amigos. En la casa de la gerencia las comilonas son relativamente frecuentes; ellas sirven de pretexto para reunirse y saborear, además, las alegres tertulias de sobremesa. Alguna que otra vez acaban, o degeneran, en formidables borracheras a puerta cerrada.

—¡Quién iba a pensá que le cogería tánta ley al mozo ese! ¡Y vaya si tiene güena suerte el tal Roque!

Felisa suspira, henchida de pensamientos de amor, de gratas imágenes. Las palabras de su interlocutora le suenan como la más dulce melodía.

—¿Por qué dice que tiene buena suerte, misiá Sabina?

—E decí: digo lo que dicen; porque la gente tóo lo garla, y en tóo ha de meté la cuchara. Pero yo, no é porque siga la procesión; yo también, gracia a Dió, tengo tute con qué pensá. ¿No é suerte pa un critiano, niña, conseguí el amó de una güena moza?

Entre vieja y joven, unidas ya por lazos estrechos de confidencial amistad, hay un curioso duelo de propósitos disimulados; la una queriendo oír a la ótra, anhelando saber, estimulándose mutuamente para la charla.

—No será nada más por mí que lo dice. Para los hombres, es natural que algúna los quiera. ¿Qué suerte hay en ello?

—Si se conformaran con úna . . . Yo no quería contale nada, pa evitale cavilacione; ni quiero turbale su ilusión; pero como guerra avisá no mata gente, según dicere, güeno é que lo sepa, pa que ande prevenida.

—¿Qué quiere decir, misiá Sabina?

—Ná, sino que pise depacio y con cuidao, hermosa. No por él, que si la quiere en realidá no le causará mal nenguno; pero por lo demá, por la ótra... ¿No sabe, pué, ná, de una que llaman la Lola?

Los ojos de la mulata chispean, celosos.

—Ah, ¿sí? Y yo que pensaba... que creía que...

—Ultimadamente aseguran que é ella quien lo persigue. Ná tié de particulá que Roque se haiga cansao, o le haiga perdío el amó. Lo hombre son así. Recuerdo que dende que empecé a jovenciá comenzaron pa mí también lo deguto por causa de ello. El mozo éte ha de tené ópalo, o algún familiá, que tóo le sale bien. E como si le diera bebedizo a la hembra, o le hiciera maleficio.

Felisa se ha quedado seria y pensativa. ¿Cómo es que no sabía nada hasta ahora? ¿Y por qué nada le ha contado Engracia Buriticá, en cuya vivienda se ven hace varias semanas ella y su amante? Con la cabeza llena de pensamientos de amor y dulces imágenes, obscurecidos ahora por el torcedor de los celos y las angustias de la duda, evoca un momento la casita de Engracia, blanca de jalbegue, pequeña como nido de colibrí, colgada con profusión de florecidas enreda-

deras, y meticulosamente limpia. ¡Cuántas dichosas horas pasó allí, olvidada de todo, desprendida de todo, apasionada y transida de amor entre los brazos del hombre que quiere!

Se levanta de pronto, nerviosa.

—Tengo qué volver a casa, misiá Sabina. Otro día vendré; o suba usted, mejor, a verme.

Después de la comida, John Morris y sus invitados conversan animadamente en el espacioso salón. Arrellanados en mullidos sillones, apacientan la buena digestión con whisky y café, y aromáticas brevas. Diversos motivos reunieron allí a Zacarías Eusse, médico de la empresa; Luis Cataño, el administrador; el abogado Celso Barrera; un caballero de Medellín, y tres altos empleados. También está Pioquinto Gutiérrez.

Los licores han excitado al médico, pero en vez de alegrarlo le alborotaron el mal humor. Respira grueso, atafagándose.

—Es completamente imposible asumir responsabilidad en semejantes condiciones, *míster* Morris. Estamos perdiendo el tiempo. Los mineros no se someten a las prescripciones que les doy, ni siguen los tratamientos. Yo no respondo de nada, en adelante; me abstendré por completo de recetar, si no se me dan seguridades de que mis órdenes han de cumplirse.

John Morris sonrío, apacible, plácido; pa-

recen divertirle esas cosas. No puede comprender por qué el galeno les concede tanta importancia.

—Pero, ¿qué quiere que haga, médico? La empresa presta el servicio, cumple la ley fielmente; si no quieren aprovecharlo... Otra cosa es que se tratara de una epidemia; porque, en tal caso, sí habría que remediarlos a palos, o establecer severa cuarentena. ¿verdad, doctor Barrera? ¿No es así, Pioquinto?

—Lo que usted diga, *míster Morris*—asiente éste, enérgico.

Celso Barrera es hombre de menguada figura corporal, pero de mucho espíritu. El alma, no teniendo dónde pasearse allí, se le escapa hacia afuera. Habla con metálica voz y tono dogmático, accionando cual si se hallara en el foro, en los estrados públicos de la justicia. Sus ojos son pequeños, vivos e inquietos. Cuando menos se espera, prorrumpe en risotada estridente, áspera, seca.

Se incorpora en la silla, para hablar.

—Si es cosa de poner la ley de por medio...

—Es simple cuestión de policía—replica Zacarías Eusse—. Yo no sé qué está haciendo Pioquinto, que no mete en el brete a esos charlatanes. Porque, repito: aquí no se podrá rece-

tar seriamente mientras anden libres y sueltos el matasanos Cayetano y la loca Aspasia.

—No me vale nada—asegura Gutiérrez—. Al curandero lo he tenido tres veces en la guan-doca, y allá iba la gente a solicitarlo. No se le podía dejar a la sombra a perpetuidad. Pero se dice que ya no le hacen caso.

—¿Y la loca?

—Ah, esto es bastimento de otra guambía. Míster Morris no quiere que la molesten. Por lo demás, no causa daño. En alguna ocasión que intenté detenerla, porque les escamoteó un bellaco a los celadores de rentas, casi me hacen los mineros una poblada.

—¿Cómo que no causa daño?—argumenta Eusse—. Estará usted esperando, Pioquinto, que lo despache al otro barrio con cualquier poción de barbasco, o algún emplasto de culebra, para convencerse.

Echando el asunto a broma, Barrera interviene, irónico.

—Todo esto no es más que concurrencia profesional. Los esculapios, como los curiales, tienen qué defenderse. Es la ley de la vida, claro. Pero hay qué convenir también, doctor Eusse, en que ustedes, los médicos, son todos iguales; se parecen como la gota de agua a la que le sigue. Ante cualquier nuevo competidor, ya está sabi-

do lo que piensan: si mata, lo dejan en paz; si cura, es un peligro y lo persiguen.

Una estruendosa carcajada llena la sala.

—Esto sí que es—exclama Eusse, pasada la hilaridad—el propio diablo haciendo ostias. El código en camión, sermoneando a los recetarios. ¿No sería mejor, querido doctor Barrera, que busque el inciso para desalojar la vieja de aquí, en lugar de contarnos cachos del tiempo de Hipócrates? Porque si a cuentos vamos, o a cuentas, tan paciente es el enfermo que los médicos curan o matan, como el confiado cliente a quien los abogados desvalijan.

Tras de breve explosión de risas, habla *míster Morris*.

—Lo que dice Pioquinto es cierto. A esa pobre mujer es mejor dejarla tranquila. Su locura pacífica no perjudica a nadie.

—Bueno, ¿y quién es esa loca?—inquire Barrera, que hace apenas un año ejerce de consultor legal de la Compañía, en aquel circuito, y nunca se preocupó del asunto—. He oído decir también que es bruja, o hechicera.

—Don Luis, que es aquí el decano, se lo puede contar mejor. Echele la historia, don Luis.

Sin cambiar de postura, calmoso, el administrador aparta de los labios la humeante cali-

lla. Le gustaría más no romper su largo mutismo. Vacila, buscando acaso la fórmula más breve y concisa.

—La llamada Aspasia—refiere—es la mujer de un rico minero que asesinaron hace bastantes años, cuando la concesión. Su verdadero nombre es Cecilia. Una tía del marido, solterona, vieja y maniática, que vivía entonces en Medellín, se hizo cargo de Donatila, la única hija que tenían. Esto es todo.

—Es todo y es nada—opina Barrera, defraudado—; no nació usted, mi amigo, para divertir auditorios.

—Ni para arrullar a los bebés—responde secamente Cataño.

Otro estallido de hilaridad, porque la alusión, como dice el refrán, alcanza a dos pájaros de un sólo y certero escopetazo: a Morris, por su familiar remoquete, y a Barrera por lo exiguo de su estatura.

Al abandonar la casa de la gerencia, en toda la raya que separa la noche de la madrugada, el Alcalde, Luis Cataño y Celso Barrera, que hicieron grupo aparte, siguen un camino en declive, como quien va para Echendía. Todo está solitario. Junto a un alto barranco hacen breve parada, y allí, espaciados uno de otro, fraternales y solidarios, orinan copiosamente. En la obs-

curidad, el ascua de la calilla del administrador, relumbra con burlesco guiño.

—¿Tiene sueño ya, Pioquinto?

—Ni pizca; esos cuentos me lo espantaron.

—¿Y usted, tinterillo?

—Sin novedad, compadre, en el frente.

—Podemos subir entonces a donde el cachupín Arrendázurri; se me acabaron los tabacos.

—Quién sabe si estará levantado.

De pronto ven luz en la casita del vasco; y oyen voces aguardientosas. Luégo, otra luz, en el mismo camino. Es una comparsa que se acerca. Se hacen a un lado, para dejarle paso. Por un instante los enfoca, ofuscándolos, el resplandor de pequeña lámpara de bolsillo. Alcanzan a distinguir la voz de una de las mujeres del grupo, a distancia.

—¿No eran, pues, Pioquinto y Facundia? Al otro no lo conocí.

—El otro era el doctor de leyes—agrega alguien.

Continuando la marcha, el administrador exclama más adelante:

—Son mineros que tunan. La que habló es la menor de las Melguizos, el par de ramerás más conspicuo de estos parajes. Putas, reputas y

archiputas, desde el moño a las patas. ¡Rolas más puercas!

—También iba allí Serafina, la tolimense —afirma Gutiérrez—. ¡Qué potranca e negra, carajo! ¿No se fijó?

Arrendázurri, que acaba de atrancar la puerta por dentro, se niega a abrirla de nuevo. En el interior suenan risas. Por fin accede a pasar, por el ventanuco, un buen paquete de callillas.

—¿Fósforos también, don Luis?

—No, yo prendo en yesca.

—Ah, de veras, ¡por la Virgen de Covadonga!

Regresan. La noche ha aclarado ahora; alúbrala difusamente la mortecina luz de la luna en menguante. Por el inmenso cerro parece extenderse, arropándolo, impalpable manto de bruma.

—El cachupín tiene gato encerrado—afirma Pioquinto—; que me arranquen la cabeza si la que está allí no es Petra Cañizo.



X

—La Lola que cortó a Engracia.

—¿No dicen, pué, que fue puñalá?

—Con barbera, hija; con pura barbera de afeitá. Se la pasó por la cara, como quien afila machete, dejando a la pobre lo memito que una Virgen de Dolore. No se le podía conocé. Ahora la tienen en el hopitá, donde la tan curando.

Dos mineras negras y jóvenes comentan el hecho en la boca de la mina. La noticia se ha difundido con rapidez por todos los sectores del cerro. Una de ellas acaba de arrimar corriendo, pero hasta la otra habían llegado ya los rumores.

—¿Y qué motivó la cosa?

—Hay mucha version. En el grupo donde yo taba, poniendo cuidao, un mecánico dijo que fue por celo; que la tal Engracia dique le taba alcahuetiando al cantor pa que se viera en su casa con la Felisa, la que tá conchavá donde míter Simón.

—Dígame, pué, señó, ¡qué barbaridá!

—La Lola se volvió humo; no han podido encontrála. Vario guarda la andan bucando ahora. Tán requisando toa la casa.

Se meten por el socavón, viendo venir al capataz.

En el pequeño hospital de la empresa, entre tanto, sobre angosto catre de hierro, Engracia Buriticá se retuerce de dolor y de rabia. Se halla en un saloncito, a la izquierda de la botica, impregnado de olor de anestésicos y con las ventanas cubiertas de anjeo. El semblante se le ha puesto monstruoso, hinchado, lleno de sanguinolencias; casi no se le perciben los ojos; la boca entreabierta se crispa con aguda mueca de sufrimiento.

—¡La perra traidora! Ya me las pagará cuando me levante de aquí. Ni siquiera me dio tiempo de defenderme.

El médico, llamado de urgencia, la atiende solícito.

—Cálmese, Engracia; necesita estarse tranquila.

—Cure, no má, dotor, y no se preocupe. A mí nadie me hace callar la boca.

—¿Quiere quedar, entonces, con la cara como una piña? Si no se porta bien, no respondo.

Engracia se aquieta de improviso. La amenaza de la deformidad la asusta, obligándola a someterse.

Esa noche, en el molino "Diamante", Roque Montoya hace su guardia visiblemente preocupado. Piensa con fastidio, y también con irritación, en la estúpida ocurrencia de su querida; de una de sus queridas, mejor dicho. Pero, ¿es que no puede él tener las mujeres que quiera? ¿Estará pensando la Lola que se va a esclavizar a una sola moza, como perro faldero? Y luégo, promover tal escándalo. Lo que habrán garlado en el minerío con tal motivo, y las cosas que habrán dicho de él. Cierto es que son hechos que ocurren todos los días, y que nadie les da importancia, por la fuerza de la costumbre; pero... la verdad es que no le gusta andar demasiado en las viperinas lenguas ajenas. ¿Que tiene mujeres? Pase. ¿Que es aficionado al jolgorio? Pase. ¿Que de cuándo en cuándo desenvaina el machete para definir la propiedad de una hembra, o se ve obligado a sacar el cachiblanco de la funda para echarse candela con otro macho por palabra más o palabra menos? Pase igualmente. Lo que no puede admitir, lo que lo solivianta, es que las mujeres pretendan convertirlo en causa de díceres, en blanco de comadreo. ¿Han creído que es payaso de feria, o títere de barraca, carajo?

Roque va y viene por el molino, sin poder estar quieto, conteniendo la trahilla de sus enojos; se mueve como acorralado animal, repitiendo la misma tarea, poniendo y quitando cosas, subiendo y bajando con agilidad de simio por la armazón del molino; y ya está trepado en los abitaques, ya en las escalerillas de tablas, cuando no es que se queda inmóvil en los pasadizos húmedos y sucios de tierra. Del techo de la ramada cuelgan bombillas de luz, percutidas y opacas, en torno de las cuales evolucionan moscas tenaces, diminutos jejenes, y falenas grandes y negras. El ruido del motor y el tableteo de la cernedera ahogan el zumbido de los insectos.

Agarrando con brusquedad la palanca, para mover la pala alimentadora, vuelca en el ancho tamiz aluviones de mineral compacto y oscuro. El golpe de un cucarrón lo hace levantar la cabeza de improviso.

—Ajá, ¡no faltaba más! La noche bien obscura, y ahora, un buen lapo de agua.

Tiene que sacudir, a manotazos, la nube agresiva de cucarrones que se le viene encima, semejantes a negros pedruzcos, golpeándose en sus giros atolondrados, contra los maderos, las bombillas de luz, los objetos todos.

—Oiga, Roque: ¿tiene una cerilla ahí?

Lo llama el *watch-man* que pasa, con su lin-

terna encendida, y embozado en amplia capa de caucho. Agrega:

—No prendo en la lámpara, porque el viento me la apagaría. Va a llover, ¿eh?

Enormes goterones comienzan a caer, confirmando tales palabras. Encendido el cigarro, el hombre se aleja.

El chubasco es violento; aguacero de esos que duran poco, pero dejan la tierra empapada para largo tiempo. Vasto fragor ensordecedor llena el aire entenebrecido. Como millonadas de dardos, el agua acribilla el accidentado piso del cerro. Se desploma de arriba, del inagotable cielo de tinta; baja con ímpetu de las cimas; parece brotar de la superficie misma del suelo, de ocultas y misteriosas fuentes. Se ha metido en los huecos, corre por las hendiduras, salta con agilidad de cabrito sobre las peñas, se desborda por los barrancos, afloja y arrastra los escombros de los desatierres. Todo lo inunda con su transitorio furor el desbocado turbión. Por las laderas, deslizándose a lo largo de las grietas, el agua culebrea, despeñada en turbios torrentes, sucia de tierra mineral, de escorias, de basuras, de detritos de vegetación.

Resguardado en el escampadero de la garieta, Roque Montoya mira con expresión de tedio el torrencial desbordamiento. Sus pensamientos

se han agravado. Para distraerse, entona su canción más alegre. Al principio es un tarareo; pero luego, la voz va creciendo, creciendo, hasta adquirir toda su potencia.

El chaparrón cesa súbito, como cortado por inmensa cuchilla. A poco, la noche se aclara. La faz palúdica de la luna asoma tras las altas montañas, temerosa, convalesciente, proyectando frío resplandor de pupila muerta.

—¡Qué bien está cantando, Roque!

Se vuelve con brusquedad, casi asustado por la inesperada voz, ronca, de timbre triste y quejumbroso. A corta distancia, de pie e inmóvil sobre el pequeño andén del molino, una mujer de mojadadas ropas lo mira de hito en hito. Sus cabellos y sus faldas chorrean como socarrén de rancho de paja.

—¿De dónde sale usted, Lola?

—Pues será de la tierra. ¿Qué importa de dónde vengo? Tenía qué verlo, y por eso me encuentro aquí.

La moza tiene aire fatalizado; en sus ojos se ve el dolor, pero también la ternura; y la decisión bravía, de impresionante fiereza, de desprecio por el peligro.

—Lo que hizo fue una burrada, Lola. ¿Para qué? Ahora tendrá qué esconderse como lagarto, y vivir huyendo.

—¿Lo dice por los gendarmes?

—Sí, por los guardas, que andan buscándola como aguja.

—Que busquen. No le daré a esa puerca el gusto de verme en la guandoca.

—¿Qué dice?

—Ni a usted, que ya quisiera verse libre de mí, para mujerear a su amaño. Ahora vamos a ver qué otra alcahueta busca.

—Cuidao, Lola; fíjese bien lo que habla.

—Cuidao, usted, Roque, si es que piensa que conmigo se juega. Ya se lo advertí varias veces. Yo no soy pelele de nadie.

—¿Y de dónde sacó ese cuento de Engracia?

—Ah, ¡la muy sinvergüenza! Pero ¿es que me creyó tonta de veras, Roque? Como si no estuviese bien enterada. Pero se acabaron las fiestas. Y a esa zamba Felisa me la quito de enmedio, o no es Dolores Paz mi nombre de pila.

Roque Montoya prende un cigarro, y dice en seguida con palabras en las que abejonean trémolos de ira:

—Vea, Lola: no se ponga usted demasiado necia. Se está olvidando de que soy hombre libre, de esos que no se dejan poner albarda. Y sepa de una vez que no le aguanto más letanías. ¿Queda bien enterada?

—Libre para irse con la otra, ¿no? ¡Infame! ¿Por qué no me entrega mejor a los gendarmes? Aquí estoy, pues, lista. Bien puede llamarlos, que no me he de ir ahora.

—¿Me ha conocido como soplón?

La moza comienza de pronto a zollipar; el amor, los celos, el odio, sacuden como cierzo su figura patética, su cuerpo transido de pobre mujer atormentada.

—¡Maldita sea! Por qué me creí de este hombre canalla... Por qué le pondría tanto amor... Ahora me paga así.

Roque Montoya se humaniza.

—Lo que ha de hacer es irse, Lola—dice suavizando la voz—; no quiero que la cojan los guardas.

—Me voy, sí, me voy; pero no crea que lo dejo. No ha de tener más mozas, se lo juro.

Se va como vino, no se sabe cómo. Las fauces de la noche se la tragan, lo mismo que a diminuta y liviana cosa.

Al amanecer, pasa el administrador en su mula petisa; lo sigue un capataz, a horcajadas en ruin caballo con enjalma. La petisa es mula famosa en la región; pequeña, pero de mucho arranque y extremada resistencia. Sube las cuestas de un tirón, se echa a rodar por las pendientes, se ríe de los lodazales, y no da paso alguno

en falso. Andorga insaciable sobre estacas de acero, come y aguanta como media docena de sus congéneres. Marrullera y prudente. Su dueño anterior fue un bebedor intrépido, que la endureció a golpes y tropezones, haciéndola conocer además todos los estancos y cantinas de la comarca, de donde le quedó esa tendencia irresistible a pararse en cuanta licorería encuentra en la ruta.

—La contramina que une a Soplavientos con Corozal se inundó anoche. Aquí ¿no hubo daños?

—No, don Luis; ninguno.

Espolea la bestia. Luis Cataño es la acción metida en vestido kaki. Parece parido por las minas y amamantado por ellas. Conoce su historia, sabe al dedillo su geografía. Allí morirá seguramente. Difícil problema averiguar de dónde saca tal energía semejante montón de huesos y nervios. Bajo la luz pálida y tiritante del alba galopa afanoso, indiferente a las asperezas del camino, tieso como varilla de hierro sobre la montura. No le interesa sino llegar.

Como el daño es bastante grave, pues el sector anegado comprende dos minas y su comunicación, hay qué trabajar duro y seguido. Cataño en persona dirige la penosa maniobra. Con el agua hasta la rodilla, numerosos peones se

mueven por pasadizos y cañas, provistos de acetres y lámparas de tela metálica. Han instalado una gran bomba, con su manguera. Los achichinques sudan y gritan. En algunos trayectos, los pies parecen adherirse al fondo gredoso y pegajoso. Afuera se han formado aguazales turbios, oscuros, sucios. Las agojías, obstruidas por las basuras que el turbión arrastró, tardan mucho en quedar expeditas.

Todavía están en la faena cuando el crepúsculo se inicia. Concluída por fin, Cataño regresa a su vivienda. Cansado, molido, casi triturado como el mineral en las máquinas. Pero no parece sentirlo. Su rostro atezado, impassible, hace pensar en el de los fetiches indios de piedra. Le habla a su mujer, mientras él mismo desensilla la bestia.

—¿Cómo va el niño?

—Ha empeorado; la fiebre le subió otra vez.

—Ajá.

—Vendrá fatigado, Luis. Ni siquiera subió a almorzar.

—Eusse lo vio?

—Informaron que hoy no pudo venir. Mañana, talvez. Pero venga coma algo. Ha de estar ahilándose.

En ese momento, el cartero llega corriendo, con telegrama de Riosucio.

—Es urgente, don Luis.

Sin precipitarse, Cataño se entera. Lo guarda calmosamente. El abogado le avisa que debe estar allá antes de las siete del día siguiente; se necesita su presencia por asuntos de extrema importancia para la empresa.

Despacio, tranquilo, entra en el aposento. El niño está allí, aletargado, sobre su blanca camita. La calentura le ha arrebolado las mejillas tersas. Lo mira un instante, con ternura, pasándole la mano curtida por la cabeza. En seguida sale de nuevo, y comienza a ensillar la mula.

—¡Qué! ¿Se va otra vez?

—Tenga mucho cuidado con el niño, Mercedes.

—Tome un bocado, al menos.

—No hay tiempo. Cenaré en Riosucio.

Cabalga, y parte veloz. La noche es clara, por fortuna. Sobre el empedrado de la plazuela resuenan reciamente las pisadas del animal. A poco, sube ya la calzada que conduce a San Juan. Se pára un instante para encender la eterna callilla; se palpa para comprobar que el revólver está en su sitio, en el cinto.

—Siempre andarán con estos afanes, ¡imbéciles!—rezonga malhumorado—; no pueden dis-

tribuir bien el tiempo. Pero es que carecen de sentido común.

Y como si el sentido común fuera él, Cataño, espoleando la famosa petisa, galopa implacable, rumbo a la cabecera del Circuito.



XI

Domingo. Mañana luminosa y cálida. Oscilando, suspensos en la dorada atmósfera, bajo el cielo de lapizlázuli, que en las cimas lejanas manchan apenas nubecillas inmóviles, pasan sobre Marmato los ecos desvanecidos de un campaneo jacarandoso. Sones alegres, confusas y regocijadas voces, que parecen venir de remotos santuarios, o de humildes espadañas perdidas en ocultos rincones del mundo. Pasan, y no se sabe con certeza de dónde llegan. La acústica de los montes las recoge, y quedan allí en lo alto, sobre la inmensa cañada, al ras de las cuchillas, hombreándose con los escarpados cerros ocre y grises. Se quedan allí un momento, muchos momentos, como invisibles pájaros estacionados, columpiándose cual si fueran armoniosos acróbatas que contagié la alegría matinal.

—¡Cantarilleras, cantarilleras!

Muchachas de Echendía y San Juan, moci-

tas jíbaras del agro propincuo, doncelluecas que viven como en clausura en medio del pervertido trajín minero, recorren con despacioso andar la plazuela y los callejones. Visten de fiesta; ceñidos los airosos cuerpos por las vistosas batas de color; cargadas de áureas sortijas, de pulseras, de collares exóticos, de finos aretes. En los largos cabellos se les enredan graciosamente las balacas de cintas, los peinetones de carey.

El pequeño mercado dominical ha atraído gran concurrencia. Mineros y campesinos, negociantes, buhoneros. Se llenan los tenduchos, las licorerías están literalmente colmadas. Hierven las fritangas bajo los toldos. Sobre los andenes se apiñan frutos de la comarca: chirimoyas, papayas, zapotes, chontaduros; frescas legumbres de los huertos; granos de las frisoleras y los maizales. Varias mujeres expenden en totumas, sacándolo de rojas tinajas, un guarapo dulzón, sin fermento porque no lo permite el monopolio de los licores.

—¡La cantarilla para la Virgen!

En el comisariato de la empresa se agolpan mineros, a cambiar fichas y contraseñas por comestibles, por tabaco, por velas. Entran y salen, empujándose, riendo y hablando su rudo y vulgar lenguaje de peones. Dicen cosas atroces, obscenidades. Promiscuos, machos y hembras re-

vueltos, cual si la áspera brega y el duro contacto con la tierra, y la desnuda realidad, les unificara los sexos.

Por costumbre, por ancestral superstición acaso, porque esta gente perdió toda noción religiosa, muchos de ellos, especialmente las mujeres, echan centavos por la hendidura de la hucha.

—¡La cantarilla para la Virgen!

El concurso se agita con bullir sordo de enjambre, ondula con vaivén de marea. Un paisa ladino, encaramado sobre ancho cajón, abrazado al tiple, se arranca del pecho poderoso linda canción de amor. Lo rodean mujeres embelezadas.

Siguiendo estrecho callejón, rumbosa y flamante, viene Felisa Barco, la mulata de ojos nostálgicos. El gallardo cuerpo se mueve, al andar, sandunguero y provocador. Trae de la mano a Mary. No habla con nadie; parece ser extraña a aquel mundo. Ni siquiera mira a los lados, por curiosidad. Los hombres la admiran y desean; las mujeres se fijan en ella de paso, con simulada indiferencia. Quienes la conocen, y saben lo de Roque Montoya, comentan y chismean maliciosamente.

Temprano fue a visitar a Engracia, que sale mañana del hospital, después de dos semanas de

cama. Le llevó dinero y regalos. Hablaron largamente. La infortunada moza, a pesar del esmero del cirujano, quedó un tanto desfigurada. Y ahora Felisa camina, desentendida de cuanto la circunda, en dirección de la casa del administrador. Mary está invitada a almorzar allí, por sus amiguitos.

El sol se acerca, ardiente y deslumbrador, hacia el meridiano. Desde el altozano donde se alza la casa, de pies en el patinejo de enfrente, donde está sola ahora, Felisa contempla el case-río. Recorre con atenta mirada el accidentado conjunto, los abajaderos, los meandros de los caminos, los agujeros negros de los socavones que se alcanzan a divisar. Amarillos, ocres, bermejos; colores de tierra; espejeos metálicos de escorias en los desatierres; relámpagos de plata de las acequias; lívidos cabrilleos de pocetas. ¿Qué buscan sus ojos ansiosos por las rugosidades del cerro? ¿Por qué se infla su pecho con tal avalancha de suspiros?

Por fin logra localizar el molino "Diamante". Allí debe de estar ahora, de turno. Pero está tan lejos, tan lejos, aquel molino, que no puede distinguir sus detalles. Sí, allí debe de hallarse en ese momento el hombre que su corazón adora, que es dueño y señor de todo su sér, que manda en su voluntad de mujer como el capataz en

el peón, como el padre en el hijo, como el amo en el perro fiel. Felisa siente, mordida por el recuerdo de las caricias, arrullada por el eco ideal de la voz del varón querido, que todo su cuerpo se estremece, sacudido por voluptuosidades recónditas. Sabe y comprende que está prendida por la llama de la pasión que exalta las almas y quema los cuerpos sin consumirlos, porque cada día parecen nacer de nuevo; que aquel macho la asimiló por completo; que su fuego de él es su propio fuego.

Sonríe. Suspira. ¡Cuán lejos está de sospechar que a cierta distancia de donde está, otra mujer, Aspasia, espía todos sus movimientos! Hundida en el obscuro hueco de un rancho sin dueño, la vieja mira a su vez hacia la casa de Cataño. Ha visto llegar allí a la mulata con la niña. No ha apartado la vista un solo instante.

Al ver aparecer a Mary en el patinejo, Aspasia se estremece.

¡Qué linda está la gentil criatura, vestida de azul, bajo el resplandor dorado del sol! Largo rato se queda quieta, la vieja, observando su juego ingenuo, siguiendo con hondo embeleso sus caprichosos giros de mariposa, suspensa de los más pequeños detalles. Si es bruja, en verdad, como asegura la gente, en ese momento es una bruja embrujada. ¡Maravilloso hechizo de

sí misma! ¿Por qué no durará, ay, siempre, siempre, la dulce visión que la fascina? Aún continúa inmóvil Aspasia, absorta, fugada del mundo, cuando hace mucho rato ya que todo se ha desvanecido. De repente despierta.

“Tigre”, echado a su lado, lanza corto ladrido.

—¡Calla, que pueden oírnos! A lo mejor, hay perros gendarmes por aquí cerca.

Aspasia hace una mueca de disgusto. Piensa, embrollándose, que le choca la empecinada vigilancia de la mulata con la niña. ¿No parece, pues, su propia sombra? Cuantas veces ha rondado la casa, al anochecer, deseosa de ver a la criatura, allí estaba con su aire de espion y su impertinente presencia.

Se aleja, recelosa. El gentío comienza a mermar. Suenan canciones, ásperos gritos de borrachos, acordes. El bochorno dominical, el resol, ponen velos de sueño sobre las cosas. Con indiferencia, al pasar, observa a distancia, a alguien que duerme en un corredor, tendido sobre obscuro chinchorro.

¿A dónde va ahora? Casi a mitad del cerro, más allá de las últimas viviendas, hay una casa abandonada. La vieja construcción tiene el aspecto triste que le imprimen a las moradas humanas la soledad y la incuria de mucho tiempo.

A primera vista parece que está cerrada, pero luego, ya bajo sus vencidos aleros, se nota la ausencia de las puertas. Carcomidos batientes se agarran desesperados, con las uñas de sus visagras mohosas, a los listones de negra madera; las ventanas son arrapiezos arquitectónicos, desgarrones, hilachas. ¡Dulce paraíso de la polilla! ¿Cómo no se ha desplomado aún ese techo acrobata, en cuyo caballete se posan a veces zuros y cuervos, según el tiempo y el ambiente, y que sostienen sobre sus hombros decrepitos paredones sombríos, sucios y llenos de lacras? Pátina, polvo, telarañas. De día, mudez y desolación; lobreguez y fantasmas, de noche. Porque todo en lugares así es fantasmagórico en la tiniebla: los ruidos adquieren impresionante resonancia, los objetos cobran extraña vida; cualquier lejano grito repercute allí con pávidos ecos; cualquier luciérnaga que brilla parece provocar tropeles misteriosos de sombras.

Por las rendijas, por las grietas, por los agujeros múltiples, circula la población inquieta de las sabandijas: diligentes lagartos de ojillos vivaces, cucarachas, cienpiés; horribles arañas de toda clase cuelgan sus prodigiosas arquitecturas aéreas. La hierba profusa, en ciertos lugares, invade el contorno del caserón.

La verdad es que la arruinada fábrica pa-

rece más bien vivienda maldita. Nadie quiso volver a habitarla. Leyendas lúgubres y tristes pesan sobre ella hace largos años. Allí mató un minero, personaje de pró, a su mujer infiel. Se refieren también antiguas historias de bacanales nocturnas celebradas por gentes ricas, a puerta cerrada. Ocurrencias talvez de individuos extravagantes y ociosos; fantasías malsanas del vicio. Alguna noche, cuentan, hombres y mujeres desnudos, traídas las últimas de los lenocinios de la ciudad lejana, danzaron como dementes en medio de bestial borrachera.

A esa hora caliente y pesada de la tarde dominical, no se ve un alma por los aledaños. Marmato da la impresión de ser pueblo ausente; lugar muerto, si no fuera por el tableteo sordo de los molinos, que no paran jamás. Cuando la vieja llega, ya Dolores está allí, aguardándola, a un lado de la casona.

—Se estaba tardando, Aspasia.

Su voz tiene vibración angustiada y esperanzada.

—No faltaron motivos, hija—explica la vieja recordando la reciente visión.

Y repite con vaguedad:

—Motivos, sí, motivos... Usted también anda huyendo ¿no? ¡La pobre! Esos perros gendarmes no dejan al cristiano en paz.

—¿Sabe algo, pues?

—La negra Felipa me contó.

—¿Y le dio mi recaó?

—Por eso vine; y porque sé que la están persiguiendo.

Hace breve pausa. Agrega:

—¿Qué pide, pues, de mí, hija?

Dolores dice sordamente:

—Esa mujer me quitó el hombre que quiero.

“Tigre” gruñe con inquietud.

—¿Vendrá gente?... Entremos.

La tétrica estancia donde ahora se encuentran, enfrentadas y silenciosas, debió de ser la sala de la vivienda. Bajo las pisadas, el suelo polvoso cruje con rumor de tenues quejidos. Sorprendido murciélago vuela aturdidamente de un lado a otro del aposento, a través de la densa penumbra.

—Primero es el conjuro, hija; después, el maleficio.

Aspasia saca de las reconditeces del seno flácido un envoltorio que abre con enigmático ademán. Con cerillas enciende dos velas de sebo, a cuya lumbre anémica se ilumina la habitación. Traza en seguida sobre el pavimento blanduzco, con la punta de agudo cuchillo, amplio y profundo círculo. Su enlutada figura magra, mo-

viéndose, proyecta sobre las paredes grandes sombras estrafalarias. Al resplandor de la llama de las bujías, las caras de las dos mujeres cobran siniestro aspecto. Fulgores de odio despiden los ojos de Dolores. Los de Aspasia están fijos, en éxtasis, como alucinados. Durante largo rato permanece así, erguida, quieta, sin más movimiento que el de los labios que se agitan convulsos.

—Ya quedó hecha la invocación—musita por fin.

Mira de hito en hito a Dolores.

—Haga su petición, hija.

—Quiero vengarme de esa puerca.

Aspasia repite, con ronca voz, las palabras de la moza.

—Quiero vengarme de esa puerca.

Y vuelve a decir, con deliquio:

—¡Venganza, venganza, venganza!

Sobre diminuto brasero, prendido en mitad del círculo, vuelca obscuro polvillo. Una llama azulina se levanta al punto. Y entonces comienza el verdadero rito de brujería. El hechizo malo; el maleficio pérfido que ha de llevar hasta la víctima la locura, la enfermedad, la desgracia o la muerte.

—Piense en su enemiga, hija; piense con fuerza.

La llama del braserillo se alarga como len-

gua de ahorcado; su color azulenco toma por instantes tintes verdosos. Aspasia sigue inmóvil, pero sus pupilas se mueven ahora con ardor de fiebre y sus manos flacas se agitan en el aire haciendo lentos trazos.

—¿Cómo es la mujer? ¿Blanca, morena?

—Es mulata.

—¿Espigada? ¿Bajita?

—Más bien alta que baja.

—¿Minera? ¿Forastera? ¿Jíbara?

—Vive aquí hace algunos meses apenas.

—Pero, ¿qué hace?

—Se conchavó en casa de un gringo.

—Está bien, hija. Ahora, vamos a llamar la desgracia.

—¿No puede enviarle la viruela? ¿O una perniciosa bien brava?

—Lo que usted pida, hija.

Aspasia pronuncia palabras que Dolores no entiende; salta dos veces sobre el braserillo; levanta los brazos. De repente, como asaltada por imprevisto escrúpulo, continúa preguntando:

—No me ha dicho cómo se llama.

—¿Yo?

—No, hija; ella, su enemiga.

—Se llama Felisa; la que cuida la niña de míster Simón.

Bajando los brazos, Aspasia exclama con cierta extrañeza:

—La niña... una niña... ¡Dice que una niña!

Se queda perpleja, asediada por confusas dudas, por inconexos pensamientos. La visión reciente le acude de nuevo a la memoria. El trajecito azul, la mulata. Y luégo, allá lejos, cualquier anochecer, el grito de espanto de una chiquilla.

—No sé—murmura en seguida, vacilando, —no sé qué pasa...

—¿Tiene algo más que preguntarme?

—Nó; pero siento algo particular. Quién sabe qué se me olvidó. No resulta.

—Y ahora, Aspasia, ¿qué hacemos?

—No se desconsuele. Talvez es que no conviene así. Si intentáramos mejor recobrarlo, ¿qué dice?

—¿Recobrar a Roque?—exclama la moza con intensa y brusca alegría.

—Para que la vuelva a querer.

—Sí, Aspasia, sí; tráigamelo otra vez. Su cariño es lo que me falta. ¿Quiere dinero? ¿Quiere toda mi ropa? Le daré cuanto tengo. Seré su sirvienta.

—¿Ropa? ¿Dinero? ¿Yo para qué, hija? Pero hay otros que lo necesitan... Bueno: le voy a dar unos polvos y un manojito de hierbas,

nada más. Es bastante con eso. Usted hará lo que yo le encargue.

Media hora después, Aspasia sigue el camino de su miserable cabaña. Cautelosa, según costumbre. "Tigre" va detrás silencioso, casi lamándole los talones. La abandonada trocha parece cerrar sus brazos de raquílica vegetación, para estrecharla y defenderla.

Camina, y piensa desordenadamente. En la hirviente marmita de su cabeza dislocada son un sancocho las ideas; un revuelto disparatado de imágenes. La niña... la mulata... Felisa... El nombre se le quedó clavado allí, en el oscurecido cerebro, como escarpia hundida hasta el codo en recio muro de concreto. ¡Por poco le hace el maleficio a la pobre!

Aspasia siente que algo imprevisto la protege; que ninguna desgracia ha de alcanzar ya a esa moza que apenas conoce, que ha visto de lejos, en sus rondas, o cuando ella sale por el caserío, llevando consigo a la criatura. Un sentimiento misterioso, de maternidad repentina, surge en su corazón. Brota como pequeño manantial de ternura, y comienza a crecer, a crecer. Le parece que es viejo ya, que hace mucho tiempo lo lleva allí, cual acunado infante, cuando se hunde en el refugio lóbrego de la cueva.



XII

¿Qué númenes tutelares, cuáles fuerzas ocultas protegen aquí a los borrachos, a los negociantes clandestinos, y a todos aquellos que hacen saltar el surtidor de la sangre al acerado golpe de las cuchillas enloquecidas? Los dramas se pierden en la sombra, las tragedias en el silencio. Callan las lenguas para no delatar, entórnanse solapadamente los párpados para que ninguna luz traicione los fondos del alma. ¡Admirable masonería de los que trabajan y sufren! ¡Maravilloso acuerdo instintivo del minerío!

Cataño, el administrador, y Gutiérrez, el alcalde, cabalgan a buen paso, cada uno ocupado en menesteres del respectivo oficio. Hace buen rato se encontraron, apareando las bestias para charlar más a su amaño. Pero el funcionario parece de mal humor.

—A mí no me sacan del magín que los bellacos guardas se apaniaguan con los responsa-

bles. ¡Son más avispaos! Figúrese que a la Lola esa no han logrado echarle mano hasta ahora. Por ahí andará la guaricha, riéndose de nosotros.

—Riéndose de usted, Pioquinto, será. ¿A mí qué? Yo no soy de justicia ni de orden público. En lo que sí estamos de acuerdo es en que no le echarán el guante sus polizontes. Eso tén-galo por seguro.

—¡Claro! Cuál más, cuál menos, todos le hacen el alto. Y así tapan todas las fechorías. Y así se quedan los delitos sin su condigno castigo.

El administrador se detiene, para despedirse y tomar otra ruta. Cerca de allí queda la oficina de ensayos, con su empedradito al frente. Andado corto trecho, tropieza con el remesero que baja.

—¿Ya está de viaje, Lucas?

—¿De viaje? No, don Luis. Pero si mañana es la fiesta de la patrona.

—¿Qué importa? No veo la razón. . .

Con el regatón del perrero, Lucas se rasca la cabeza. Muestra contrariedad, desconcierto. Lleva muy percutido el poncho, como las alpar-gatas de cabuya y el mandil de arriería.

—Además, don Luis. . . todavía no está lista la remesa.

—¡Cómo! ¿Y por qué?

—Eso me acaba de decir don Joel.

Cataño se apea despacio y calmoso. Arrienda la mula a un bramadero y asciende el empedrado diciendo:

—Esté listo para salir hoy mismo, Lucas, como de costumbre.

La oficina de ensayo es un laboratorio completo. Hay tres locales con sus respectivas dotaciones. Hacia la izquierda, en ancha galería de cristales, el pequeño museo mineralógico: metales, cuarzos, tierras. El departamento de la derecha guarda herramientas, aparatos y materias químicas. Joel Agudelo, el ensayador, se encuentra en el saloncito de en medio, de pie ante la mesa llena de copelas. No trabaja en ese momento. Está recién bañado, empolvado, vestido como para salir, y con una carta abierta en las manos.

El administrador echa rápida ojeada por el recinto, como buscando algo. Su mirada es severa.

—¿Y las barras?

—No he acabado de fundirlas, don Luis.

—Pero la remesa debe salir hoy mismo, si no me equivoco. ¿No es, pues, día de despacho?

—Así es.

—Ya debieran estar listas.

—Resolví aplazar la operación. Mañana es la fiesta de la patrona, y tengo esta tarde un compromiso.

Tranquilo, imperturbable, Luis Cataño permanece brevemente meditabundo. Mira el reloj prendido en la pared. Después, con voz firme, de raro timbre persuasivo, habla.

—Hay tiempo bastante para fundir las barras, Agudelo. Siento no poder ayudarle por tener muchas ocupaciones. El remesero está advertido ya de que saldrá esta misma tarde.

Se marcha, confiado y seguro. El ensayador se encoge de hombros, entre fastidiado y risueño. ¡Ah, ese don Luis! Pone a trabajar a un muerto, si así lo manda el reglamento. Resignado, comienza la ordenada tarea.

No ha adelantado mucho, cuando entra Engracia.

—¿Ocupado todavía, pues? ¿No dizque iba a salir temprano?

—El hombre propone... y Facundia dispone—contesta Agudelo con desolación un tanto cómica.

Las heridas no han dejado en el rostro de la moza huellas exageradas; ni le han echado a perder del todo la gracia natural. Está, sí, algo pálida y adelgazada. Traviesa, se pone a jugar con los instrumentos, mientras dice:

—¿Sí sabe que la Petra anda ahora como yegua mostrenca?

—¿Qué le pasó? Cuente.

—El cachupín le dio una tunda madre; por poco la mata.

—Buen provecho le haga, por novelera.

—Lo mismo le dije yo. Cuando nos encontramos tenía todavía los amaratados de los golpes. Habla horrores del cachupín. Si supiera las porquerías que me contó de ese cliente.

—Pero ya volverá a buscarlo. Las mujeres, salvando lo presente, se prendan del hombre que les aprieta la clavija. A algunas hasta las engordan los palos.

—Nó, nó; esta vez Petra está decidida a dejarlo. No le aguanta más sus patanerías, me dijo. Pero falta lo principal. Aprovechando el berrenchín, y que ahora está comiendo chivo, entré a hablarle de usted con mucha labia. Y qué le parece que no están mal las cosas.

—Ajá; me querrá de paño de lágrimas.

—Vaya esta noche a verla. Si quiere en mi casa...

—Cuidao, Engracia, cuidao.

—¿Lo dice por lo de la Lola? ¡La malparida! Algún día nos hemos de ver. Su miedo que tendrá cuando anda escondiéndose. Pero ya no me cogen desprevenida—agrega con visible coraje llevándose una mano hasta el seno, en donde oculta pequeña y filuda daga.

—La verdad es que ya no me interesa mu-

cho el asunto—declara Agudelo fingiendo indiferencia—. Vea, cabalmente me acaban de traer esta carta. Es de una salamineña recién llegada. Algo macanudo ¿oye?

—Bueno, yo creía que...

—Sin embargo, no está por demás ensayar la cosa. Lo que abunda no daña, cuando alimenta. Iré esta noche, pues. Tome estos papeles para que compre trago y tabaco, y también colaciones.

El administrador, entre tanto, galopa seguido por una travesía del cerro. Se para a inspeccionar un depósito de cianuro. Y continúa su marcha afanosa. Más allá, la mula se detiene de golpe, alzándose casi sobre las patas traseras.

—¡Qué hubo, carajo, gran berrionda!

Tremenda explosión ha sacudido el cerro, de pronto. Cataño mira hacia el lado de la falda, viendo mucha gente que se aglomera junto a la boca de una mina.

—¡Es en “La Pringosa”!—murmura.

Y arranca hacia allá, raudo, despeñado. Bajo los cascos de la petisa saltan los guijarros, violentos. El pequeño poncho de Cataño revuela hacia atrás con aspecto de alas tendidas.

En la mina “La Pringosa” la confusión es grande. Capataces, peones, mujeres, van y vienen apresurados, entre el desconcierto y la conmoción del primer momento. Se oyen gritos, im-

precaciones, comentarios a voces, diálogos agitados. Algunas mineras se lamentan, llorosas.

—¿Qué pasó aquí?

—Un taco de dinamita que reventó antes de tiempo, don Luis. La galería se ha derrumbado.

—¿Y había gente adentro?

—Sí, cuatro hombres y dos mujeres. Pero vea, la boca se tapó por completo.

—Ya lo veo; no falta sino la lápida.

—¡Uy, don Luis, no diga esas cosas!

—Pero, ¡qué hacen ustedes, por los demonios del infierno! Hablar y hablar, y estarse quietos como estacas. Mientras tanto, esa gente perece. A ver: todo el mundo al salvamento; ya mismo. Traigan taladros, picos, vagonetas. Pero, ¡vivo! ¡vivo!

En pocos segundos, la boca de la mina se ve asaltada por una avalancha de mineros atacados de súbita fiebre. Trabajan con furia, con desesperación, cual si fuese la propia vida lo que le disputan a la muerte. Hombres con zapapicos, mujeres con almocafres y palendras, golpean y remueven sin descanso la muralla de tierra y piedra. En algunos puntos, el estridente ruido de los taladros ahoga las voces. Entre tanto, numerosas mujeres transportan la tierra, en cajones, en vagonetas que empujan sudorosas,

en berlinas, en sacos. Y la boca se va despejando, creciendo, agrandándose, cual si se abriera en inmenso y lento bostezo; boca ahíta talvez de haberse tragado media docena de mineros, y que parece ver con desprecio aquella porción humana que tiene ahí, ante las propias fauces, temeraria y dinámica, como ofreciéndose a su voracidad de monstruo famélico.

Adentro, en el socavón, aplastada bajo gruesa capa de tierra y palos, encuentran la primera víctima. El daño fue grande. Abitaques medio carbonizados, fragmentos de riel, trozos de vagoneta, linternas, se confunden con el mineral y la tierra blanda. Con gran dificultad logran extraer el cuerpo. Es de una mujer. Aunque está casi deshecho y desfigurado, la identifican en seguida.

—¡Pero si es Magdalena, pobrecita!

—Pues cómo no, la misma, la risaraldeña. La que parió hace dos meses. Ahora queda güerfana esa desgraciada criatura.

—Siquiera descansó, pues.

No fue posible salvar a ninguno. Sólomente un minero y la otra mujer viven aún cuando los encuentran, pero están mal heridos. Respiran todavía, gracias a que quedaron bajo unas vigas que se le atragantaron al socavón. Afuera, tendidos en el sucio piso, yacen entre impresionantes

estertores. La peonada entera rodea los cuerpos, los despojos, silenciosa, fúnebre. Las cabezas se agobian bajo el soplo invisible de la fatalidad.

—Lleven los heridos al hospital—ordena Cataño.

Soliviantan primero a la mujer.

—Esta ya acabó—dice alguien—; es inútil.

Entonces alzan al hombre en peso, con rudo cuidado. A poco andar, uno de los conductores observa:

—Tampoco va a llegar éste; miren que está boqueando.

Se devuelven, porque ha fallecido. ¿Por qué será que los muertos pesan tanto?—piensan aquellas gentes, sintiendo cómo tira el cuerpo hacia abajo, cual si lo llamara la voz telúrica.

Entonces colocan en guandos todos los cadáveres. Son camillas de guadua, fabricadas toscamente, que sirven lo mismo para transportar enfermos que difuntos. Los acomodan bien, cada uno en sus andas, cubriéndolos con improvisados sudarios de telas sucias, con delantales manchados de acije, con engrasados “overoles”, con bayetas. Pobre montón de carne macerada y sangrienta, baldonada de tierra.

La triste procesión inicia la subida hacia el caserío. Parihuelas cargadas de fruto fatídico; horrible digestión de las minas, que por la mis-

ma boca insaciable devoran criaturas vivas y defecan entre convulsiones cuerpos muertos y dislocados.

Al frente va, como encabezando su hueste, sobre la petisa marrullera, Luis Cataño, el hombre de una sola pieza.



XIII

En el estanquillo, entre tragos de ron y de aguardiente, el corrillo de hombres, pasado el entierro, comenta la catástrofe. Un minero antioqueño, forastero y locuaz, habla en ese momento.

—Pues sí, mis amigos: como venía diciendo, explosiones y derrumbes de verdá los que le han tocao al suscrito. No sé cómo estoy echando el cuento. Esos sí que fueron truenos mayores y terremotos históricos. Recuerdo que una vez, por los laos de Frontino, se nos vino encima tal socavón que hagan de cuenta una cordillera. ¡Horrible, caballeros! Yo escapé de puro milagro. Sin duda fue la Virgen de Viboral la que me amparó con su manto. Pues imaginen cómo sería la cosa, que resultaron ciento cincuenta muertos y seiscientos heridos... No, me equivoco: los muertos fueron nada más ciento cuarenta y nueve, porque el ótro iba a ser yo, de segu-

ro. Los heridos sí me parece que fue ese el número.

—Pues tiene usted suerte, ¡hombre!

—¿Suerte? No me lo diga, hermano. Y si viera con las mujeres... Pero a mí lo que me gusta es andar. Un buen raque entre las rodillas, y riase usted del mundo. Se van a pasmar si les refiero lo que yo he recorrido. Una vez por poco me topo con el judío errante en persona.

—¿Cómo fue ello?

—Otro día les cuento esa epístola.

El estanquero, que es lector asiduo, se apresura a rectificar.

—Talvez quiere decir episodio.

—Exactamente. Es cuestión de pronunciación. Pero no me intercepten. Al orador no se le intercepta. Es postulado parlamentario... Les hablaba yo de mis viajes. Pues bien: en lo que llevo de perra vida no hay región minera que no conozca. Zaragoza, Segovia, la hoya del Nechí. ¿Dónde no ha estao este prójimo? En las minas de Pato me cortaron un dedo de un peinillazo. Asunto de polleras, mis amigos. Es que para ser macho auténtico hay qué saber echar candela y volearle bien el machete al antagonista cuando ello es menester. También anduve por el San Juan.

—¿Dónde queda eso?

—En la propia tierra de los chocoes. El culebrero del mundo. No hay sino negros que compran perros y comen pescao. Llega un mindalá con cuatro sarnosos, y sale de pobre.

El paisa saca del guarniel un cigarro que enciende con flema.

—Ahí, en el San Juan, en el punto que llaman Sipí, cerca de Condoto, me prendió el beriberi. Pero ¡qué tierra, amigos! ¡Qué aluviones aquellos! El oro está encimita, de sacar no más con ponchera. Cuando menos se espera, salta un chicharrón amarillo que relumbra como patena.

—Debe ser de puerco con paludismo.

—¿No lo creen? Porque no conocen sino veticas, filoncitos. ¡Hay qué recorrer! Ultimadamente me vi en el mismo cajón del Patía, por tierra de los pástamos, ¿saben?

—Sabemos que son pastusos, —dice el ilustrado estanquero—, o nariñenses, para hablar en sentido más lato. Pero cuéntenos usted, paisano: ¿no anduvo alguna vez por Gavia y Vendecabezas? ¿Trabajó en el Crucero?

—Eso no está en mi geografía.

—Porque ahora viene del norte, seguramente; pero sepa que es aquí no más, detrás de la puerta.

La muerte de los mineros, a pesar de las circunstancias terribles en que ocurrió, no ha lo-

grado comunicarle aspectos luctuosos a ese ambiente pesado y áspero de Marmato. Se hizo un alto patético, y nada más. Fueron seis que cayeron, seis existencias oscuras como tantas, como las de todos allí. Mañana ya no se pensará en aquellos pobres y humildes muertos. Hasta sus compañeros los habrán olvidado.

¿Qué importa, qué significa la defunción de un hombre o de una mujer, allí donde todos los días cobra la muerte su alcabala, casi siempre por la violencia? Habitados al duro vivir, curtidos por los ácidos de la temperie, sobrios para comer e intemperantes para beber, los mineros ven con indiferencia su propia existencia, y por eso es que se la juegan a la aventura y al azar del destino. No quieren regatearla, hasta la desprecian acaso, de puro verla tan precaria y empírica, tan vegetal; pero deben pensar, o sentir, que es mejor vivirla, mientras les dura, con intenso goce animal. Aguardiente, hembras, canciones...

De los molinos viene el exasperante són tableteante. Molinos insomnes; molinos que no paran jamás, y a cuyos recio llamar y bárbaro arrullo despiertan y duermen las gentes. Canto del alba y del crepúsculo, estribillo brutal de las horas de la solana, voz inexorable y clamante sin tregua, golpeando tenaces en una puerta que no

se abrirá nunca, lanzando su grito sempiterno que tódos escuchan y que nadie parece escuchar, sin embargo.

Bajo la ramada del "Diamante", solo en ese momento, Roque Montoya canturrea, pasito, pasito, como temiendo despertar su propio corazón enervado. Sentado sobre el pasamano de la plataforma, acompaña la débil tonada con el rasguear del tiple. A veces los dedos se detienen, suspensos, mientras la mirada se va, vagorosa y triste, por las inciertas lejanías del paisaje.

¿En qué piensa? ¿Qué torcedores caban sobre su frente esas estrías profundas y obscurecen sus ojos como nubarrones de mal tiempo? El apasionante recuerdo de Felisa Barco le puebla la imaginación de dichosas imágenes, pero no puede sonreír. Allí está la otra también, silenciosa y presente como sombra, obstinada y fiel como ideas que se convirtieran en quistes en el cerebro. Incrustada hondamente, no por amor como Felisa, sino porque se trocó en pesadilla, persecución y zozobra. ¿Hasta dónde llegará esa mujer con su amor frenético, con su pasión demente por el hombre que ahora la desdeña porque perdió su corazón en otros azares, y que por lo mismo es más enconada y temeraria?

Montoya recuerda, con visible preocupación, los incidentes de la última semana. La car-

ta traída por una minera, llena de amenazas de muerte contra Felisa; las inesperadas visitas en las madrugadas turbias y frías; el café que le ofreció cierta noche, caliente y aromático, con humilde solicitud. ¿Qué misteriosa casualidad lo libró de beber el líquido intoxicado? Ella se marchó casi al punto, para no inspirar sospechas acaso, pero segura probablemente de que Roque había de tomar el emponzoñado brebaje. No tiene ahora presente el motivo que le impidió ingerirlo en seguida, ni los detalles de la trituración que lo distrajeron; pero le parece estar viendo, casi al amanecer, cuando fue a llevar la taza a los labios, enfriado ya su contenido, la repugnante bazofia que había en el fondo: una masa espesa, amarilla y verdosa, de consistencia de gelatina.

A pesar de todo, no es rencor lo que siente por ella; es lástima y fastidio. ¿Por qué quiere empeñarse la Lola en un amor imposible ya, que nació, creció y murió, como todo en el mundo? Lo que no le perdona es su obstinación arbitraria, su absurda pretensión de tener imperio y gobierno sobre él.

Roque sacude la cabeza con rabia.

—¡Sobre mí, que soy chalán y no potro!
Que me río de los garañones. Que tengo la liber-

tá atravesada en el pecho como banda de presidente, pa que todo el mundo la vea.

Está triste, no obstante, y no acierta a explicarse bien su tristeza. No comprende su desazón. ¿Qué tiene el aire, que lo pone así caviloso y desasosegado? ¿Qué hay en la atmósfera, que le mete en el ánimo tedio tan horrible y mortal, y esa vaga inconformidad con todo y con tódos que lo solivianta?

Talvez con tódos no, porque... Y piensa otra vez, con el corazón enervado, en la mulata de ojos nostálgicos y cuerpo voluptuoso y gentil donde se amotinan las formas.

Recuerda de pronto a los mineros muertos.

—Esa pobre gente... Por supuesto, si es que me parece que yo también he perdido algo. Pero, ellos, ya no más, no más; ni alegrías, ni penas, ni nada. Se dejaron de ruidos ¡caramba!



XIV

Se ha sentado a la puerta de la casa, después del frugal almuerzo, a “reposar” la comida mientras llega la hora de ponerse nuevamente en acción, como todos los días. Así es siempre, tarde y mañana; invariablemente, las mismas cosas, igual itinerario, casi que idénticas palabras. El hombre, allí, como en cualquier parte donde hay organización, reglamento o disciplina, se mecaniza, se mineraliza, hasta se podría decir que se mimetiza. Hay qué ver a estos mineros, desde los altos jefes hasta el último acarreador de escorias, cómo parecen haber recogido en sus rostros, en su piel, hasta en su andar cansino de gente que se mueve por terrenos accidentados, la expresión y el color de la tierra y cuanto los rodea. Atezadas caras de bronce, facciones duras que labraron los cinceles del aire y el viento, ojos en los que se quedó reflejado el rescoldo de todos los fuegos diurnos y nocturnos.

La parquedad de Cataño para comer es apenas aislado aspecto de su sobriedad para todo: para dormir, para beber, para hablar. Tiene un vicio reglamentado: la calilla. No consume una más ni una menos durante cada jornada. En vano su mujer, solícita, agota la fantasía culinaria preparándole platos que ni aprecia ni toca las más de las veces. Y no es que carezca de paladar; es que su índole es esa: no concederles importancia a tales minucias gastronómicas, satisfacerse con los manjares tradicionales y corrientes. Su porción de frisoles con tiernas arepas; su escudilla de mazamorra con acompañamiento de natilla. En el café, tinto y fragante, sí se le va la mano. Los gringos, que saben comer bien, suelen reírse de su moderación en la mesa, acaso excesiva, y de su preferencia, talvez maníática, por los ordinarios manjares de la tierra.

No tiene prisa ahora; el de hoy fue un día tranquilo, sin incidentes; o lo fue la mañana, mejor dicho. También es cierto que no ha de salir hasta más tarde, a entrevistarse con aquellos señores llegados la víspera, con el fin de tratar con él importante asunto, según le dijeron por carta. Asunto grave y reservado, parece. ¿De qué le hablarán esos dos personajes, venidos expresamente desde Manizales, uno de los cuales le dio la impresión de ser hombre de grandes recursos

económicos, y el ótro la de un profesional avezado de la política? Pero Cataño no es persona que pierde su tiempo en conjeturas; ni le agrada tampoco anticipar los acontecimientos. ¿Para qué, si todo ha de ocurrir a su minuto preciso?

Cerca de él, recostado en otro taburete contra el marco de la puerta, está un capataz que vino a hacerle una consulta. La trataron ya, en breves palabras. El capataz exclama de pronto:

—¿Qué hora es, don Luis?

Cataño, que tiene el mutismo enconado como llaga rebelde, y que desea sin duda quedarse solo, se vuelve despacio hacia su interlocutor, y poniendo en alto la diestra, le muestra dos dedos rugosos, el cordial y el índice, juntos, tiesos, apareados cual gemelos de cobre, que hacen pensar en las agujas simbólicas de imaginario reloj inventado por él mismo.

Ido el capataz, la mirada del administrador se pierde por el disperso caserío, y más allá aún, por lo hondo de la cañada, apenas perceptible. Por la sinuosidad del camino que atraviesa la localidad, angosto y rojizo, a modo de un navajazo al sesgo, y que sube desde el puentecito tendido sobre la hoya, culebreando por el lomo del cerro en dirección de San Juan y la propincua vega supiana, se mueven como muñecos de pesebre arrieros que azuzan sus recuas y jinetes que van o vienen de viaje.

Sus ojos miran aquel espectáculo mecánicamente, acaso sin verlo, mientras su pensamiento está de seguro asido a otras cosas; aferrado, como ventosa a la piel, como lapas al casco viejo de los buques abandonados, a las preocupaciones múltiples de la empresa. Todo eso le es tan familiar, cotidiano y rutinario. Si se fuera de allí, con seguridad continuaría viendo, colocado ante otros paisajes, el que ahora tiene a la vista, porque lo lleva dentro, grabado, fotográfico, como algo muy propio, casi como vivo órgano de su cuerpo.

Lentamente se pone de pie, para descender hasta el hotelito. Pero los delgados tabiques parecen infundir recelo. No quieren hablar allí los interesados. Adelante, a dos cuadras, se alza, a la orilla de la calzada, ancho pretil de calicanto, entre el precipicio y la pared granítica. En ese punto se detienen.

—Ustedes dirán.

El del aire de acaudalado, por la corpulencia y el traje, habla con cierta emoción contenida.

—Quise que me acompañara el doctor Moriones, aquí presente, abogado de nota y político de prestigio, para que nos aconseje y dirija, llegado el caso. Y como disponemos de poco tiempo. . .

Luis Cataño da un cabezazo enérgico, asintiendo.

—Como tenemos poco tiempo, me explicaré sin rodeos. Algún minero de por aquí, cuyo nombre guardo, sabe de una mina tapada. El filón es riquísimo, por lo que barrunto. Como para ganar mucha plata. Pero la mina está en terrenos de la Compañía, y es ésta la dificultad con que se tropieza.

—¿Por qué razón?

—Por la falta de libertad, es claro. Nadie se mete en explotaciones que han de aprovechar a otros.

—Pero la empresa sub-arrienda, otorga contratos.

—En condiciones muy onerosas, ya lo sabemos—interviene Moriones.

—¿Y qué es lo que desean, entonces?

—Hacerle una proposición, simplemente—vuelve a hablar el capitalista—. El descubridor de la mina está listo a transferirme sus derechos, a buen precio por cierto. Y yo estoy dispuesto a comprárselos siempre que logre, por supuesto, conseguir la ayuda de usted. Logrado esto, el negocio es redondo.

—No comprendo bien claro.

—Conocemos su discreción, don Luis, y la enorme influencia que tiene con la Compañía.

Y ahora permítame, y le ruego que me disculpe, una pregunta impertinente. ¿Cuáles son aquí sus emolumentos?

—Gano doscientos pesos—responde Cataño sin vacilar.

—¡Qué poco sueldo es para usted y la categoría indudable del puesto! No lo sospechaba. Pues bien: ¿le agradaría ganar cinco veces más esa suma, como participación segura y garantizada, o recibir en bloque una cantidad de importancia?

—¿Por qué no? Todo depende de lo que se estipule.

—La cosa es bien sencilla. Usted, como apoderado legal, reconocerá a favor del descubridor la propiedad de la mina en cuestión.

—Pero eso es absurdo, caballeros.

—Es un negocio nada más, como tantos.

—Una operación que se legalizará en debida forma—apoya el abogado y político.

El otro continúa diciendo:

—¿En qué puede perjudicarse una Compañía poderosa, que gana millones, pero que desgraciadamente todo lo absorbe y acapara? ¡Una mina tapada! ¿Qué más da? Es como si no existiera. Mi propuesta le da a usted oportunidad de mejorar con visibles ventajas su situación precaria, favoreciendo, por otra parte, a un pobre

mirero. Y no hago cuentas de la riqueza que ha de movilizarse.

El administrador escucha, calmoso. No se ha alterado en nada la impassibilidad de su rostro. Por sobre su piel, por sobre su mente, por sobre su espíritu, parecen resbalar suavemente las palabras falaces y los embaidores argumentos. Resbalan tranquilos, como el agua por las acequias, como el mineral de las grandes palas sobre las cernederas, como ese continuo y pertinaz clamor de los molinos sobre los riscos y laderas.

No ha sentido crispársele un sólo músculo de la cara. ¿No es eso, pues, humano? ¿No es natural y sencillo, lo mismo que la salida del sol, la llegada del viento, la inconsciente felicidad de los borrachos, el amor, el crimen? Un simple negocio nada más, como dijo hace poco su interlocutor, el acaudalado personaje.

Cuando media hora después, sobre la infatigable petisa, Cataño galopa en menesteres del oficio, parece que no ha pasado nada. Casi no recuerda ya aquel episodio. Los dos caballeros regresaron por donde vinieron, y él los vio partir sin pesar, sin rencor, casi con indiferencia. Acaso un poco agradecido, porque le dieron tan buena ocasión de conocerse, y de descubrir que en lo hondo de su alma había también una mina tapada.



XV

Desde que el abogado Celso Barrera entró al servicio de la empresa, doce meses atrás, lo persigue, con obsesión tenaz, el deseo de presenciar el rito secreto con que los negros de las minas celebran cada año, en determinada fecha, su fiesta simbólica, misteriosa y tradicional. Muchas veces oyó hablar de esa extraña asamblea que, según refieren, tiene lugar pasada la media noche, y a la que asisten, como a solemnidad religiosa, gentes de color, hombres y mujeres, que alcanzaron ya la mayoría de edad. Pero lo cierto es que, a pesar de sus investigaciones, nada logró poner en claro, Cuentos, leyendas, fantasías; relatos enrevesados y absurdos. Y conjeturas de toda clase. Naturalmente, piensa que la imaginación interviene demasiado en cuanto se habla al respecto. La humanidad ha sido, es y será, alucinada incurable y permanente de sus propios anhelos de misterio y maravilla; el milagro y la

fábula ejercerán siempre sobre ella poderosa fascinación. Por eso es crédula y soñadora, y la superstición cala tan hondo en su alma.

Barrera cree, o supone, que la famosa reunión de negros, en promiscuidad de sexos, y con exclusión absoluta de gentes de otra raza, es más bien una pantomima, una danza bárbara practicada desde el ancestro, y que, seguramente, bajo la influencia de los licores degenera en completa orgía o grosero aquellarre. No puede sustraerse, sin embargo, a la poderosa atracción de la pagana fiesta, y hasta le parece que a su curiosidad morbosa se une cierto sutil escalofrío.

Cataño, con quien habló sobre el asunto, le dio a entender que es algo terrible, que sacude y relaja los nervios; pero no quiso comentar más el tema. Otros le manifestaron con franqueza que la tal ceremonia no merece ser presenciada por personas serias y decentes. Mas, ¿qué le importa todo esto a Celso Barrera? Su decisión es inquebrantable. Ha de asistir al acto, cuéstele lo que le cueste.

Por fin, a fuerza de mañas y dinero, pudo lograr los medios de concurrir con comodidad y sin mayor peligro. Su amistad con Stanley, y la mediación decisiva de la Pascuala, le han facilitado y abierto el camino. Todo está acordado ya convenientemente. Esa noche, a las once y me-

dia, se reunirán para ponerse en marcha, con sumo sigilo, hacia el lugar donde se va a efectuar el rito.

Barrera se siente emocionado y contento; también algo nervioso. La inminente realización de lo que tanto deseó, le produce cierta hiperestesia. Temprano, ha ido a comer a casa de la gerencia. Bebe bastante, pero el licor no lo pone locuaz como otras veces. A las diez, pretextando jaqueca, se va al hotel, a disponerse.

Cerca de las once se presenta William Stanley.

—¡Tener qué funcionar de negro, carraja! Negra es bueno, negro no gustarme bastante. *Moch* sudor; huele.

El abogado casi estalla de risa.

Sucio, tiznado, convertido en auténtico negro, el jefe de mecánicos ofrece el aspecto más lamentable y cómico. Como fanales en el amanecer, los ojos azulencos y fríos alumbran su cara embetunada, de mejillas hundidas; el afeitado mentón brilla con centelleos de bola de ebonita; sobre la frente, los ralos mechones, de desvahído tono de barbas de maíz, se desploman lacios y tristes. La enorme pipa de cuerno, humeante, pende con languidez de los labios descoloridos.

—Por usted, dóctor, y por la Pascuala, me

he puesto de este fachado. Fea cosa, ciertamente. Ocurrencio típico. ¿No piensa lo mismo, yes?

Barrera torna a mirarlo, sintiendo que de nuevo lo acometen irresistibles impulsos de reír; pero se contiene. Y piensa que él también ha de estar hecho un adefesio, con el rostro cubierto de hollín, grasoso, rutilante.

—¿Y la Pascuala?

—Espera abajo. *Moch* cuidado. Peligro. Negros no quieren blanco ceremonia.

Se ponen en marcha. Arriba, el cielo canta de luceros; abajo, la tierra parpadea de luciérnagas. El gargareo de los anuros se mezcla al prolongado grito de los grillos. Voces agoreras de las lechuzas, lamentos, aullidos lejanos de perros. La tiniebla parece vivir existencia incógnita, sacudida de presagios, preñada de criaturas indescriptibles.

Ya escuchan el rumor de la hoya, ronco, tumultuoso. A pocas cuadras del rancho donde tendrá lugar la celebración, una sombra se les reúne.

—¿Míter Guillermo? ¿Dotó?

—Sí, Pascuala, nosotros.

—Apague la cachimba, míter Guillermo; pueden ver el chipeo.

Avanzan, y entran en el rancho. La puerta

exterior se ha abierto y se ha cerrado tras de ellos. En un gran aposento de paredes de palma, adornado con símbolos primitivos, se congrega la obscura grey, excitada y ruidosa. Sobre baja tarima, en el ángulo menos iluminado, hay un macho cabrío en cuyos cuernos retorcidos se enredan cintas rojas y flores. Embiles de brea, chisporroteantes, alumbran con luz rojiza y amarillenta el colmado recinto. Pero se ve también un brasero, hacia la derecha.

Los recién llegados sienten al punto la pesadez del ambiente. Olor acre de cuerpos humanos, de resinas quemadas; vahos calientes y sofocantes; humo de mal tabaco; tufos ácidos de fermentados guarapos. Las emanaciones caprinas se imponen, atosigantes. Sin quererlo, se piensa en axilas, en sexos, en transpiraciones, en fiebres.

Dominando su repulsión, Barrera observa lentamente las animadas fisonomías de la concurrencia. Le parece que recóndito sentimiento las transfigura. Pasión religiosa; idolatría; emoción de experimentar el alma desnuda; de parar un momento el ritmo de la vida, para embriagarse con la salvaje evocación del pasado bárbaro, con el inefable conjuro de los instintos seculares, dormidos en los milenios. Las brasas de las pupilas tienen reverberaciones sombrías de

fuegos subterráneos; las dentaduras, albas como la pulpa de la caña, relucen con fulgores de ascuas de plata.

Un negro anciano, alto y huesudo, permanece inmóvil, en tranquila actitud de espera. Ostenta en la cintura ancha faja de seda roja, y aguzado cuchillo al costado. No se mueve, no parpadea.

De pronto, sonando las doce, todo el concurso se estremece.

—¡Ohé!—se alza un largo lamento.

La momentánea confusión del primer instante se aquieta en seguida, como el agua de los cilancos tras la caída de una piedra. Hombres y mujeres se alínean en ancho y compacto círculo, dejando un espacio al centro. Los que sobran, se acomodan detrás, llenando el recinto. Ahora se han sentado todos, en cuclillas o sobre las piernas, en medio de completo silencio.

Acompasado, lento, casi funeral, empieza a sonar el golpe de los tamboriles. Seco, como desfile de sepelio, como marcha de fusilamiento. Después, haciéndole dúo, el chasquear nervioso de la marimba. La extraña música, terca y monótona, produce singular enervamiento; pesa sobre los párpados; adormece. Su ritmo recuerda el persistente rumor del agua en las torrenteras, escuchado en la noche, o bajo el letargo de las siestas.

—¡Ohé!

El compás se acelera súbito. La negra más vieja se levanta entonces para echar en el brasero misteriosa substancia. La llama verdosa que se alza sobre los tizones le da al aposento siniestro aspecto de cripta.

—¡Currulao!—gritan entonces.

Barrera y Stanley no se dan cuenta de que la Pascuala desapareció de su lado hace mucho rato. Y ahora está allí, al frente, en el centro de la estancia, desnuda como magnífica escultura de bronce. La luz verdosa la ilumina, la baña, tiñéndola de vegetales barnices. No lleva más que ajorcas en los tobillos, y en las manos sendas tablillas que suenan como crótalos.

—¡Currulao!—repiten tódos estremecidos.

La danza comienza. Más que humana criatura, la Pascuala parece deidad tenebrosa aparecida de improviso por virtud de mágica invocación. Su cuerpo perfecto, de líneas armoniosas y puras, se agita en el espacio libre, con el vaivén lento y sinuoso de la marea que principia, de la serpiente que se arrastra cautelosa. Ondula como el viento, tiembla como el abanico de la palmera. Los párpados están caídos; en los labios, teñidos de achiote lo mismo que las mejillas tersas, juguetea la sonrisa, lánguida.

La voz de la marimba va creciendo, crecien-

do, acompañada por el golpe de los tamboriles. El compás apremia; se precipita ahora, transido del ansia de llegar no se sabe a dónde. Obediente al ritmo imperioso, la Pascuala jira incansable, alípeda, avanzando y retrocediendo, moviendo los brazos, entre torbellinos de líneas y de sorprendentes escorzos.

Un grito vuela de sus labios. Hombres y mujeres, suspensos de la voluptuosa danza, comienzan entonces a acompañar el són de la música con palmoteos. Las cabezas se mueven a derecha e izquierda, acompasadamente. Los pechos acezan.

—¡Currulao!—braman como poseídos.

La Pascuala parece transfigurarse. Se detiene un momento, para respirar, lanzándose luego, con brusca decisión, al encuentro de invisible galán. Ya no es el ondular felino, indolente y lascivo del principio. Ahora semeja euménide, deidad demente que se retuerce en el pároxismo del dolor, del espasmo, o de la locura. La frenética danza la empuja y la arrastra, como si huyera de ella misma, y se persiguiera, y se enredara en sus propios anhelos y temores. Sus pupilas relampaguean; la boca se le abre, desgajada, pareciendo sorber el lúbrico perfume que lleva en su propia persona.

Hipnotizado, el concurso la sigue con la mi-

rada y el palmoteo; se va tras del cuerpo fugaz, con libidinosos pasos de perro. La Pascuala, perdida en su vértigo, extraviada en el laberinto de su transitoria insania, no parece ver ya lo que la circunda. Todo en ella grita, solloza, ríe, y se paraliza en orgasmos bárbaros. La grupa soberbia va a desprenderse ya de sus cimientos poderosos. Los pechos vuelan como saetas. Tiembla, vacila, se yergue de nuevo, recobrada de su desmayo efímero.

Rítmico cantar sale de todos los labios.

*¡Que viva, que viva,
el baile er cienpié!*

—¡Currulao!—se interrumpen súbito. Y prosiguen:

*Picao e tarántula;
picao e alacrán:
de sapo con rabia,
la leche y el miao;
veneno e culebra,
babaza e araña,
barbaco, caraña,
y ecupa con hiel.*

—¡Currulao!—relincha la turba.

*El Taita Cornudo,
Beruña, Pesuña,*

*el chivo, la chiva,
chivito, chivó.*

—¡Que viva el culeo!

*Er Cabro Mayó.
Mandinga, Mandinga.
Cacho e pejepá,
ojo e bamboré,
colmillo e caimá,
cola e mapaná,
Padre Lucifé.*

—¡Currulao! ¡Upa!

La voz de la marimba y el golpe de los tambores se debilitan; vuelven a hacerse lentos, pausados; se apagan poco a poco. Exánime, la Pascuala cae desplomada sobre el pavimento. Vencida como la estatua rota que rodó de su pedestal.

El negro anciano se adelanta entonces, solemne. La sorda música apenas suena ya como fragor lejano que se extingue. Ante la tarima del rincón se detiene, y alzando la diestra armada con el cuchillo, lo hunde repelidas veces en el cuerpo del macho cabrío, que dobla los corvejones exhalando berridos tristes, de muerte. Convulsivamente escarba sobre la tarima con las pezuñas posteriores, y cae por último entre el charco de su propia sangre.

La muchedumbre canta :

El Taita Cornudo.
Marimba y tambó,
marimba y tambó.

Es la señal de la bacanal. De damajuanas y cantimploras, de ollas y calabazos, de tinajas y zumbos, aparecidos súbito, fluyen cual de rotas arterias los licores ardientes. Vasos y totumas pasan de mano en mano, colmados con los amarillos fermentos y los blancos y picantes jugos de caña. Exaltante olor de canela y pimienta, aromas fuertes y ácidos de guarapo, tufos aguar-dientosos que queman como encendidas brasas las sedientas gargantas. Todo eso se junta, mezcla y confunde, con las espesas humaredas, las emanaciones, los vapores, el clamoreo ronco de la promiscua concurrencia. El aire es casi irrespirable. Barrera y Stanley se sienten desfallecer. Pero a ellos también los ha envuelto en su torbellino el áspero viento de locura. La sensual vorágine abre sus rojas fauces para tragarlos.

A sus lados, en torno, como río negro y crecido, jira la vesánica turba, ebria, inconsciente ya, empujada por el vaivén de la danza desen-frenada. Perdieron la noción de todo: del tiempo, del vivir, de sí mismos. Una dicha animal, salvaje y primaria; una felicidad orgánica, que

ninguna ley contiene o limita, echan afuera los instintos. En el paroxismo se han arrancado todos las ropas, y están allí, verdaderamente desnudos, porque lo están del cuerpo y del alma, porque los alcoholes disolvieron la máscara del pudor, levantando en cambio, del fondo, el sedimento obscuro de la bestialidad agazapada.

La marimba ha callado, y ya no suenan más que los tamboriles, implacables, afónicos casi. Pero el humano remolino sigue en hervor, cual si lo estimulara una interna música propia. La embriaguez y el cansancio comienzan a vencer los cuerpos jadeantes, empapados, lustrosos. Se arraciman sobre el piso terroso, revueltos, equívocos, unos sobre otros, en posturas inverosímiles, saturados de alcohol, transidos de lascivia, ululantes. Ya casi no alumbran los embiles ni la llama verdosa del braserillo.

Ha de faltar poco para la alborada. Se oyen remotos cantos de gallos. La voz de la Pascuala los hace volver a la realidad.

—Ya va a amanecé. E tiempo, pué, de que no vamo.

Sus compañeros se percatan con asombro, de que está tranquila, reposada, cual si nada hubiese ocurrido. Salen, y emprenden el regreso. Atrás queda el rancho silencioso, bajo la noche indiferente, con su carga humana, sucia y alestargada.

La atmósfera brumosa de la madrugada azulea vagamente, con cabrilleos de espejo de acero; llena del pálido fulgor de los luceros trasnochados. Clarinean más gallos. Hace frío.

—Como que tenemos relente—observa la Pascuala, embozándose en el chal de colores.

El abogado y el jefe de mecánicos caminan callados.

—Se le durmió la lengua, ¿eh?

De repente Barrera dice:

—No sabía que era usted la que iba a bailar.

—Eso fue una sorpresa que le tenía, dotó y míter Guillermo. La bailarina era otra. Pero me quise lucí eta noche en honó de utede.

—Lo hizo muy bien, por cierto.

—Sí, carraja—corrobora Stanley encendiendo la pipa—; bailó como un trompa; pero no me gusta otra vez ocurrencio esta.

Barrera lo mira. A la difusa luz del alba naciente, el jefe de mecánicos ofrece una estampa curiosa y risible de máscara amanecida, de pierrot triste que habiéndose equivocado, se embadurnó el semblante de hollín en lugar de albayalde.

Esta vez no logra evitar que de su garganta se escape una carcajada sonora.



XVI

¿Qué tiene la mañana pálida, que hasta el mismo cielo parece llevar gasas y vendas, como los heridos y los enfermos? ¿Qué hay en la caliginosa atmósfera, que no es precisamente la misma de otros días sin sol, opacos por el invierno, sino que se vuelve más turbia, más pesada, más triste, con tristeza humana que no encuentra consolación? Desde que amaneció, terca y sutil llovizna cae sobre el caserío, empapándolo todo. Sobre las gentes y las cosas hay una cara nueva, un barniz recién puesto; pero en los rostros hay también expresión adusta. Se habla de los sucesos de la noche anterior, de la agitada víspera de este día feriado, que las gentes esperaban alegre, pero que se trocó en jornada de tedio. Tradicionalmente, las vigiliass festivas suelen ser aquí bastante animadas. Alegría de mineros, jolgorio; y como siempre, licores que enardecen la sangre, músicas que hacen olvidar los duros tra-

bajos y las penas, canciones que despiertan transitoriamente en las almas los sentimientos dormidos. ¿Qué importa que el nuevo día los encuentre con los semblantes traspasados, curtidos, semblantes en los que hasta el gozo toma expresión áspera y hostil, y con los bolsillos limpios porque la farra consumió íntegro el jornal? Fueron felices unas horas, se embriagaron de falsa dicha, y la vida, sus vidas, continuará su curso igual, con idéntico dolor y la misma desesperanza. Pero en esta mañana gris, parda y nublada como el oscuro mineral de las minas, o la tierra pintada de yodos, no es la nostalgia nada más lo que se hinca en los espíritus; no es la melancolía del placer acabado lo que los transe; es algo confuso, lancinante; inconformidad que se acurruca en el fondo del corazón, protesta sorda que ha hecho nido en los ánimos, y se está allí agazapada, pronta a saltar con agilidad felina, pero también encogida como la fiera que se acobardó, acosada en su cubil por el cerco de fuego.

Desde la víspera se supo que sería licenciado gran número de mineros. ¿A quiénes señalará la suerte aciaga? Cada cual tiene allí su raíz, su vínculo; hasta el que llegó pensando que arriaba de paso. La voluntad se prende a la tierra con vigor de hiedra tenaz; la mina sabe agarrar también, lo mismo que la mujer, la pasión y el

recuerdo; es una querencia, un nudo que ata fuertemente, un amor. Así, con esa aguda espina, con tal torcedor, para tódos hubo de ser el licor, desabrido e ingrato; la alegría ficticia, sobresaltada la embriaguez voluptuosa, con el sobresalto de los que gozan sabiendo que el peligro ronda a su alrededor.

Pero, además, la noche fue vendimia de sangre. Talvez el acicate de aquella idea enconada; el exasperante pensar en el mañana incierto; el sordo rencor contra la fuerza ciega y enemiga que los empuja, invisible y cruel, hacia su inexorable destino. El pequeño hospital de la empresa está colmado de heridos, algunos de suma gravedad. En varios ranchos celebran velorios, entre lamentaciones y rezos arcaicos.

—¡Qué noche, carajo!—exclama el alcalde, atrabiliario—. Tengo la guandoca que no le cabe un cliente más. Está que revienta.

—¿Hay heridos allí?—pregunta Morris vivamente.

—Nó, nó; los heridos están en el hospital.

—¿Entonces, por qué?

—Me refiero a la perramenta, a los borrachos, a los vagos.

—¿Se sabe ya el número de los heridos?

—Son una cochada.

—¿Y los muertos?

—Los suficientes para poder decir que estuvieron buenas las fiestas.

No lo estuvieron, ¡ay!, para la pobre Felisa. Temprano le llegó el rumor de que Roque fue uno de los heridos. Un rumor apenas. Pero su corazón está inquieto, su mente llena de preocupaciones y recelos. No pudo averiguar nada entre aquella desazón general, y ese turbio ambiente de malestar. Ahora camina, angustiada y apresurada, hacia la casita de Engracia. Hace varios días no la ve. Como hace varios días igualmente que ninguna noticia tiene del hombre que quiere y a quien pertenecen todos sus pensamientos.

Hablan en el corredorcito interior.

—Y usted, ¿no lo ha visto tampoco últimamente, Engracia?

—Nó; no lo he visto.

—Y una que tiene qué estar disimulando, por respeto a la casa donde se sirve, y para evitar chismes de la gente. A pesar de todo, ya ve; se enteraron de que me veía aquí con él. Por eso no volví, y por lo de la guaricha esa de la Lola.

—No la miente a esa mugre delante de mí, Felisa.

—¿Pero es cierto que lo hirieron?

—No sé; son díceres. A mí no me consta.

Felisa, afligida, se pasa los dedos por los ojos húmedos.

—Mucha ley le tiene, ¿verdá? ¡Y pensar que la cochina mujer aquella anda detrás de él como perra!

Se quedan un rato calladas, rumiando sus odios.

—Si se descuida, se va a quedar sin su hombre—vuelve a hablar Engracia, tozuda.

Su voz tiene tono azuzante, taimado, que se entra hasta el alma de la mulata, convertida en acerico de penas; y se clava allí como la hoja trémula de la daga mojada en ponzoña.

—¡La tuviera yo entre mis manos!—murmura Felisa con los lindos dientes apretados y rechinantes—. ¡La iba a matar!

Engracia, cavilosa, la mira de hito en hito.

—Eso es lo que yo haría también. Quién sabe a estas horas si andarán juntos por ahí, riéndose de usted como de un payaso. Pero a la maldita parece que se la tragó la propia tierra.

—¿Qué cree que podemos hacer, Engracia?

—Ahora se me viene al chirumen que lo mejor sería consultar con la bruja. ¿Por qué no le habla, pues? Ella ha de saber con seguridad en dónde se esconde ese gurre infame. Y cuando lo sepamos...

—¿La Bruja? Pero si no la conozco.

—Si quiere, déjelo a mi cuidao no más; y esté lista para que se aviste con ella cuando yo le dé aviso.

—Ojalá ella pudiera...

—¿Qué cosa, Felisa? ¿Y es que usted desconfía del poder de Aspasia?

—No es eso.

—Pues sepa que tiene tal virtud, que es como cosa de Dios, o del mismo diablo. Háblele no más, para que se convenza. Aunque la Lola se oculte bajo la tierra, ella la obligará a venir... le hará la llamada...

Para persuadirla mejor, agrega:

—Y si se resiste a comparecer, porque ella tiene algún "familiar" que la defiende, no importa; Aspasia le causará el daño a distancia.

—¿Cuál daño dice?

—Pues lo que se pida: muerte, enfermedad, ceguera... Que se le caiga el pelo o los dientes; que enflaque; que no pueda hablar más; que coja un olor feo.

Ha cesado la sutil llovizna. Apartando con mano brusca los nubarrones que súbito viento dispersa luego cual asustado rebaño, el sol saca la cara redonda y adormilada. Bajo la tibia caricia de sus resplandores todavía débiles, el enorme cerro parece estremecerse de gozo. La tierra nada más, porque los ánimos, empecinados en su sentir, siguen suspensos y atediados.



XVII

Ocho días después, Felisa y Sabina conversan en el comedor de la casa de la gerencia. Están solas. Todo el mundo ha salido. La mulata se puso lo mejor que guarda en el baúl. ¿Por qué? ¿No es, pues, un día cualquiera ése, y no habría sido más conveniente llevar traje sencillo, de servicio ordinario? La vieja cocinera, sorprendida de verla llegar con aquel avío, le ha preguntado al darle el saludo:

—Pero, niña, ¿é que va pa un casorio?

—No, misiá Sabina.

—É por guto entonce. Verdá é también que parece Virgen de Nazaré con lo güenamoza que tá.

Confuso instinto de mujer la impulsó a darles a su rostro y su cuerpo el aspecto más seductor. Sabe que es muy hermosa, y que sus ojos nostálgicos y su sonrisa linda tienen suficiente poder para conmover a los machos. Y sin em-

bargo, la femenina coquetería la induce a no contentarse con los naturales encantos. Por eso vino así, tan acicalada, tan alhajada y pinturera, para que la bruja comprenda, no bien esté en su presencia, que no es moza cualquiera, común y corriente, y que debe por tanto hacer bien el trabajo.

—¿De modo que la va a vé, de vera? Pue é lo mejó, niña. En su lugá, yo haría lo memo cabalmente. Eta cosa no se curan del tóo sino con remedio e bruja. No hay má medecina.

El atardecer es cálido, de viento seco. En el rancho de un negro, Aspasia espera a la moza, según lo convenido. Sentada en obscuro rincón, con las rodillas recogidas, juntas, presas entre las manos enlazadas. La barba se apoya sobre las rodillas. A su lado, echado, “Tigre” dormita.

La vieja parece reflexionar. Atraídos por la lumbre casi extinguida del rescoldo, sus ojos permanecen fijos, sin pestañear, en las últimas brasas del pequeño fogón. ¿En qué piensa? No piensa. Espera. Y su expectativa es paciente, confiada. Sabe que vendrá. No tiene prisa. Puede aguardar la vida entera.

Cuando Engracia le habló, le pareció alegrarse. Iba a verla por fin; iba a cumplir su vago anhelo de aproximarse a ella, de hablarle y escuchar su voz. ¿Por qué creyó sentir que la mu-

lata era como algo suyo? Pero en seguida se dio cuenta de que en la dichosa coincidencia no había nada de extraordinario. Ella misma quizá pudo llamarla en sueños, y Engracia estaba allí ahora anunciándole su venida.

No se mueve; apenas sus labios marchitos tiemblan levemente, sacudidos por el silencioso monólogo. De improviso, un ruido la hace sobresaltar. Alguien ha entrado. Es ella.

Ofuscada por la luz exterior, Felisa se detiene, indecisa, tratando de distinguir en la penumbra lo que la rodea. Al ver a la vieja, no puede dominar instintivo movimiento de temor.

—La estaba aguardando, hija; no tenga miedo.

Aspasia se levanta entonces. Su alta silueta estírase con endurecimientos de riel. Es un poste erguido en la sombra. Y habla, con voz dura también, pero en la que palpitan déjos inciertos de ternura.

—Ya sé a lo que viene. Ella también quería hacerle daño.

—¿Hacerle daño a quién? ¿Quién es ella?

—La mujer que usted odia.

Aspasia se aproxima más; clava en los de la moza sus ojos alucinados, mientras agrega con voz ronca:

—A ella, a ella sí le haré daño, si usted lo quiere. A usted no, hija, a usted no. No puedo.

Felisa está desconcertada. Se asusta al sentir que Aspasia le coge una de las manos.

—No tenga miedo. Pero dígame ahora: ¿la odia, pues, mucho?

—La odio, sí, la odio.

—¿Le desea mucho mal?

—Le deseo los males peores.

La garra sarmentosa se afloja.

—Ah, ya sé todo lo que la odia. El odio es como gusano en su corazón. Roe, roe, como gusano que no muere jamás. La venganza tampoco muere, porque es otro gusano.

Habla con aire de iluminada, cual si se dirigiera a ella misma.

De pronto, bruscamente, pregunta:

—¿Qué pide, hija?

—La muerte para la Lola.

—Y si la Lola muere, ¿qué le dará usted a la vieja Aspasia?

—Le daré cuanto tengo: mis ahorros, mis adornos, mi ropa.

—No es eso lo que deseo.

—¿Qué más puedo ofrecerle?

—Oiga bien, hija, mis palabras. La vieja Aspasia hará lo que usted le pida, si le entrega la niña.

—¿La niña? No sé qué quiere decirme.

—¿No es usted, pues, la encargada de cuidarla?

—Ah, ¿la de míster Péter?

—No me importa ese gringo. La niña creo que se llama Mary.

Felisa comprende, y se estremece. Duda, vacila; pero su pasión es superior a todo. Al cabo de un rato, dice resueltamente:

—Y si consiento, ¿morirá la Lola de veras?

—Morirá con toda seguridad.

—¿Y Roque?

—Ninguna otra mujer volverá a poner jamás los ojos en él.

—¿Cómo va a conseguirlo?

—Prenderé en su corazón una llama que sólo para usted ha de arder. Nada más que para usted, hija.

En la semiobscuridad de la habitación, las pupilas de Felisa relumbran con salvaje júbilo. Su alto pecho se agita, afanoso, violento. Los labios le tiemblan con sacudidas leves de hojas bajo la brisa.

Al salir de allí, celebrado el extraño pacto, la moza camina como sonámbula. Tiene la sensación de que enorme fardo gravita sobre sus hombros débiles, de que le han golpeado la cabeza brutalmente. Avanza con pasos maquina-

les, aturdida, confusa, acelerando la marcha. No tiene urgencia de llegar, y sin embargo, se mueve con el andar ligero y alado de la persona perseguida. Del animal cuyo rastro olfatea la jauría enconada y famélica.

En su pequeño cuarto, se tira de bruces sobre la cama. Está atribulada, llena de pensamientos contradictorios la calenturienta cabeza. En la soledad angustiada de su alma los sentimientos chocan como espadas. ¿Por qué llora ahora? Calmada la excitación, medita. Pero su reflexión es tranquila ya, implacable. Le parece que es otra, que hubiera acabado de nacer.

Mary entra a buscarla.

—Feli, Feli, ¿qué se hizo? No la he encontrado por toda la casa.

—Aquí estoy, Mary; ya regresé. Venga.

Sin moverse del lecho, la atrae hacia ella, abrazándola con cierta brusquedad.

—No me apriete así, Feli, que me hace daño.

—Nó, linda, nó; yo no quiero hacerle mal.

Le pasa una mano por los cabellos, acariciándola suavemente. Vuelve a llorar, pasito, en silencio, para que la niña no se dé cuenta. Y repite, como un sonsonete, entre contenidos hipos:

LA BRUJA DE LAS MINAS

—¿Quién ha dicho que quiero hacerle daño? ¿Quién, linda?

Pero la atrae de nuevo hacia ella, angustiada, cual si quisiera defenderla de algún imaginario peligro, del destino cruel, de ella misma.



XVIII

A un lado del camino, en estrecha planada, levantó su tolda hace varios días pequeña tribu de gitanos. Familia miserable, astrosa y equívoca, desgajada acaso del tronco mayor quién sabe por qué veleidades del destino. A espaldas de la planada, o a continuación de ella, se alza un talud natural, cubierto de crecidos matojos, que va a perderse en las escarpaduras altas.

El tren de la tribu no puede ser más precario y pintoresco: dos caballos escuálidos, tres acémilas para llevar la armazón de la tienda y los trebejos, algunos animales domésticos tan sucios y maltratados como sus amos. Samuel, el jefe del grupo, es hombre viejo ya, cargado de experiencia y malicia, y de arrugas. Viste botas, chambergo, blusa con alamares, ancho cinturón adornado con monedas antiguas. El resto son mujeres, dos mocetones, niños.

En los días que llevan acampados allí hicie-

ron fortuna. Y se están yendo siempre, porque la policía les notificó que no pueden permanecer más tiempo. Pero no acaban de marcharse. A todas horas, de mañana y de tarde, lenta romería de mineros llega hasta el descampado, ávida de saber la buena ventura, de conocer el futuro incierto. Las mujeres son las que más acuden. Y las monedas se van quedando allí, en las crispadas garras de las pitonisas, en los hondos bolsillos de los varones embaucadores y chalanés.

Esa tarde, luminosa y ventosa, Felisa camina hacia la tolda de los gitanos llevando a Mary de la mano. Se confunde con las mineras, pasa por entre los peones locuaces. El lugar ofrece aspecto animado, lleno de colorines. Las gentes se agrupan en corros junto a las adivinas; algunos hacen pequeños negocios, cambalaches.

Viéndola arrimar, entre recelosa y curiosa, una gitana joven se acerca a Felisa, olfateando segura presa. Se aproxima risueña, insinuante, llena de amuletos, cubierto el cuello de collares, los dedos enjorjados de sortijas de plata. Su persona, sus ropas, sus cabellos oscuros, sueltan un olor repulsivo de aceites rancios.

—Te diré la buena ventura, hermosa.

Se miran un instante en los ojos, de mujer a mujer. Felisa está asustada, inquieta. Ríe nerviosamente.

—Colóca una moneda aquí, en la palma— insiste, mientras toma con la suya, morena y grasosa, una mano de la mulata—; te diré el porvenir.

—Sí, sí, quiero que me lo diga; pero no aquí, más allá.

Avanzan despacio hasta el extremo de la planada, detrás de la tolda. No hay nadie por allí. Ninguno ha reparado en ellas. En tal punto el camino inicia un recodo. Cerca está el matorral, espeso y obscuro, extendido como ancha sábana.

—Se está haciendo tarde—exclama Felisa; dígame, pues, mi suerte, gitana.

Volviéndose de pronto hacia la niña, le advierte:

—Juegue un rato, Mary, mientras me desocupo; pero no se mueva de aquí; ya vuelvo.

Rápidamente, arrastra a la adivina hasta el otro lado de la tolda. Le tiende la diestra. Espera. Siente que el corazón le bate como tambor. Se ha puesto muy pálida.

—Harás un viaje pronto... Recibirás dinero... Un hombre te quiere... Pero, ¿qué te sucede, hermosa? ¿Por qué tiemblas así?

—Nada. Talvez el fresco de la tarde, que me destempla. ¿Dice que un hombre me quiere?

—Eso dice tu mano. Pón otra moneda aquí.

—¿Está bien segura de que me quiere?

La gitana la mira profundamente. Su pupila zahorí ve pasar por los ojos nostálgicos sombras de amor, de angustia, de temores y anhelos. Felisa parece soñar. Y ahora sonrío dolorosamente.

—Me quiere. . . ha dicho que me quiere. . .

Súbito, la gitana la suelta, y se aleja hacia sus compañeros. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Horas, minutos, siglos? Felisa vuelve despacio hacia el matorral. Está obscureciendo. Pero Mary ya no se encuentra allí. Ha desaparecido.

Emprende entonces el regreso. Silenciosa, escurriéndose para pasar inadvertida. La sombra naciente la favorece. Cuando llega a casa, la señora la reconviene:

—A Péter no le gusta que esté tan tarde afuera, Feli. ¿Dónde dejó la niña?

La mulata casi no puede hablar. Se ha desplomado sobre un asiento, sollozando con desesperación.

—Ay, misis Luci; si vengo como loca—balbucea por fin.

—Pero, ¿qué ocurre, Feli?

—La niña. . .

Peter Simon, que entra en ese momento, alcanza a oír parte del diálogo.

—La niña, ¿què? ¿Dónde está Mary?—
grita.

Por primera vez acaso en su vida, el ingeniero se ha descompuesto.

—Fuimos a la tolda de los gitanos... Me descuidé un momento... No pude hallarla por ninguna parte...

Ruda imprecación de *míster* Simon se confunde con largo alarido de su mujer.

Media hora después, Marmato tiembla de indignación. La población entera se ha tirado a los callejones, galvanizada por la noticia. Y una sospecha unánime nace en todas las mentes.

—¡Los gitanos! Tienen qué haber sido esos pillos.

El alma proteica de la multitud, que hasta hace poco acudía crédula y sencilla al pequeño campamento de nómades, empujada por confusos anhelos de maravilla y de misterio, se vuelve ahora contra ellos, impulsiva y hostil. Y a medida que los minutos pasan, crece su sorda cólera.

—Son ellos, sí.

—¡Desalmaos!

—¡Facinerosos!

—¡Bribones!

Pero la búsqueda no da resultado favorable. Pioquinto Gutiérrez a la cabeza de su gente

montada, por una parte; por la ótra el minerío en masa, recorren el cerro y los caminos con desalada actividad. Por donde quiera que se mira, hormigueros de luces, de grandes antorchas, de linternas, se mueven sin descanso. Arrasada la tolda de la pequeña tribu, la feroz requisita sigue todavía implacable y absurda.

—A lo mejor, una puerca de esas la tiene bajo las polleras.

—¿Dónde la esconderían los malditos?

Buscan como dementes; escudriñan matorrales y grietas; entran a los ranchos; se meten por los socavones. Por las cimas, por las travesías, por las faldas, por la hoya y sus pedregosas márgenes, hurgan e indagan sin descanso. Hasta en las minas abandonadas penetra la inquisidora investigación.

Casi al amanecer, el alcalde entra en su despacho, rendido y furioso. Sus maldiciones y reniegos se oyen a distancia.

El ordenanza le trae doble trago de aguardiente.

—¿Dónde los tienen, carajo, a esos hijeputas?

—Están todos en el calabozo, don Pioquinto.

—Que me traigan al viejo aquí; pero arriao.

Mientras cumplen la orden, rezonga con rabia, más bajo, atropellando las palabras:

—Ahora sólo falta que los marranos gringos me echen la culpa de lo que pasa. Y si la pedrada no aparece, peor. Todo por culpa de estos verracos andariegos, sucios y pícaros.

Presente el gitano, lo interroga con destemplados gritos.

—¿No les había mandado que se largaran?

—Señor, ya nos íbamos; arreglando estábamos las petacas.

—Anote otra multa, secretario... Y ahora me va a decir, carajo, ya sobre el humo, dónde metieron la muchacha.

—No saber nada, señor; no conocer la niña. Nosotros no robar nunca nada: ni caballerías ni chiquitos.

Pioquinto se pone de pie, iracundo.

—¿No? ¿Conque no sabe nada? Pues eso lo vamos a ver ahora, viejo aperrao.

Dirigiéndose a los gendarmes:

—Pongan a este hombre en el brete inmediatamente; y aprieten las clavijas. Si con ello no suelta la lengua...

Lo llevan al sótano, húmedo y sin luz. Lo aseguran por los tobillos en los torturantes anillos del cepo. Y el infeliz siente pasar allí las horas, en la obscuridad, en la inmovilidad, soli-

tario y hambriento, mientras le parece que el cuerpo se le va adormeciendo, y que sólo le quedan vivos los pies, pobres pies clamantes, que ya casi gritan, que crecen por momentos hasta tornarse desmesurados, monstruosos, y en los que se clavan los agujones de mil sabandijas invisibles.

Entre tanto, en la casa del ingeniero Simon, Lucy, su mujer, se desespera y llora. Felisa está metida en su cuarto, cavilosa, sombría; el alma acribillada por los remordimientos. Hace poco salió de allí Sabina, tras de haberle contado cuanto ocurrió en la noche y en la mañana. La mulata la había escuchado llena de angustiada confusión, anhelante.

—¿Y dice, misiá Sabina, que a los gitanos los tienen presos?

—A toíto, niña; hata la criatura de pecho. Ese Pioquinto tá hecho el memo Belcebú. Al que má le ha apretao la tuerca é al gitano mayó, al má viejo de ello. Lo tiene en el breque por la pata.

—¡Virgen Santísima!

—Y lo peó é que la muñeca no aparece. Quién sabe dónde tará ahora el angelito. Pobre misiá Luci, señó.

Felisa no sabe qué hacerse; se pasea por el cuarto, desatentada, como fuera de sí; a ratos

se tira sobre la cama, bocabajo, mordiendo la tela de las almohadas. La idea de que esos pobres diablos están allá, en cárcel inmunda, suplicados talvez, expiando el delito que no cometieron, el crimen que no es suyo, se le hinca en el cerebro con vigor de clavo candente. No, no puede estar en paz; no podrá tener sosiego mientras aquel pensamiento horrible la martirice. ¿Cómo han de estar allí si son inocentes, si es ella la culpable?

Si pudiera acallar la conciencia... Y a todas éstas, ¿qué habrá sido de Mary? ¡Pobrecita! ¿Cumplirá Aspasia su promesa? Ah, sí, la ha de cumplir; está segura de ello. Ahora tiene fe en su poder, en su magia; y lo leyó además en los ojos de la bruja.

Pero el remordimiento sigue royendo; comején del alma, polilla de la tranquilidad; sombra que estruja la conciencia con la dureza de la mano de un capataz.

Bruscamente, abre la puerta del cuartico, para dirigirse a los aposentos de Lucy; y allí, entre hipos y lágrimas, confiesa su crimen. Concluido el relato, tumba entre convulsiones. Luego queda en hondo letargo, como de muerte transitoria.



XIX

Y allá va otra vez el gran Pioquinto, el intrépido jefe municipal, a la cabeza de sus polizontes montados, en implacable búsqueda de la bruja. Pero ¿dónde se metió la maldita vieja, que no parece sino que la tierra la devoró?

Entre los mineros hay pasmo y perplejidad. Y hay también hosco silencio. Al correr la noticia de la inocencia de los gitanos, los ánimos se decepcionaron. Ahora se encuentran sobrecogidos, entre la superstición y el horror, por la apabullante verdad. Fue como un traumatismo en los espíritus.

Nadie quiere moverse ya. Para eso está allí la autoridad. Que busque Pioquinto con sus sabuesos. Que se le enfrente, si le agrada, al propio demonio. Y después falta ver si no resultan con la misma plamplina: que no fue la bruja tampoco la ladrona.

Los mineros están como fatalizados. Los negros se signan.

—¡Jesú, quién se va a meté con Apasia!

Transcurridos tres días de fracasados registros, marchas y contramarchas, entra en juego el dinero. Morris y Simon han ofrecido recompensas. Se han colocado escuchas. Por dondequiera pululan, con secretos propósitos, los calanchines, repartiendo monedas.

La traición de un minero, sindicado de crápula y ratería, abre al fin una pista. No sabe gran cosa; ignora la madriguera de la vieja; pero la ha visto pasar con cierta frecuencia por determinados parajes. Cerca de un derrumbadero especialmente. Su condición de vagabundo, y de pícaro que necesita vivir ocultándose, le han permitido observar por casualidad algunas de sus misteriosas andanzas.

—Tál cuál día, al obscurecer... Yo los llevaré una nohecita temprano, don Pioquinto... Pero no es bien seguro; habrá qué aguaitarla varias ocasiones seguidas.

Acordado el plan, lo ponen en práctica. Cuatro días llevan ya de inútil vigilia, agazapados en agujeros y en altos matojos; cuatro noches de espera impaciente y fastidiosa, con los miembros entumecidos, callados, sintiendo zumbar el zancudo en torno, y creyendo a cada momento que la piedra que rueda, el sapo que salta, la rama que cruje, es la propia bruja que llega.

Pero una noche, ya no es ilusión de los sentidos lo que los sobresalta. Pegados al suelo, mudos y atentos, han visto perfectamente que una sombra se mueve por el solitario camino. Avanza despacio, con cautela, pegándose a la pared granítica. A su lado, el abismo.

Se oye sordo gruñido; en seguida, un ladrido breve. La sombra se detiene, indecisa. El minero traidor susurra:

—Chist... Cuidao. Parece que es ella.

Se incorporan de golpe, y avanzan. Corren hacia la sombra, presurosos, dando gritos para intimidarla.

—Alto, alto; ó vamos a echar candela.

La ven avanzar súbito hacia el borde del derrumbadero. Por breves segundos una forma confusa, negra y grande como un pajarraco, flota en el aire, sobre el vacío. Luégo otra forma más pequeña. A la impresión de algo que rueda con sordo rumor, sigue extraño silencio.

—¡La bruja se escapó, caray!

—¿Y sí sería ella? ¿No nos habremos alucinado?

—Pero yo oí ladridos.

—Y yo.

Inclinados sobre la terrosa orilla, miran hacia abajo, sin ver. La oscura vorágine parece no tener fondo ni paredes. Es un pozo de som-

bras, negro, insondable. Los resplandores débiles de las lámparas de bolsillo horadan apenas la tiniebla; esa tiniebla densa que surge, como vapor de tinta, de los precipicios, y semeja lóbrega bocanada salida de los misteriosos antros telúricos.

—Vámonos. Con seguridad la bruja se hizo tortilla. No bien claree, hemos de regresar para convencernos.

Pero cuando, al amanecer, precedidos por el propio Pioquinto, bajan al fondo del barranco, por angosto caminito de cabras, se detienen estupefactos. Allí hay, sí, un cuerpo tendido y maltrecho; algo que se mueve penosamente, sucio de tierra y yerbas. Mas no es el de la bruja aquel cuerpo.

No saben si maldecir, o soltar la risa.

—¿Qué le pasó, míster Guillermo?—pregunta Pioquinto ayudándole a levantarse con gran esfuerzo—. ¿Tiene algún hueso roto?

—Huesa nó, ninguna, carraja.

—¿Y cómo vino a dar a este sitio?

—Oh, yo no lo sé ciertamente. Es cosa que no me explica bien. Yo caminar bastante correcta en el obscura. Anoche yo volver un poco chispero de hacer visita, acompañado de perro de amiga. Luces en el camino, gritas, perro asustarse. Yo no sé más.

Pioquinto fulmina sobre sus subalternos furibunda mirada. Se le ve mover las mandíbulas como mascando piedras.

Sabido el incidente, no causa, sin embargo, sorpresa entre el minerío; tampoco risa ni desprecio. Produce más bien cierta especie de asombro rudo y de supersticioso respeto.

—¡Qué gente zonza eta!—opina una negra—; como si la bruja no supieran volá. Creyeron que se iba a rompé el cogollo en el pedrical, y Apasia bien freca, pelándole el diente a lo alguacile. ¡Vea que cipote e diablo!

—¿No sería má bien que se tranformó en míter Guillermo?

—¡Quién lo va a sabé, pué! Tóo é posible. Con la protección de Mandinga, de pronto pone Apasia a un critiano a cacareá, ó a dá coce como lo cuadrúpedo. El señó me valga.



XX

Fue tal el espanto que Mary sintió al ver aparecer de improviso, saliendo del matorral, a la bruja Aspasia, que ni siquiera pudo exhalar un grito. Tampoco tuvo tiempo para debatirse, ya porque la misma sorpresa la paralizaba, ya porque los hechos pasaron con asombrosa rapidez. Sin pronunciar palabra, ágil, forzada, la vieja la había levantado en vilo, perdiéndose con su preciosa carga por entre la maleza oscura y tupida.

¿Cuánto tiempo duró la fantástica carrera, la loca fuga por las escarpadas laderas, bajo la sombra invasora del anochecer? Cuando, recorrido ya bastante trecho, la niña pudo al fin prorumpir en llanto, expresando su miedo, y llamando con patéticas voces a la madre, Aspasia la había estrechado más, como temerosa de perderla, mientras de sus labios salía insólito arru-

llo, dulce y tierno, semejante a la queja de la torcaz.

—No llores, hijita, que no he de hacerte daño.

—Nó, nó; quiero volver a casa; quiero ver a mamá. Esto feo, obscuro.

La vieja sintió como una punzada en el corazón.

—Pronto llegaremos a casa; pero no llores... Míra: allá lejos, donde brillan aquellas luces, hay hombres malos, malos. He de librarte de ellos, porque son venenosos como el alacrán y la víbora, porque son ladrones y perversos.

Las protestas de la niña, su sollozar nervioso, se iban apaciguando. Durante largo rato Aspasia caminó en silencio, llena de pensamientos la mente, transida toda ella de honda y voluptuosa alegría que le convertía la áspera trocha en fácil y florido sendero. ¿Qué gozosas campanas eran las que repicaban en su alma, como en alboradas de fiesta grande, inundándola con su jubilosa marea? ¿Qué música maravillosa la que sonaba en su corazón con tan melodiosas notas y regocijados compases?

En el filo de la cuchilla, en el enmarañado paraje donde se esconde la sórdida madriguera, se detuvo al cabo con su tesoro. Mary dormía ya profundamente. Con mimos maternos, emplean-

do exquisitos cuidados, la colocó sobre el pobre camastro de guadas; la cubrió en seguida con los revueltos trapos. No enciende el candil para que la viva luz no hiera los párpados delicados; pero al resplandor tenue del rescoldo parecen cobrar extraña vida los curiosos objetos allí reunidos: las botellas, los huesos, las haces de hierba, los capachos. En su torcida horqueta, el pajarraco desplumado ha abierto los ojos para enterarse; y la lora vieja también, sorprendida por la presencia del nuevo huésped. Las pupilas atónticas de los bichos lucen en la penumbra con fulgores de fuegos fatuos; pero parecen apenas farolillos agónicos junto a la lumbre que despiden los fosforescentes ojos del gato, erizado y enercado sobre un cajón.

Acostada la niña, la vieja se había sentado al frente para contemplarla en silencio. Pero ahora su rostro no tiene como otras veces el duro aspecto de la piedra. Está inmóvil, sí, mas su expresión se ha humanizado. Los confusos recuerdos no la torturan ya. Una luz suave, blanca, parece bañarle la frente dolorida. Por sus labios resecos pasan, con veleidosos giros, tristes amagos de sonrisa.

—Al fin has vuelto a mí, hijita—monologa con tono de rezo—.¿Quién te arrebatará ahora a tu madre? Los hombres malvados te apartaron

de mí, porque tienen el alma negra y el corazón roído de gusanos. ¡Ladrones! ¡Malditos! Se roban las minas y persiguen a la pobre gente.

Se levanta, para aproximarse al camastro, y extender las manos con ademán de alas protectoras.

—Duérme tranquila. Nadie te separará más de mi lado. Aspasia velará por tí, para que seas siempre dichosa.

Y los días habían transcurrido. Su vigilante instinto alejaba ahora a la vieja del caserío; pero todas las tardes, al obscurecer, dormida la niña, abandonaba el cubil, dejando allí a "Tigre" para que velara su sueño. A media noche, o en las primeras horas de la madrugada, estaba ya de regreso. Y siempre había frutas, y pan, y golosinas, para el hambre de la criatura. Ella misma le preparaba, con sumo esmero, la sopita caliente.

Con frecuencia Mary lloraba; el aspecto del paraje montuoso y triste, el recuerdo de su casa, la soledad, el raro espectáculo de la cueva colmada de animales que no hacen sino mirarla y de cachivaches cuya utilidad desconoce, la sobrecogen de pena y angustia. Con "Tigre" se había hecho amiga al fin, y con el gato, que no andaban por las nubes, como el pajarraco y la lora; pero "Tigre" es un perro serio, demasiado for-

mal, que no late nunca, y prefiere estarse tumbado en lugar de jugar con ella; y en lo que toca con el pequeño felino, sobra decir que es otro remolón, perezoso y más bien cazurro. Los dos animales se limitan a tolerar pacientemente los manoseos de la niña, y a escuchar con indiferencia sus pueriles discursos.

Este día, Aspasia ha sentido desde temprano pertinaz inquietud. La noche anterior, cierto negro a quien cura de la mordedura de una culebra, le dio noticias intranquilizadoras. Pioquinto y su gente la andan buscando con creciente insistencia. ¡Ah, perros gendarmes! Le ha dicho el negro también que están enterados, se ignora cómo lo supieron, del sitio donde la bruja tiene su escondrijo.

—La van a cogé, Apasia; abra mucho el ojo. Aunque también é verdá que uté no necesita que se lo alvierta. Ñanga é bruja.

La vieja responde, fiera:

—Ahora no les temo a esos perros; que vengan no más.

Pero está inquieta y desasosegada. No la dejarán en paz, no; ni hoy, ni mañana, ni nunca. Tienen el síno de perseguirla. Han de ser los mismos de siempre. En el fondo de su sér se encendió, como fúnebre luz, el presentimiento; y allí está, todo el santo día, quemándole las en-

trañas, atosigándole el ánimo. No es triste como los otros, sin embargo, esa intuición misteriosa aposentada en su alma; su presentimiento es colérico, corajudo y rebelde; es la protesta, no obscura ya sino lúcida, de su alma que se empina sobre el horizonte, sin temblores ni cobardía, viéndolo prieto de nubarrones amenazantes.

Sentada sobre viejo y caído tronco, no se movió en toda la tarde, la mirada hundida en el vasto panorama que se extiende a sus pies, a sus lados. Cañadas oscuras, cerros, ondulación de montañas, manchas confusas de vegetación. La distancia es como lente de disminución: empequeñece las cosas, las tergiversa; altera las formas y los colores; confunde las líneas. En el desmesurado paisaje todo se mezcla, se unifica; se convierte en un sólo cuerpo, en bloque monstruoso y sin labrar.

No se ha movido durante la tarde, insensible al sol, a las rachas súbitas, a los insectos que zumban. Su silueta parece que se petrificó, adhiriéndose al tronco, echando raíces en la tierra. Pero no piensa ya, seguramente; no es más que ojos, oídos; ojos para escrutar con implacable constancia las escabrosidades del terreno, los caminos, las matas de monte; oídos para atender los mínimos ruidos. Por allí pasan, tamiz de sonidos, las notas múltiples del aire, el susurro del

viento, el leve crujido de las ramas, el asordinado són de los guijarros que ruedan. Rumores, murmullos, resonancias bruscas, ecos desvanecidos. De pronto ha estallado el estridente canto de una chicharra.

Lentamente, se desmadeja el sol sobre las cimas remotas. El viento vuelve a soplar sus trompetas afónicas. Una sombra sutil, de impalpables gasas, va extendiéndose poco a poco sobre la rugosa piel de los cerros.

Aspasia siente que la tranquilidad vuelve a entrar en su espíritu. La proximidad de la noche le infunde misteriosa confianza. ¿Serían nada más pueriles temores los presentimientos que la atenaceaban hace poco? Se pone de pie, para meterse en la covacha. Entre el perro y el gato, Mary, cansada acaso de su solitario juego, se ha quedado dulcemente dormida.

“Tigre” gruñe de pronto, con las orejas amusgadas.

—¡Calle! ¿No ve que puede despertarla?— musita la vieja con gravedad, como dirigiéndose a un sér humano.

Pero el perro no obedece esta vez; ladra con furia, y poniéndose sobre las patas, se lanza veloz hacia la parte de afuera del escondrijo. Aspasia lo sigue, sorprendida. De pie en su alto mirador, y no observando nada sospechoso por

allí cerca, escudriña con avidez la parte del cerro que queda hacia el lado del caserío. Nada nota tampoco en tal dirección.

—¿Por qué se asustaría Tigre?—se dice.

Otro ladrido la sobresalta. Entonces ve, estremeciéndose, que por la antigua trocha abandonada, a bastante distancia del lugar en donde se encuentra, una tropilla de hombres avanza trabajosamente, tanteando el camino. Vienen a caballo todos, lo que les dificulta más la penosa marcha, por lo muy cerrado del monte y lo acentuado del declive.

—¡Ah, perros gendarmes; me la vienen a quitar otra vez!

El inminente peligro despierta sus instintos de lucha. Levántase como llamarada súbita todo el fervor de su odio. El austero semblante, ahora nublado de presagios, se le volvió a endurecer, recobrando su impassible aspecto de piedra. Sólo los ojos parecen tener vida en ese rostro aciago, inmóvil, de máscara.

—¡Los malditos!—rezonga con rabia—; los he de convertir en ceniza.

Con desolado afán pónese entonces a recoger chamizas, tamaras, cuanto combustible encuentra a la mano, para hacinarlo en torno de la madriguera. Hojarascas reseca, astillas morenas, palos, basura vegetal, se acumulan vertigi-

nosamente hasta formar revuelto y heterogéneo montón. Parece traperera de desperdicios del monte, Aspasia. O coleccionista de cosas muertas. En las manos trémulas y activas arde ya el primer leño que prenderá la hoguera soñada por su imaginación. Una fogata grande, eso es; una pira que alce sus lenguas maldicientes hasta la propia cara del cielo. Los ojos humanos no habrán visto candelada mayor.

Pronto, el fuego se extiende. Que vengan ahora a arrebatársela; que atraviesen esa muralla ardiente sus enconados enemigos. La vieja se ha quedado de pie, en el umbral de la choza, entre el perro que continúa latiendo, no se sabe si a la fogata o a los peligros que olfatea, y el gato que eriza la pelambre. Ha cogido a Mary en sus brazos, y aguarda, en la actitud de las madres desesperadas.

Las llamas se levantan, crecidas, agigantadas, esparciendo en torno insoportable calor; bajo las rachas de la ventisca se retuercen con rabia. Leños, despojos, saltan contorsionados entre crepitaciones sordas, parecidas a chasquidos de dientes que trituran guijarros. El enrojecido rostro de Aspasia, lustroso de sudor, es como espejo fiel de la bárbara incineración.

¿No se ha dado cuenta la vieja de que el fuego, propagándose, atropellado por el viento,

movido por su propio impulso, invadirá dentro de poco la tupida maleza que rodea la covacha, haciendo fácil presa, en seguida, de su propio albergue? ¿O es que en su mente dislocada hizo nido fatal oculto y terrible pensamiento?

Entre los ruidos de la quema, resuenan gritos que se acercan.

—Apuren, carajó; arreen. La bruja inmunda le metió candela al rastrojo, y se nos va a escapar.

Es la voz de Pioquinto, iracunda y enérgica. Firme sobre la montura, atado el rebenque a la muñeca, le hace sangrar los ijares a la cansada bestia, que sube a trote largo, resbalando a cada momento, los belfos cubiertos de sucia espuma. Lo siguen sus hombres apresurados, jadeantes de fatiga.

—Hay qué rodear el tope del cerro, muchachos.

—Pero, don Pioquinto, si no hay más trocha que ésta.

—Bueno, ¡adelante entonces!; o lo que vamos a hallar es un chicharrón.

Al llegar a lo alto, paran en seco. El calor es insufrible. Alta pared de llamas se alza entre ellos y el rancho miserable. Distinguen, sin embargo, perfectamente, la magra figura de la vieja

con la criatura en brazos, y el perro que aúlla a su lado.

—No perdamos tiempo, muchachos—vocifera Pioquinto—; pronto. Hay qué quitarle la niña a toda costa.

Pero resulta inútil tratar de apagar aquella cortina incandescente. Vacilan, corren aturridos. Uno de los hombres, armado de larga vara, intenta remover los escombros en el punto donde el fuego es menos violento. Saltan tizones, chispas.

Entre tanto, la vieja sonrío siniestra, burlesca. Bajo el crepúsculo que llega, iluminada por el resplandor del incendio, su fisonomía se baña en tonos de bronce. Hasta los agentes del orden llegan, como saetas, sus maldiciones, sus insultos, sus mofas. “Tigre” sigue ladrando cada vez más lúgubrementemente.

—Maten a ese sarnoso, carajo.

Se tiende una pistola, y el animal rueda entre convulsiones. Entonces presencian algo inesperado: dejando a la niña sobre el suelo, y arrodillándose, Aspasia se inclina junto al animal herido, mientras dice cosas incomprensibles. Parece hablarle al oído, arrullarlo. Lo mira en los ojos tristes y agónicos. Lo besa con unción.

—¡Ahora, muchachos; rápido!

Por la brecha que han logrado abrir en el

fuego, se lanzan hacia la puerta del cubil. Gritan para intimidar a la vieja. Uno de los gendarmes se apodera de Mary, que está allí, atónita, sin moverse, sin comprender el terrible drama que se desarrolla a su alrededor.

Aspasia apenas tiene tiempo para enderezarse, colérica. De un salto fantástico, viendo que se aproximan a ella, se repliega hacia el cinturón ardiente de fuego. Los hombres avanzan, resueltos.

—Cójnla viva. Hay qué hacer un buen escarmiento—grita Pioquinto.

La voz de la vieja se alza, estridente.

—¡Perros gendarmes! ¡Asesinos! ¡Ladrones!

Retrocediendo siempre, se arroja de otro salto en la hoguera, mientras el jefe y sus sabuesos se detienen un instante, turbados, a contemplar con espanto la dolorosa escena.

Lo que consiguen sacar de allí no es más que masa palpitante, nazarena de quemaduras horribles, pero que se mueve aún con largos espasmos; que farfulla todavía maldiciones por un hueco negro y crispado que se contrajo en horrenda mueca. Bajo las cejas chamuscadas, en las cuencas hundidas, tiemblan ahora dos lagrimones turbios.

—¡Se la llevaron otra vez, pobre; se la llevaron!

Es noche cerrada ya cuando la tropilla, conduciendo a Mary, y en una de las caballerías el cadáver, arrima a Marmato. La conmoción del minerío por la muerte de la bruja apenas puede compararse con el sacudimiento que producen en el ánimo general las grandes tragedias colectivas. Porque esta mujer, hasta cierto punto, les perteneció a todos; fue algo de cada uno, y de cada uno se llevó un trozo de espíritu.

Ahora está allí, sobre cuatro cajones, alumbrado por velas de las que se usan en los socavones húmedos, su cuerpo negro y carbonizado; su figura magra y deshecha, humilde lámpara de arcilla en la que se extinguió para siempre, por el soplo aciago del destino, la llamita de ensueño y de dolor que ardió largo tiempo, alimentada por una esperanza vagarosa.

Aspasia ha muerto, sí.

Por el alma del minerío corre un hondo estremecimiento, semejante a largo alarido silencioso.

F I N

Cali - 1938.



Se acabó de imprimir este libro el día 15 de
Enero de 1947 en los talleres tipográficos de

EDITORIAL AMERICA

CALI - Colombia



MUNICIPIO
SANTAGO DE CALI

- CODIGO 2-16-53082 NIT. 8250



